

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

EL LUCHADOR

NOVELA



R. JULIA
MCMXX

EDITORIAL PUEYO.
ARENAL, 6, MADRID.

SEGUNDA EDICIÓN

EL LUCHADOR

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

TEATRO

EL VENCEDOR DE SÍ MISMO (DRAMA).

HACIA LA DICHA (COMEDIA).

EL BURRO DE CARGA (COMEDIA).

LA CASTA (COMEDIA).

EL PANTANO (DRAMA).

NUESTRO ENEMIGO (DRAMA).

LA OTRA VIDA (DRAMA).

NOVELA

LA SANGRE DE CRISTO

DOÑA MESALINA

LAS ÁGUILAS

FRENTE AL MAR

OJO POR OJO...

CINTAS ROJAS

EL LUCHADOR

J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)



EL LUCHADOR

NOVELA



RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1916

ES PROPIEDAD

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.—Teléfono, 4.967,

A DON MIGUEL MOYA

I

Se paró en la puerta del café, como si le interesara el desfile, y estuvo un rato mirándose, a hurtadillas, en los espejos. Su traje azul, sin una mancha ni una arruga, despedía de la modestia al perder el pelo, y comenzaba a brillar insolentemente; sus puños, nítidos, confesaban su flaqueza, dejando asomar por los bordes algunas maceradas hebrillas, y sus zapatos, lustrosos, agrietábanse reventados, bajo la resplandeciente capa del betún. Pero compensaban estas imperfecciones el talle garridísimo de Ureña, tan delicado como firme, y sus bigotes sedosos, que levantábanse altaneros y descubrían unos dientes apretados y blancos y unos labios finos y sensuales, y sus ojos negros y rasgados, que miraban indecisos y prudentes, y en cuyas te-

nebrosas profundidades se adivinaba la claridad del candor.

Satisfecho del examen, se puso el gabán sobre los hombros, recogió garbosamente las puntas con la mano izquierda, cual si fuera un capotillo, y salió del café. La calle de Alcalá era un hervidero de gente, y Ureña, que pretendía atravesarla, metióse en el vocinglerío río humano que bajaba del coso cantando la gloria de sus héroes. Aunque octubre, ya muy talludo, despedíase con cierzos invernales y celliscas navideñas, la multitud, desdenando su inclemente severidad, lucía batis-
tas y lanillas y sedas y exigíale sus últimos servicios a la vejez lamentable de los sombreros de paja. Algunos—y no de los más socarrados ni de los más costosos—alzáronse de improviso y se agitaron sobre «la afición», mientras estallaban en centenares de bocas berridos de entusiasmo y baladros de alegría, y Ureña, siguiendo con los ojos la dirección que marcaban, vió en un automóvil, rodeado de chicos, a una especie de orangután, cuya nariz, de tan sucia arquitectura que parecía modelada por un pelotero, separaba unos ojazos de lechuza y brincaba respingona para huír de un hocico de tigre, y cuyo cuerpo, devolviendo saludos, agitábase con tanta flexibilidad como el tronco de una encina. En pos del orangután, recibiendo los chispazos

que le arrancaba la luz al oro de su chaquetilla y envuelto en el trueno de su triunfo, cabalgaba un picador con sangre en el calzón desgarrado y en la mona y lleno de horribles y pestíferos manchurroneos de pringue de entrañas caballares. Junto al picador, y percibiendo su olorcillo, en un coche de dos ruedas, alto, desgarbado y ligero como una araña, iba una pelandusca sesentona, fajada y repellada, junto a un queridillo, que desleíase de júbilo al verse tan cerca del matador. Detrás, con un estrépito espantoso, avanzaba un ómnibus atestado de caballeros redañudos que manoteaban y gesticulaban con viril brutalidad comentando los incidentes de la lidia, y, siguiéndole, trotaban los caballos de los carruajes de lujo y los pencos de los de alquiler, entre los bufidos y los bocinazos orgullosos de los automóviles y el campanilleo impaciente de los tranvías.

Ureña, harto de recibir codazos y de aguantar empujones, detúvose ante el portalón del ministerio de Hacienda, y dejó que pasara la avalancha. Un vivo resplandor purpúreo, como de sangre líquida, cerraba el horizonte, y de él nacían unos rayos bermejos, azules, verdes y jaldes, de una belleza prodigiosa. La luz, aún vencedora en las alturas, empalidecía en la calle, y el claror amarillento de los focos, que parpadeaban en la penumbra, vigorizá-

base con rapidez. Ureña echó a andar nuevamente y, sordo y ciego como un buen farraquista, caminaba fantaseando, cuando, de pronto, de un tirón, quitáronle el abrigo, y vió, al revolverse, a una personeja patiestevada, con unos rubios bigotazos de carabinero sobre una boca de mujer, con un pelo ratonil y con unos alegres ojos de niño bajo una adusta frente de anciano. El hombrecito, que era muy débil, muy delicado y muy pulcro y que tenía una voz recia y aguardentosa de jayán, le increpaba, fingiendo una terrible indignación:

—Pero ¿qué se ha figurado su señoría? ¿Es que su señoría va a hacer el paseo?... ¡Después de lo de esta tarde, en España no se le puede consentir el paseo más que a Rabadán! ¡Al monstruo, a la fiera, al excelso, al peregrino!

Recordando al cuadrumano de los saludos, Ureña no pudo contener la risa.

—¡Caray, Rebolledo!—exclamó—. Es un tipo tan estrafalario...

—¿Porque no es de Sevilla? ¿Hay que nacer en Sevilla para ser buen mozo y para torear como los serafines?... ¡Pues se acabó eso, compadre! Se acabó gracias al lobo de la calle de Toledo. Si le hubiese usted visto... Con un toro nobletón dialogaba como hubiese podido dialogar con un cura, o más tran-

quilo tal vez; con un marrajo que quiso cogerle, se peleó a bofetadas, con diez pares de riñones, y a un buey tordo. o blanco y negro, o como se diga, lo mató de una manera que hubiese enorgullecido al mejor verdugo de Asia. ¡Qué estupendo salvaje! Yo, para que no se ciscara otro día en su victoria, le cortaría la cabeza hoy mismo. ¡Viva Madrid!

Rebolledo hizo una pausa, se afirmó sobre el arco de sus piernas, abrió mucho los ojos para aumentar el valor de lo que iba a referir, y dijo:

—¡Pues y lo de las banderillas!... No es que las pusiera bien, porque él no sabe poner banderillas, ni silletera falta que le hace. Pero... ¡cómo las pidió!... ¡Con qué divino gesto las pidió, y cómo se fué poco a poco, pin, pin, hacia la fiera, enseñándole generosamente la barriga, para que no le dejara ni una tripa en su sitio, y cómo subió por el aire igual que un cohete, y qué caverna abrió con la coronilla al caer!... ¡Fué un espectáculo griego! Hasta los bacilos de Jiménez, que estaba junto a mí con su clavel y su tuberculosis, aplaudían.

Ureña, que reíase a carcajadas, le interrumpió:

—¡Bueno!... ¡Basta!... Me hago rabadanista y, para celebrar mi conversión, cenaremos juntos. ¿Vamos a Fornos?

Rebolledo movió la cabeza con desdén.

—¿Al Suizo?

Rebolledo hizo un gesto de aversión, y después rechazó la idea de entrar en Levante con un encogimiento de hombros iracundo, y la proposición de ir al Colonial con una mirada despectiva, y la invitación a meterse en Lisboa con unos guiños melancólicos, y la incitación a refugiarse en el Inglés con una sonrisa desesperada.

Confuso y desconcertado, no se atrevió a insistir Ureña, y Rebolledo apresuróse a aclarar el enigma de su actitud.

—¿Cabría mucha agua en la Puerta del Sol?... Bueno. Pues llene usted de café un estanque como la Puerta del Sol, ponga encima un barco de pan barnizado con manteca, calcule el valor del barco, súmelo al del líquido que lo sostiene y averiguará usted, de un modo aproximado, la cantidad que me reclaman, con tanta justicia como insolencia, los camareros de esta parte de Madrid.

—¡Pero, hombre!—barbotó Ureña, sofocado por la risa—. ¡Es inaudito! Un escritor de mérito, un periodista...

—¡Brutal!—gritó Rebolledo, interrumpiéndole—. ¡Brutal, descomunal, épico, desaforado, con todas las cuerdas, con todos los sonos, con todos los secretos, cauto y audacísimo, sentimental e irónico, burlón y grave..., y no

gana tres perras chicas! ¿No es esto una vergüenza para este silletero país? Para mí, no, porque yo no tengo la culpa de cobrar, siendo cuarenta veces más poeta que Kipling, lo que cobrará su respetable señora abuela, que ya se estará pudriendo. De modo que no soy yo quien abusa de los camareros, sino la incultura de la nación, que me condena al hambre.

Aprobó Ureña, convinieron en ir a un café de barrio, donde no conocían al escritor, y el Mecenaz, en la parada de Fornos, quiso tomar un coche.

—¡No, no; espérese!—chilló Rebolledo apartándole del que había elegido.

—¿Pues?

El periodista bajó la voz misteriosamente.

—Porque más allá—susurró—hay uno, del que tira un caballo anciano que dirigió un periódico satírico. No se ría usted. Se disfraza por humildad; pero es tan agudo como Voltaire y sabe tanta Historia como un Mommsen o un Macaulay.

Mientras cenaban, charlaron alegremente de literatura, descubriendo con ingenuidad sus entusiasmos Ureña, y poniendo a contribución su dicacidad de pesimista Rebolledo, para destruir glorias de oropel y falsas reputaciones. El provinciano, que, meses antes, cuando llegó a Madrid, había sido presentado al periodista por un versificador que con cada

uno de sus ripios sentimentales pretendía disculpar diez borracheras, aunque intimó con él, por pudor, no le quiso confiar sus proyectos, y por timidez no se atrevió a pedirle auxilio. Mas, a los postres, envalentonado por el alcohol y excitado por la gentil franqueza de Rebolledo, desprendióse de su prudente cazarería y entró en el resbaladizo terreno confidencial. «El, arruinado, sin carrera, sin protectores, sin amigos, se había marchado de su pueblo y de la capital de su provincia para no luchar por la gloria entre gusanos, sino entre águilas. Convencido de que su talento era de oro, y su voluntad de bronce, y su energía de hierro, quería lanzarse como un proyectil sobre el muro del periodismo, para horadarlo y entrar en la fortaleza y ser uno de sus campeones, y pretendía triunfar, después, en el libro, y probar sus fuerzas en el palenque teatral. No creían en él. Su primer ensayo, allá, en el poblachón donde se propuso enterrarle en vida su tío, metiéndole en la fosa de un destinejo, no fué muy feliz; pero él no necesitaba que le espolease la fe ajena para pelear y vencer.»

Rebolledo, que le oía martirizándose los bigotazos, con una sonrisa piadosa que paliaba el fulgor irónico de sus ojillos, le preguntó:

—¿Y qué ensayo poco feliz fué ese? ¿Ha sido usted periodista?

—Una noche. Entré en «El Faro Católico», me tuvieron cinco horas en un rincón, sin decirme lo más mínimo, sin mirarme siquiera, y de madrugada, uno de los cocodrilos que costean el periódico me ordenó que hiciera una noticia diciendo que un canónigo y otro señor salían para Mondariz. Como sólo me advirtió que el canónigo era uno de los luminares a los que «El Faro» debía su brillo, me preocupé únicamente de probarle, con sencilla elocuencia, nuestro afecto, y esa preocupación me perdió.

—Pero ¿cómo es posible?—exclamó Reboledo—. ¿Qué diablos hizo usted?

—Una necedad, una chiquillada de una increíble inocencia—respondió el provinciano ruborizándose—. Lea usted la noticia. No la romperé nunca. Es un castigo que me he impuesto. Tome y ríase de mí.

Sacó un recorte de la cartera, y el periodista se apresuró a leerlo.

«Han salido para Mondariz nuestro ilustre señor magistral D. Teodoro de la Relosilla y el respetable letrado D. Manuel Lucena. Les deseamos un cómodo viaje y que les sienten bien las aguas. Sobre todo, al primero.»

La inesperada coletilla le produjo tal efecto al escritor, que dió un grito y se tumbó en el diván, riéndose como un loco.

—¡Enorme, gigantesco!—barbotó retorcién-

dose, con el cuerpecillo sacudido por las carcajadas—. ¡Un hallazgo! ¡Una cosa nueva! ¡Monumental!

—Y no obstante—afirmó Ureña, cuando le vió algo más tranquilo—, yo tengo inteligencia y discreción. No soy un asno.

Rebolledo notó que le temblaba un poco la diestra y que se le contraían las mandíbulas, y como por ensalmo recobró la gravedad.

—Yo—insistió el buen mozo—no soy un borrico, a pesar de esa borricada.

Entonces, el hombrecito, aflautando su voz y confitando sus palabras, por bondad más que por miedo, disculpó amablemente al autor de la malhadada gacetilla. «¿Quién, al empezar, en esa y en todas las profesiones, no se había equivocado alguna vez?... ¡Pues si se escurren y caen hasta los maestros! Y que, por añadidura, el error era perdonable, puesto que lo había engendrado la ingenuidad y no la ignorancia.» Después, sin nubes ya el rostro de Ureña, el cual confesó que no le quedaban más que unos duros, y que muy pronto, si no le daban trabajo en alguna redacción, tendría que alimentarse como los camaleones, Rebolledo le prometió que le ayudaría con todo su influjo, y le auguró que sería periodista, y que, tarde o temprano, arrepentiríase de serlo y quejaríase amargamente si el estoicismo, la filosofía del decoro, no evi-

taba que se amasase en su corazón esa fétida bahorrina de blandura, debilidad, desconfianza y medrosía que agranda los obstáculos y exacerba los dolores. Para el pequeñín, que se resignaba a que pisotease un cerdo o un macho cabrío las florecillas abonadas con su carroña, y que sabía que igualmente se llega a la pirosis por el blando sendero del atracón que por la áspera cañada del ayuno, el de escribir era un oficio tan agradable y tan despreciable como los demás oficios que si engordan la vanidad, no llenan la caja, y sostenía que elogiarlo equivalía a lucir una patente de necio orgulloso, y censurarlo, a enseñar las macas de la estupidez y el temor. Con el sueldo de un papeluchito de quinto orden, como el suyo, que no permitía ni comer con regularidad, ¿qué ahorros iban a reunir los redactores que no tuvieran la suerte de alternar la pluma con la varilla del domador de pulgas, o con el fez del hidalgo que exhibe un niño con dos cabezas, o un morueco o un chivo con ocho patas?... Y, sin embargo, el ejército de los quejosos asqueábale. Disculpaba a los talentudos, a los esforzados, a los constantes, a los voluntariosos; pero condenaba a los alcornoques semovientes que carecían hasta de buena fe, y a los turibularios que no soñaban mas que en el favor, y a los peales mansejones que sólo urdían zonzadas, y que, cre-

yéndose preteridos, aparentaban despreciar la ocupación que proporcionábales pábulo para la andorga. Por lo demás, en el periodismo, oasis único que la miseria material y moral del país deparaba a la gente de pluma, había formidables narradores, poetas inspiradísimos, prosistas que labraban el idioma con un primor de orfebres, sabios que no querían divorciarse de la realidad, políticos de talento, críticos de caudalosa cultura y satíricos de ingenio agudo y flexible, y la convivencia con estos hombres dulcificaba el amargor de las horas de abatimiento. Escribir no era muy difícil... cuando se había nacido para escribir, y navegar en las aguas de los imponentes personajes que culminan en la política, en las artes, en las letras o en la administración, no ofrecía muy pavorosos peligros, porque los honrados caballeros, por buena educación o por caridad, se abstendrían casi siempre de morder... De modo que en el asilo de la Prensa se podía ir muriendo con mucho más decoro y mucha más lentitud que en medio de la calle.

—Sí; pero hay que entrar—declaró Ureña.

—Y resistir, por si se tarda un poco—añadió Rebolledo—. Y para resistir...

Interrumpióse, escupió una interjección como un trueno, y, cambiando de tono, dijo apresuradamente:

—¿Sabe usted que se me ha ocurrido una

idea genial? ¿No estamos a fin de mes, y no tiene usted unos duros, y no va usted a entregárselos dentro de unos días a su patrona?... Pues simula usted un viaje esta misma noche; se va usted sin pagar, como es lógico, y se viene usted a casa de mi patrón, donde, con los duros que le quedan, podrá pasarse otro mes. ¡Y vamos resistiendo!

Al provinciano le pareció excelente la artimaña, y a la media hora metíase con Reboledo y con un faquín, que llevaba el baúl, en la calle del Olivar, y deslizábase por la temerosa pendiente, y se hundía en las tinieblas de un portal húmedo y resbaladizo, y reptaba por una escalera cuyos maderos gemían, y deteníase, por fin, en un rellano más estrecho que un ataúd.

—Una recomendación — exclamó en voz baja el periodista, antes de llamar—. Diga que se muere por los mirlos, aunque los odie, y haga usted un elogio elocuente del de Escalona. Yo, como dramaturgo silbado, los aborrezco; pero mimo al del patrón. Es una de sus debilidades.

Don Baldomero Escalona, que recibióles en un comedor cochambroso, era un vejete macilento, con tan ahilada voz y tan tristes ojitos, que parecía a punto de espichar; pero sus ojos alegrábanse en cuanto columbraban un corpiño o un refajo bien rellenos de duras mo-

llas, y entonces el hilo de su voz se robustecía para lanzar audaces chuscadas, y aunque costábale tal trabajo andar y se blandeaba de tal modo que parecía un invertebrado, el fuego de su concupiscencia le permitía erguirse y caminar durante algunos segundos con juvenil y garbosa precipitación. Si estas carretas no prologaban una proterva aventura, don Baldomero volvía a sus temblores, tan prolongo como antes de que la lujuria le reanimara; pero si la proclividad que arrastrábale hacia los tugurios de la Venus viciosa hacía le incidir en el pecado, su debilidad le castigaba con unos sopores comatosos y unos desvanecimientos y unas ausencias de la memoria que le impedían atender a sus obligaciones. El viejo, periodista que jamás había tenido periódico, era el fundador, el director y el sustentador de una agencia que surtía de pasto telegráfico y de materia literaria a seis u ocho periodiquines medio rurales, y cada vez que le inutilizaba su salacidad, disculpábase con sus clientes diciendo que los diez redactores de la Casa—que eran sus diez dedos—hallábanse en huelga, y que, imponiéndose toda clase de sacrificios, estaba en tratos con las más finas péñolas de la corte para sustituir al personal traidor.

Aquella noche, Escalona, que, por haber renovado días antes el personal, había con-

seguido que dos de sus periódicos le aumentasen la asignación, tuvo una sonrisa para Rebolledo y una mirada cordial para Ureña. Y cuando el provinciano, después de pasmarse ante el mirlo, que dormitaba en un rincón, y de jurar que nunca vió un artista más interesante, expuso sus deseos de vivir junto al pájaro y reforzó sus protestas de formalidad entregando unos duros que no le habían pedido, don Baldomero, maravillado, pasó de la cordialidad en la mirada al cariño en la expresión, y hasta le quiso leer a su nuevo huésped una de las crónicas políticas que mejor cimentaron su fama en los «órganos de publicidad» que tenían la suerte de ser informados por su agencia.

Como Escalona, por darle habitación a unos parientes pobres, no podía alojar mas que a Rebolledo, acordaron que Ureña se acomodara en el piso de arriba, en el cuarto de Felipe Pastor, chamarilero amigo del simulador de huelgas, que, en casos de apuro, le cedía gabinetes y alcobas amueblados. Pastor, un mostrenco ojizaino y huraño, que se movía con la lentitud de un puerco cebón, dignóse bajar con relativa presteza, tal vez porque le acompañaba Galo, su futuro yerno y su ídolo, y declaró, sin ofender gravemente a la verdad, que hasta encima de las tejas tenía huéspedes. Mas Galo, al saber que se trataba de servir al pa-

trón y de darle gusto a Rebolledo, que escribía, como él—pero mucho mejor—, en *La Independencia*, brindóse a compartir su alcoba con el provinciano, que parecíale un sujeto muy agradable y que, seguramente, sería tan pudoroso cual él mismo.

Esta afirmación, formulada con una gravedad risible, sorprendió a Ureña, que encaróse, un poco desconcertado, con su protector. Mas Galo Barciel, cascabelillo con patas, corderín con figura de gacetillero, mariposa que apesataba a tinta, nada tenía que pudiese desconcertar. Era endeblucho, menudito, remilgado; sus cabellos grifos, de una rubicundez de panocha, estirábanse sobre su cráneo como las llamas de una hoguera y ponían tonos rojizos en la barba lampiña, en el bigote gatuno, en la boca gazmoña, en la nariz chata y en la estrecha frente, y hacían que en aquel rostro sollamado fulgiesen los ojuelos con la desesperación conmovedora de dos niños que van a quemarse. En la ropa de Galo—cuya vejez estaba tan a la vista que nadie la hubiera podido negar—eran discutibles la elegancia, la armonía de los colores y la proporción de las medidas; pero, en cambio, el crítico más chinchorrero hubiese respetado la igualitaria colocación de manchas y rozaduras y habría admirado la agresiva soberbia con que un rubí falsísimo exigía acatamientos, posado como

una mosca en el lamedal de una corbata indescriptible.

Le aseguró formalmente Ureña que a pudor no le ganaba ni un cartujo, diéronse un apretón de manos y Barciel invitóle a tomar posesión de la alcoba. El cuarto de Pastor, más grande que el de don Baldomero, tenía ocho habitaciones, y, sobre el tejado, una jaula de ladrillos, cristal y cinc que hizo levantar, costeándola con su peculio, un pintorcete tontiloco. Las habitaciones de la calle y el comedor eran para el dueño y sus dos hijas; un cuchitril servía de almacén; una pieza muy vasta, cuya atmósfera envenenábase con el hálito ponzoñoso de dos patinejos, ofrecía un refugio poco envidiable a un matrimonio de raros hábitos, y en la jaula dormía un vagabundo de honrada catadura. La alcoba de Barciel, una caverna sin luz, invitaba a la huída. Entre sus muros, estepas recorridas por legiones de chinches, guardaba un camastro con dos colchones héticos, una mesa en la que se mezclaban amistosamente las cuartillas con los puños sucios, los peines con los boquerones fritos y los calcetines apestosos con los pañuelos sin estrenar, y una librería en la que veíase un montón de novelones policíacos, una ratonera y una pecerita en la que agitábase con somnífica lentitud un pe-

cecillo escarlata. En un marbete, pegado al cristal, se leía :

«Barbarroja el vencedor.»

El púdico Barciel aguardó a que Ureña formulase el comentario de reglamento, y cuando su nuevo amigo lo hubo arriesgado y preguntó, como todos, que por qué engalanaba al pececito con el título de vencedor, disparó, con el aire triunfal de siempre, el chiste que constituía su obra maestra :

—¡ Porque es un tío de agallas ! ¿ Lo negará usted ?

El rasgo de ingenio fué encomiado con tan gentil largueza por el buen mozo, que Galo, seducido por su amabilidad, quiso hacerle un obsequio que le conquistara sus simpatías y que, de paso, le consintiese lucir una de sus múltiples habilidades.

—¿ Tiene usted pisapapeles ?—le preguntó de un modo tan insinuante como si solicitara una confidencia.

El provinciano, reservándose su opinión sobre los pisapapeles, que no podía ser más adversa, se limitó a declarar que no tenía ninguno, y Barciel sonrióse visiblemente satisfecho.

—Pues lo va usted a tener—dijo en tono protector—. Escribir sin pisapapeles, como recolectar trigo sin graneros, es una imprudencia que se suele pagar cara. Figúrese usted

que el viento se lleva una cuartilla con una idea sublime, o con una composición de enjundia, o con un apunte curioso... ¿No sería terrible? Pero no se alarme usted, ¡caray!, porque en lo sucesivo ni un ciclón le robará sus cuartillas.

Ureña, como no había en la alcoba más abertura que la de la puerta, y como la puerta daba a la parte más sombría de un pasillo tímidamente agujereado por un solo ventanuco, decíase que el viento, para hurtarle sus escritos, se vería forzado a demoler la casa, lo cual tranquilizábale respecto a la seguridad de sus futuras obras; pero, por no herir en sus convicciones al peliencendido, le dejó continuar, sin advertirle siquiera que su monstruosa imprevisión vedábale el placer, agudizado por el remordimiento, de sentir las picaduras de la alarma.

—¿Cómo desea que se lo fabrique?—torzó a preguntar Galo—. ¿Grande o pequeño? Ahora dispongo de un buen surtido.

Seguro del efecto que iba a producir, arregangóse pulcramente, llenó una jeringuilla en un frasquito, diciendo que estaba apoderándose de un rayo, cogió la ratonera y, con graciosa solemnidad, exclamó:

—Escoja usted.

Estupefacto contempló Ureña unos cuantos ojuelos que resplandecían como diamantes.

tes, unos rabejos nerviosos, unos hocicos puntiagudos, unos lomos huidizos y trémulos; y no despegó los labios.

—Escoja usted—repitió el elegante del rubí, bañándose en agua rosada al notar el asombro del provinciano—. Son los pisapapeles. Verá usted. Transformaremos a este pequenito, que es el más goloso.

En un instante, aisló y extrajo de su calabozo al prisionero, lo redujo a la inmovilidad sujetándolo con la zurda y, con una destreza de prestidigitador, acercóle a las ancas la jeringuilla, le introdujo el cañón sutilísimo y descargó el rayo con ligereza y habilidad pasmosas. El roedor, libre de los dedos que aplastábanle y con un volcán en las entrañas, dió un chillido de angustia, se elevó, enloquecido, de un salto prodigioso, como si quisiera volar, y cayó rígido sobre la mesa.

—¿Eh?—interrogó su verdugo—. Me parece que soy un Júpiter, como dice Rebolledo. Y un artista, porque ese ratón que he disecado como podrían disecarlo en París o en Londres, mañana estará más duro que una piedra.

Ureña habló, por fin:

—Es admirable; de una admirable ferocidad.

—Sí; ferocilla es la cosa—confirmó Gallo con cierto orgullo—. Una crueldad que no

ejecutarían muchos valentones. Pero, amigo mío, si no nos sacrificamos y nos endurecemos por la ciencia, ¿por qué nos vamos a endurecer y sacrificar?

Barciel, cuyos ojitos se humedecían como para apagar el incendio de la cara, confesó que «el rayo» no era de su invención. Un dñés, hombre de luminosa inteligencia, le reveló el secreto y él lo había guardado bajo las siete llaves de su voluntad, su energía y su discreción, para impedir que, divulgándose, originara desdichas tremendas. ¿Qué dolores no padecería hasta morir el mísero a quien le inyectasen la horrible mixtura con un lavativazo infernal?... El gacetillero, con plena conciencia de su responsabilidad, empavorecido y a la vez apiadado de los infelices mortales a quienes acechara el odio, no se había confiado, mostrándoles la receta, mas que a su novia, incomparable criatura que le quería con todas sus potencias, a su futuro suegro, hombre de chapa, que admirábale de corazón, a Carlitos Rebolledo, flor y espuma de la amistad, que sostenía como él tratos frecuentes con las musas, y a quince o veinte camaradas, chicos excelentísimos, que eran silenciosos como galápagos cuando convenía guardar reserva.

—Aquí está—murmuró sacando cuidadosamente un papel.

Mozo delicado, Ureña le rogó que, puesto que apenas le conocía, no le hiciese partícipe del grave secreto; mas Barciel, acariciándose la melena con una mano que pareció iluminarse y revistiendo sus palabras de una nobilísima severidad, afirmó que le había calado hasta el fondo y que estaba seguro de su honradez, y leyóle el papelito:

«Acido fénico, 5 gramos; sublimado en polvo, 2; arsénico, 2.»

—¡Ea!—añadió golpeándole con jovialidad en la espalda—. Ya es usted uno de los míos. Ya sabe usted algo de mis cosas. Algo nada más, porque yo soy un cajón de sastre.

Ureña le iba a contestar agradecido, cuando se oyó una hermosísima voz abaritonada, clara, limpia y sonora como un clarín:

—¡Eh, Galo, Galillo, Galón!... ¿Estás en tu conejera?

—Es ese tipo de Silverio Orellana—murmuró Barciel—. ¡Si no fuese por su «bonomání»!... Porque a sinvergüenza no ha nacido el que le gane. A ver si me puedo escapar.

Mas el propósito se le frustró al anunciarlo, porque Orellana colóse confianzudamente en la alcoba.

—¿Por qué no contestas, monstruo de iniquidad?—bramó con donosa ira—. ¿Qué te ha hecho tu Silverio fidelísimo? ¿Te figuras

que aprenderá a escribir con los pies para derrotarte?

—¡Orellana, tengo visita!—advirtió acremente Barciel.

Y sorprendido y asustado de su acritud, agregó en un tono melífluo:

—Es decir, este caballero no es una visita. Está en su casa y en su habitación... o en su aposento. Como gustes. Yo, aunque escriba con los pies, sé manejar el diccionario.

Orellana aplaudió ruidosamente.

—¡Bravo, Galín! Pero no te enfades, hijo. Dispensa y... dispense usted.

Saludó con gallarda soltura y prosiguió:

—Y ya que este barbo no nos presenta, me presentaré yo mismo: Silverio Orellana, madrileño, de mucha edad, porque tengo experiencia, y de poca, porque guardo alegría; casado, castísimo, bebedor, pobre y millonario. Otros detalles, y me conocerá usted como la cristiana señora que me trajo al mundo: soy constructor de sorpresas, y fabricante de ilusiones, y vendedor de nubes, y exploto el azul de cielo y el negro de hollín. He dicho.

El provinciano sólo supo pronunciar su nombre:

—Adolfo Ureña...

Pero esto bastó para que le apretujase contra su pecho Orellana y para que le siguiera, junto a Barciel, cuando le llamó Rebolledo.

Al vendedor de nubes le había favorecido la Naturaleza con una envoltura carnal perfectísima. Era espigado y fuerte; su talle señorial sostenía un pecho de titán y unos hombros apolíneos, y en su cabeza, de perfil ahidalgado, se reían unos ojos llenos de juventud y valor y se enmarañaban unos finos cabellos rucios, y bajo la nariz de líneas puras y la boca, resuelta y firme de trazos, flameaba una barba apostólica y donjuanesca de tan cautivadora autoridad que ni la peste del alcohol, que solía deshonrarla, disminuía su prestigio. Vestíase con una turbadora arbitrariedad: un chaleco oscuro de terciopelo riquísimo disimulaba la humildad de una camisa de algodón y soportaba el engreimiento plebeyo de una cadena de oropel, y unos pantalones rotos y sucios caían sobre unas pulidas botas de charol.

Salieron juntos. Barciel procuraba apartarse con Ureña, al que llamaba cariñosamente Adolfo, para prevenirle contra Orellana; mas vigilado por el barbudo, que no le perdía de vista, sólo consiguió azorarlo con unos pellizcos y unas miradas de reojo. En la Carrera, Galo y Rebolledo, que le dió al provinciano las localidades para Apolo, se despidieron y encamináronse a la redacción.

—Que no me jorobes a éste—recomendó

Rebolledo, entre imperativo y suplicante, dirigiéndose a Orellana.

El interpelado clavó en él sus ojos aquilinos, en los que bullían mil irónicas vayas, le vió alejarse sin replicar y se encogió de hombros desdeñosamente.

—¿Qué creerá Rebolledín que es jorobar?—dijo con una sarcástica sonrisa—. ¿Jorobará uno a la gente cuando no presume de ingenioso, ni de gran poeta?... Si es así, le voy a jorobar a usted.

Calló unos segundos, y borrando la sonrisa malévola y adoptando un tono de chico honradote para travestir su mordacidad, lanzó las sierpes de su palabra contra los dos periodistas. «Barciel, buenísimo sujeto, excelentísimo torturador de ratones, en una exposición de tontos se llevaría el primer premio, y en un concurso de vanos la más alta recompensa. Hasta por el color, era un pez de río, un «Barbarroja» de la Prensa, como el que tenía en su dormitorio. En cuanto a Carlitos Rebolledo... él no negaba su gracia, ni su cultura, ni su inspiración de vuelo corto, ni su arte para engarzar prosaísmos en el joyel de un soneto, ni su cortesía, ni su desinterés, ni su liberalidad; pero lo de que se hubiese vendido al Imperio negro le mortificaba y le indignaba.» El provinciano se quedó en ayunas al oír lo del «Imperio negro», y Orellana, que, para calum-

niar al plumífero, había empleado tan pomposa locución refiriéndose a los jesuitas, le aclaró su sentido y le dió un banquete a su curiosidad con los embustes que se le iban ocurriendo. «Los jesuitas, que compraban a todo el que era capaz de esgrimir con talento una pluma, y que, políticos astutos, se conformaban con que no se les combatiera o con que se les atacase con armas romas, no le exigían a sus servidores mas que el sacrificio de una voluptuosidad: la que proporciona el alcohol. Los bebedores—si no rechazados, humillados por la Compañía—debían contentarse con unos duros al mes y con el gabán de pieles que les regalaban el día de su ingreso—gabán que, al menor descuido, fugábase para vagar sobre tejas y azoteas, denunciando así su linaje gatuno—, comprometiéndose, en cambio, los infelices, a reclutar criaturas enemigas de las empresas báquicas que se dejasen conducir dócilmente por los padres.»

Ureña estaba pasmado.

—Pero ¿es posible?—exclamó—. ¿No se burla usted de mí?

El fabricante de ilusiones, al ver que ponían en duda sus palabras, se alborotó. «El no se burlaba jamás. El no mentía ni en broma. El Imperio negro repartía gabanes de gato entre los borrachines que le servían, y compraba a todos los decididos a venderse. ¿De

dónde salía Ureña que ignoraba cosas olvidadas de puro sabidas?»

—¿Y pactan con cualquiera que se presente?—preguntó el mozo—. ¿Sin cumplir formalidades ni pedir garantías que les defiendan de una estafa?... Porque, en tal caso, me río yo de la astucia de esos señores.

La lógica de la observación no achicó a Silverio, cuya venática imaginación sugirióle una idea capaz de vencer la inesperada incredulidad de Adolfo.

—Pero, hijo mío, ¿y las contraseñas?—dijo acariciándose la barba—. El que acude allí y pretende que le escuchen, va preparado.

Y cual si dependiese su salvación del convencimiento de Ureña, para conseguirlo urdió una mentira fenomenal:

—Como acudí yo. Yo, que por las malditas cartas, vicio que adquirí de Rebolledo, quise claudicar, me presenté en la residencia bien aleccionado por un amigo; dije el «Soy Esaú» de reglamento, agregué, para cumplir el ritual, el «Degollaré a los hipócritas, porque he sido engendrado por el Exterminador», y a la media hora tenía cincuenta duros y el gabán.

Hizo una pausa, suspiró, fingiendo avergonzarse de su antigua flaqueza, y sacando el pecho altivamente, adornó la bola con un hidalgo airón:

—Los cincuenta duros fueron devueltos. El

gabán lo perdí, porque se escapó él o porque me lo robaron. De todos modos, quedé libre.

Para explicar el nefando episodio y justificarse, habló de su azarosa vida. «No se había vendido, porque para él, caballero de raza, pignorar la libertad equivalía a morir; pero, por no venderse, ¡en qué trances se había visto, y qué apuros había pasado, y qué farsas había tenido que componer y representar!... Acuciado por la miseria, fué banderillero y martirizó a los toros y encolerizó a los públicos; fué peluquero, y derramó más sangre inocente que un destazador; fué hortera, y estuvo a punto de arruinar a un comerciante con sus caprichosas rebajas; fué corredor, y acabó corriendo para que no le castigasen por su pigricia; fué cómico, y colaboró tan asidua y disparatadamente con los dramaturgos, por no saber los papeles, que le tuvieron que despedir a fin de evitar que el vulgacho le asesinara; fué sacamuelas, y por extraer, con las muelas, cachillos de quijada—no por malicia, sino por entusiasmo concienzudo al dar el tirón—le quisieron meter en la cárcel... Y entonces, aburrido, pero no abrumado ni acobardado, abandonó los oficios corrientes y molientes y dedicóse a construir sorpresas, fabricar ilusiones y vender nubes, y negoció de este modo con el negro de hollín y el azul de cielo. Favorecía con el azul de cielo a los

varones a quienes les inyectaba la ilusión de que tenían un caudal en la garganta o en la mollera, y a las criaturas a quienes les vendía la nube de una protección perfectamente mitológica. Y desesperaba con el negro de hollín a los sandios y bellacos que aflojaban el bolsillo creyendo organizar un negocio sucio, y que, después de engañados, veíanse constreñidos a callar.»

Ureña, que le escuchaba con secreto júbilo y mal oculta admiración, quiso que le aclarase sus teorías con algunos ejemplos, y Orellana se apresuró a complacerle:

—La calle es de todo el mundo. ¿No es cierto? Bien. Pues la de Alcalá, desde el Banco hasta la Puerta del Sol, es mía, siempre que necesito explotarla, y la exploto cada vez que el rey, el Gobierno o el municipio nos obsequian con una solemnidad de campanillas. Es muy fácil. Se pone usted una gorra, se adorna usted el pescuezo con un pañolito de seda, coge usted unos cartones encarnados, se va usted a la estación, se acerca a los primeros campesinos que salgan y principia a trabajar: «¡Permisos, señores! ¿Desean permisos?» Preguntan, y usted se hace el asombrado. «¿Para qué van a ser? ¿No saben que hoy llega el príncipe Tal, o el presidente de la república Cual?» El que llegue. Y sigue usted: «¿Se han figurado que en las calles de lujo,

en las calles de preferencia, vigiladas por la policía y por la Guardia civil y por las tropas, para que no les ocurra lo más mínimo a los forasteros, se van a parar por su bonita cara los gorriones de Madrid que deseen recrearse viendo pasar la comitiva?... ¡Tendría gracia!» Y endulza usted la voz, como para tranquilizarlos y continúa: «No, señores. Este Gobierno sabe dónde le aprieta el zapato, y como organiza bien las cosas, hoy no pisarán las aceras de las calles elegantes más que los que compren sus buenos permisos. Los encarnados, que sirven para plantarse frente a la Equitativa, los doy yo a cincuenta céntimos. ¡Cincuenta céntimos, lo que cuesta ver al oso del Retiro, que ni puede bailar, y al león, que tiene reuma y no se ha merendado a nadie, y al lobo, que no sabe ni aullar, por ver a un señor presidente de república con su plumero en la cabeza y su espadín, y a cien capitanes generales con cascos de plata y uniformes de terciopelo, y a los 32.000 soldados de la Escolta Real, que están limpios de reuma, que bailan como trompos, que aullan cuando se enfadan y que se merendarían una bandeja de rusos por gaznate sin resollar!» Y así, en el verano vende usted la acera de la sombra y en el invierno la del sol, y se echa usted un remiendillo.

Excitado por las exclamaciones y las risas

de Adolfo, contó que, en las malas épocas, también expendía permisos entre los payos más simples para ver bajar la bola del reloj de Gobernación, y abonos para utilizar todos los urinarios—incluso los de la Puerta del Sol, que se le reservaban a la diplomacia y al clero—desde que amanecía hasta las doce de la noche. Celebrando él mismo sus granujadas, sostenía que el mundo era una selva en la que se cazaba para no ser cazado, y añadía que él nunca le había llamado fiera a ningún hombre por no calumniar a las fieras, que son infinitamente menos empedernidas, desentrañadas y crueles que los hombres. «Un tigre mata por comer o por amar: la medula y el estómago únicamente le impulsan a esgrimir sus colmillos y sus garras. Y una criatura, hecha a su imagen por Dios, mata por codicia, por avaricia, por egoísmo, por soberbia, hasta por placer... Y es que los tristes nietos de Caín, maleados por las absurdas complicaciones de la existencia racional, tan irracional en el fondo, se han creado tantas falsísimas necesidades que su condición es más dura que la de las bestias.» El sospechaba que la maldad desaparecería si las personas, imitando a los animales, caminaran hacia la muerte no pensando más que en comer, para alargar la excursión, y en amar, para que eternamente hubiera excursionistas. «Frutas, raíces, yerbas,

amor... Y nada de esas superfluidades que nos debilitan y nos conducen al ataúd, como el chaleco, no usado ni por los más señoriles codrilos, como las botas, despreciadas por los elefantes más adamados y coquetuelos, y como las corbatas, desdeñadas por los canguros más amigos de la molicie... Nada de vanidades. Agua, viento, sol.»

—Vea usted—exclamó simulando una inocencia infantil—. Si yo fuese un animal, ahora, con la barriga llena y paseando junto a un camarada simpaticísimo, sería completamente feliz; pero como no soy un animal y como estoy sufriendo una crujía espantosa, las preocupaciones me amargan estos minutos de fraternidad, tan gustosos, que, créame, no los olvidaré.

Limpióse la frente, con la esperanza, quizás de llevarse en el pañuelo las ideas sombrías, y retorciéndose las manos trágicamente, exclamó:

—¡Ah, las preocupaciones! La preocupación, digna de un mendigo, de llenar de algo un puchero; la preocupación, digna de un apóstol, de ser útil a sus semejantes; la preocupación, digna de un poeta, de limpiar de abrojos el camino de la pobrecita que se refugió entre nuestros brazos... ¡Por cinco duros, vendería el lugar que han de darme en el cielo!

Adolfo entendió la indirecta que encerraba

la irreverente aseveración, y sacó un billetejo del que se apoderaron en el aire los dedos corvinos de Orellana, que, pretextando una cita, se evaporó. Se había hecho tarde, y Ureña, en vez de ir al teatro, se metió en su nuevo domicilio. Una punzante fetidez que ascendía desde las honduras del patio, obscuro y húmedo como una cañería, envenenaba la atmósfera del dormitorio. El ratón jeringado, rígido, duro ya como el bronce, manchaba la albura de una pechera, sobre la cual estirábase en una graciosa actitud de galope violento. Los otros ratoncillos se agitaban, azorados, en su prisión, y «Barbarroja» movía su cola carmesí, y al elevarla algunas veces, ponía relámpagos purpúreos en la trémula superficie del agua. El provinciano acostóse, por segunda vez en Madrid, con esa mezcla de aversión y desconfianza que inspira todo lo que no es familiar, si carece del hechizo de lo bello, y procuró dormir. Mas unas campanadas despertaron en su memoria el confuso eco de otras campanadas, y recordó su salida de la vetusta capital donde una noticia le había inutilizado, y su júbilo durante el viaje, y el miedo que le había acometido al encontrarse en la corte, vasta como el mar, de una indiferencia despreciativa y de una frialdad aterradora. «¡Lo que tendría que luchar, no para vencer, sino para impedir que el hambre le matara!»...

Después, recapituló cuidadosamente los acontecimientos del día: su peregrinación por las redacciones con versos y artículos que nadie se dignaba leer, como si los curas de «El Faro» hubiesen remitido a cada periódico una prueba de la zonza gacetilla, con el retrato de su autor; su encuentro con Carlitos, sus discursos desesperanzados y la promesa que le había hecho de auxiliarle; su presentación al hombrezuelo de la cabellera de brasas, que, en lo sucesivo, cobijaría sus ilusiones entre los mismos muros que él; su diálogo con el truhán inventor de abonos y de permisos... Poco a poco, personas e ideas fueron esfumándose en una azul neblinilla que entorpecióle la imaginación, y de súbito, cuando ya la sombra vencía en su cerebro, vió con lucidez extraordinaria a un Galo descomunal, con un Vesubio en erupción en vez de melena y con un rubí más grande que un molino en el estrocolero que le adornaba la camisa, que horadaba con el cañón de una jeringa fabulosa a un buey barbado, parecidísimo al constructor de sorpresas, y la horrificá alucinación le hizo rebullirse con inquietud. «¡Si me atizara un lavativazo y me convirtiera en pisapapeles!», pensó. Y así hundióse en el limbo del sueño.

II

Los sabios planes de Rebolledo no estiraron la pecunia de Adolfo, que por su ligereza y su generosidad y ayudado también eficazmente por el periodista, que era el primero en reirse de los sanos propósitos, a las dos semanas no tenía ni un real. El flaco equipaje permitióle resistir durante algunos días el rumbo de la vida de café, colmado y daifas, y, por último, fundidos los metales que le proporcionaron los entresijos del baúl, tuvo que pensar en el orden, muy odioso, pero muy necesario, en la disciplina, muy antipática, pero muy saludable, y en el ahorro, virtud que si atormenta, salva. Lo malo fué que Ureña se decidió con tan desdichadísimo retraso a cultivar las flores del arrepentimiento, que quiso economizar cuando sus dilapidaciones sólo podían ser imaginarias.

Con Carlos, audaz inventor de maneras de arruinarse y alambicador sutilísimo de modos de divertirse, no había que contar mas que para que amenizara con su ingenio el plúmbeo capítulo de las quejas, porque hallábase tan limpio de monises como horro de cavilaciones

y sobrado de buen humor. Adolfo, que no olvidaba la revelación del barbudo, quiso más de una vez aconsejarle que no sacrificase a su fe supersticiosa en un as o en un siete los recursos que debía a sus poderosos protectores; pero el temor de que el periodista creyera interesados sus consejos hacía le callar.

Don Baldomero, a quien Carlos le adeudaba el hospedaje de dos meses y Adolfo la pinta de varios días, consumíase de indignación, y zarandeándose al andar como un buque en tiempo borrascoso, mascullaba interjecciones con su vocecita de chamariz, arriesgaba indirectas y almacenaba bríos para romper con sus ruinosos huéspedes. La fregatriz, aleccionada por el hominico, suprimió el vino, achicó las raciones de pan y se esmeró en hacer intragables sus condumios.

—¡Patatas!—decía plantando la cacerola en la mesa tan violentamente como si pretendiera hundirla—. Y aunque no son muchas, no hay más menú. ¡Y yo tengo que comer por esta boca de cristiana! ¡Digo, si no es un crimen!

Barciel, en el ajo seguramente, pero compadeciendo a sus amigos, callábase con una discreción que hubiera envidiado «Barbarroja» y Ureña y Rebolledo mirábanse de reojo, disculpaban, magnánimos, la insolencia de la mujer, debida no a su maldad, sino a su ignorancia,

y disertando sobre el intercadente humor femenino, esforzábanse en conducir la conversación por senderos menos pedregosos. Mas entonces, con las fuerzas que prestábale su rabia, intervenía groseramente el invertebrado:

—¡ Es que comer patatas, nada más que patatas, no deja de ser duro! ¡ Muy duro, muy requeteduro, rejones! ¡ Y no va a privarse de patatas, no habiendo más que patatas, la que las guisa! ¡ Aunque haya pocas! ¡ Si hay pocas, se achica el hambre y no se come mucho!

Tirábase a fondo en el aire con el tenedor, como para destripar a un enemigo invisible, y mirando a Barciel, proseguía:

—Y lo que siento es que me escuche quien se puede quejar. ¡ Porque hay quien se puede quejar, rejones! Hay quien da para vino y no bebe vino; quien da para carne y se priva de la carne; quien da para huevos y no prueba los huevos. Y esa conducta delicada, esa honradez, ese desprendimiento me llegan al corazón.

Galo, avivada la perenne hoguera de su rostro por el rubor, refugiábase en el silencio, y Rebolledo, cual si fuese el aludido, mortificaba al vejete clavándole los aguijones de su malicia:

—Pero ¿ vamos a sacrificarle, querido Escalona? ¡ Pues no faltaría más! Ni me he quejado, ni me quejo, ni me quejaré, y me

saben a pollo las patatas por comerlas en su compañía. ¡Y no se apure, hombre, que ya cambiarán las cosas y nos hartaremos de pavo y de perdiz! No está usted solo. ¡Tiene aquí a tres leones para ayudarle y defenderle!

Don Baldomero, congestionado, alta la diestra, que, con sus temblores, hacía describir fintas al tenedor, contemplaba al tramposo con ánimo de acometerle; mas era tan dulce la sonrisa del charrán y tan cándido su gesto, que el de la agencia, desconcertado, aplazaba el ataque. Entonces, el vencedor, para alejar el peligro de una reacción ofensiva, apelaba a su destreza, y, valiéndose de rodeos habísimos, encendía la charla con el único tema que tenía la virtud de interesar al anciano:

—Me he tomado una libertad—declaraba con un encogimiento de señorita—que tal vez le moleste, amigo Escalona. Pero me puse a discutir, y ya sabe usted cómo las gasto yo cuando estoy en lo firme.

El viejo, más inmóvil que si estuviera sordo, ni se dignaba mirarle.

—Las palabras—proseguía Rebolledo—se enredan, y a una negativa injusta se responde con una afirmación, y apuesta uno si no le creen, y después de apostar...

Don Baldomero fabricaba proyectiles con trozos de migajón, y con la misma indifere-

cia que si no le hablasen bombardeaba su copa.

—En resumen—terminaba el periodista—: que solicito su ayuda para robar cien duros.

La magnitud de la suma le arrancaba un estremecimiento al invertebrado; mas, sostenido por el odio, se mordía la lengua y absteniase de responder.

—¡Cómo!—gemía desolado el escritor—. ¿Será usted capaz de permitir que no me luzca enseñando el mirlo? ¿Se va a morir porque lo enseñe?

El efecto que producía el sustantivo era mágico. Escalona, con los ojos risueños, dejaba de bombardear la cristalería, fijábase en el trapalón y, rompiendo su desdeñosa mudez, comenzaba a hablar nerviosamente:

—Pero ¿qué es eso del mirlo? ¿Quién lo ha de ver?... ¿Qué apuesta ha hecho?

Carlos, entre chilindrinas que la plepa oía con fruición, le embelesaba con cualquier embeleco. «Un ruso de la Embajada, cazador formidable, a quien le encomió los talentos del mirlo, se había permitido asegurar que un repertorio de treinta canciones, insuficiente para una cantarina, era excesivo para un pájaro; al discutir, envedijándose las palabras y calentándose los cerebros, habían reñido, y después de reñir, para hacer las paces, habían apostado.» Adolfo por compañerismo y Galo

por candor o por generosidad, aparentaban creer la historieta y compadecían al imprudente ruso, y don Baldomero, con un entusiasmo que trabándole la lengua le hacía balbucear, afirmaba que los imprudentes merecían una dura sanción; pedía que nadie le abriera los ojos al ruso, para que fuese robado y escarmentara, y enfrascándose en el elogio de su prodigio, al que en estos momentos de exultación le permitía brincar sobre la mesa, no volvía a acordarse de las trampas de sus amigos. Pero el extranjero anunciando—que unas veces era ruso y otras «yankee» y otras inglés—tardaba tanto en llegar como el dinero de sus inventores, y un día, Escalona, sacando valor de sus apuros y fuerzas de su ira, les advirtió que no se presentaran a las horas de comer porque en su cuarto no se volvería a guisar para tramposos.

El golpe fué terrible. Carlos consiguió que le permitiese el de la agencia seguir durmiendo en su domicilio, y Adolfo ni tuvo que rogarle a Barciel que le auxiliase para que el chamarilero no le plantara en la del rey, porque el pelirrojo, en cuanto supo que le habían despedido, se apresuró a decirle que nadie le privaría de cama y techo y que él, con «Barbarroja» y con los humildes roedores, estaba a su disposición. Mas disponer de una cueva y una yacija no era bastante para vivir; había

que buscar también un panadero que se resignase a cobrar en buenas palabras, y un tendero que facilitase víveres a cambio de promesas, y un mozo de café capaz de medir lo inmensurable y de pesar lo ingrávito con el metro y la balanza de la ambición, que les abriese una cuenta sobre su gloria literaria futura, y esto era casi imposible.

Rebolledo, a flote durante algún tiempo en el mar de sus deudas, gracias al administrador de su periódico que, en unos segundos de locura, le hizo un anticipo, ayudó liberalmente al provinciano; pero hundido otra vez y agobiado por la persecución de los más singulares acreedores, dejó de favorecerle. Adolfo, que no quería abusar de Barciel y que se marchaba antes de que se levantase el de la jeringa para que no le atormentara con unas invitaciones que se había propuesto no aceptar, con el cumquibus que le dieron por la mayor parte de su ropa interior y que administraba con un tino engendrado por el recelo, compraba una libreta y unas sardinas en aceite o unos fiambres, y, cuando salía su compañero de habitación, se los manducaba junto a los ratones y el pez. Luego, frente a la puerta, para aprovechar la luz que se asustaba en el patio y se desvanecía en el pasillo, procuraba enriquecer su pobrequita prosa, arma que, muy buida y muy flexible y muy cortante, le podría conducir, proporcio-

nándole triunfos, hasta las cimas de la notoriedad. Una Gramática—jamás abierta por Galo, aunque le pertenecía—que servíale de pedestal a la pecera de «Barbarroja» le sorprendió con inesperadas complicaciones y le permitió hacer descubrimientos que le asombraron. Las partes de la oración—¿quién lo había de sospechar?—eran nada menos que diez: seis variables y cuatro invariables, y de las primeras se conjugaba el verbo y se declinaban las demás, para que se volviesen locos los pobrecillos estudiantes; había una sintaxis que se llamaba figurada con cinco figuras de construcción; había unos vicios—cinco eran también—contra los cuales los incultos no tenían ninguna virtud... Y era necesario, para escribir correctamente, tragarse todo aquello: conocer las palabras, conjugar, declinar, sorberse las figuras, saber librarse de los vicios... Tal vez, ansioso de emular a los aguilucho de la Gramática, se hubiese Ureña inyectado en el meollo toda la substancia que metieron en el libro los académicos; pero como no hay nada más difícil que estudiar bajo la fiscalización de unos ojos burlones e impacientes, Adolfo, en cuanto penetraba en la alcoba, canturreando y mimbreadose, la prometida de Barciel, le devolvía a «Barbarroja» su pedestal.

Conchita Pastor, ojizarca, retinta de cabellos y de una caliente palidez de marfil, era una

chulita, esbelta de cintura y pomposa de caderas, que se hubiese podido calzar con los estuches de dos alfileres de corbata y que se ponía corsé no para levantar carnes mustias, sino para abatir redondeces lozanas y desafiadoras. El chamarilero la quería apasionadamente porque le recordaba a su mujer—gloria de la afición taurina, que hubiese discutido, sin temblar, con un revistero—y porque derrochaba buen humor y salud. ¡Mordía tanto en el aguante y en el bolsillo una enfermedad, y estaba su otra hija tan malucha!... Inés, la mayor, que había sido tan guapa como la pequeña, se casó por la posta, víctima de uno de esos enamoramientos súbitos que socarran las entrañas y secan los manantiales de la reflexión, con un banderillero bonito y saleroso, a quien hubieran contratado los mejores espadas si se hubiese atrevido a poner banderillas. Mas el doncel, corto de ánimo frente a los cornudos, asaltaba a las bellas con loca temeridad, burlándose de los dardos venenosos del amor clandestino, y en una de sus batallas recibió tan fiera lesión que, a los pocos meses, con la sangre corrompida, lió el petate y se fué con todo su salero al otro barrio. Inés, contagiada por su marido y en manos del servidor de las Parcas con título de médico que le ayudó a emprender el supremo viaje, empezó a palidecer y a rehuír el trato de la gente, y a salmodiar

rezos y a temblar. Las palabras se le enredaban en la boca, y para que Conchita no se burlase cariñosamente de ella ni la encocorase con sus consuelos, se encerraba en su habitación. Y entonces, para obsequiar con bizcochos al pez o con queso a los ratoncillos, para dejar una camisa o para cogerla, para cambiar de sitio un libro o para sacudir una cuartilla, para mil cosas urgentes y necesarias, Conchita metíase en el casto refugio de Barciel, donde no era su novio el que trabajaba, sino el provinciano.

A Adolfo, cuya medula no estaba cansada ni mucho menos, gustábale de tal manera la chulita que, sin el recuerdo de Barciel, le habría encalabrinado; mas la nobleza nativa y el honrado respeto a la amistad, más fuertes en él que los ímpetus rijosos de su juventud, le aconsejaban fingir que no comprendía las insinuaciones de la moza.

—¿A cuántas le escribe usted?—le preguntaba pasándose las manos, en una lenta y suave caricia, por los pechos.

Ureña, que contemplaba con morosa delectación las manos regordetas y el tesoro palpitante que oprimían, contestaba, acentuando su timidez y su desvío:

—No le escribo a ninguna, Conchita. No tengo novia.

—Será porque usted no quiera.

—Porque no quiero engañar a ninguna mujer. En mi situación, ¿qué puede ofrecer un hombre?... Si yo tuviera un destino como Galo y un puesto en una redacción, buscaría una novia que fuese tan honrada como usted y que me mimara tanto como usted le mima y me casaría; pero así...

—Es que yo soy mimosísima—exclamaba, interrumpiéndole, la chula, entre irritada y burlona—. ¿No lo ha comprendido usted?

—Pero, así—proseguía Adolfo, sin cambiar de sendero—¿adónde voy?

—Por esa cae, hijo de mi alma, al limbo. ¿Cree usted que las mujeres se enamoran del dinero?... Porque una cosa es el dinero, que vale mucho, y otra el cariño, que vale pero que muchísimo más. Y no hay que salir con postinerías, ni empeñarse en sudar las perras cuando se trata con mujeres, porque to eso es orgullo y del peor. Ca uno da lo que tiene, y el que da cariño es el que da más. Y que me paece a mí que a la diosa Fortuna, hasta ahora, no la han pintao con barbas de capuchino, sino con mostrador de ama de cría y con piernas de tiple muda. Conque más natural es que apoquine los duros la hembra que el varón.

Estas peligrosas doctrinas de la Pastor y su dadivoso natural alarmaron a Ureña, cuyo temperamento no era el más apropiado para resistir los martirios que impone la virtud, y

cuando desesperaba de encontrar un medio que le permitiera seguir junto a Barciel, sin ultrajarle, rindiéndose a su novia, la casualidad, metida en un espantajo viviente, vino a sacarle del apuro. Fué una mañana, al volver con la libreta y las sardinas. Marchábase el vagabundo que se alojaba en el jaulón de ladrillos, cristal y cinc, y Adolfo, que nunca le había visto mas que de soslayo y en la penumbra de la escalera, al verle frente a frente y a plena luz, detúvose un segundo, asaltado por vagos recuerdos. ¿Dónde y en qué ocasión se había hallado cerca de aquella frente abultada, de aquellos ojos dormilones, de aquella boca pueril?... Pero el espantajo no le dió tiempo para reflexionar.

—¡ Hombre, gracias a Dios! —dijo con una graciosa mezcla de enfado, afecto y desdén—. ¡ Yo no voy a pedirte nada!

Y la voz rompió las nieblas que le enturbiaban la memoria, y le reconoció en el acto:

—¡ Olid!

—El mismo que viste y calza, chico. ¿Crees que hoy tampoco me ibas a saludar.

Como Olid había sido muy aficionado a la hipérbole, no le sorprendió a Ureña que le llamase vestir a colgarse unos pingajillos de color de cieno, y calzar a hundir los pies en unas fragatas que de seguro habían naufragado en cien alcantarillas.

—¿No me has conocido?—preguntó—. ¿He cambiado mucho?

Adolfo contestó de un modo indirecto:

—La voz es la misma. Todos cambiamos con la edad.

Pero ¡qué triste y qué horrenda transformación había sufrido Olid!... Allá en la provincia, al ensayar, a los quince años, los primeros vuelos, trató Adolfo a un Olid de una palidez muy interesante, que se afeitaba con pulcritud la pelusa de las mejillas, que vestía con elegancia, que saludaba con garbo y que magnetizaba con sus ojos adormecidos a las mozelas, y de pronto, en Madrid, encontrábase con un hombre, viejo en la aurora de la juventud, que asustaba con su escualor espectral y que repelía con su fetidez cadavérica. Sin embargo, Olid no parecía notar su transmutación.

—Se me han caído los dientes y el pelo—confesó—; pero estoy más fuerte que nunca... Un toro, chico. ¿Subes?... Yo salía ahora; pero si quieres que charlemos...

—¡Claro!... Acompáñame y nos comemos, además, esta miseria. Digo, si no tienes cosa mejor.

Olid aceptó con una precipitación que lo mismo podía ser hija de su amabilidad que de su hambre:

—Y aunque la tuviera. ¡Pues estaría bien!

Subieron, y Adolfo le invitó a penetrar en la alcoba; mas el desdentado negóse con un mohín de repulsión:

—No, dispénsame. Si fuese para charlar, entraría; pero comer ahí con los ratones... Es muy fuerte, hijo. Me falta estómago. Vamos a mi palacio.

El palacio, al que se llegaba trepando por una escalerilla que se cimbreaaba de un modo alarmante, era un estudio que tenía dos paredes de ladrillos, una armadura de hierro, madera y cristal que sustituía a las otras dos y una techumbre de cinc desde el promedio hasta las paredes, y de vidrio desde la armadura hasta el cinc. El sol hundía sus dardos en la jaula furiosamente, como si quisiera purificar el catre pestífero, las dos sillas más lardeadas que una codorniz en el horno, la mesa con el tapete calvo y el palanganero, a cuya jofaina le crecía la verde cabellera del moho. Para el espectro era el único enemigo. Reíase de las pulmonías, y aseguraba que, a causa de su orgullo, no se metían allí por ser demasiado fácil entrar; compadecía a los candorosos insectos que no se alojaban en su cabeza o en su verija, porque en aquel páramo los mataba el rigor de las gélidas noches, y desdeñaba la ira fragorosa de las tormentas, con sus gránizos y sus truenos, que dábanle al palacio la resonancia de un tambor. Pero del sol no se

burlaba, porque, desde mayo, encendiendo con su lumbré el cinc y el cristal, convertía el estudio en una caldera, en la que ni un hombre de acero habría podido permanecer sin fundirse.

—Es brutal—declaraba—. Arden las paredes y los vidrios; huele a chamusquina la ropa; se asfixian las chinches; brota el sudor hirviendo... ¡Bestial!

Pero si se explayaba hablando de su palacio, al referirse a su vida, que era lo que a Adolfo le interesaba, reducíase como el mortal más discreto. ¿De qué manera el lindo, el pulcro, el elegante, el seductor Olid había llegado a convertirse en aquella piltrafa? ¿Qué catástrofe originó su caída? ¿Qué desengaño provocó su abandono?... Sobre todo esto pasaba el vagabundo con tanta rapidez como indiferencia, cual si en las ruinas de su espíritu no quedasen bríos ni para sentir el dolor del desmoronamiento. «Su padre no dejó nada al morir. A él no le había puesto Dios sobre los hombros una cabeza de abogado, y rasgó el título y vendió los libroles. Era bueno vivir; mas sin la sombra de una preocupación, ni el sacrificio de un esfuerzo. Comer un poquitín, fumar mucho, beber siempre licores de gran fuerza y morir cuando la embriaguez, como un telón de oro, no permitiese adivinar que se aproximaba la Pelona sobre

esa plúmbea nube de silencio que tiñen de sangre los relámpagos de su segur. Para alimentarse, extraer humo del tabaco y tragar aguardiente, había escogido una profesión de importancia, aunque sin brillo; difícil, dentro de su sencillez; activa y reposada; artística, no obstante su humildad... Era apuntador. Un apuntador estupendo, capaz de enmendarle la plana a los autores y apto para corregir a los cómicos, que si hubiese tenido unas camisas enteras y un par de trajes decentes, y unos zapatos sin rajas, habría figurado en las mejores compañías; pero ocurríanle con el calzado y las ropas unas cosas tan singulares... Las camisas, al mes de reposar sobre su tronco, cual si sus mallas quemaran, iban desprendiéndose a pedazos; los trajes, en cuanto dormía dos borracheras en un paseo, se trocaban en rarísimos paisajes que suspendían a los curiosos inteligentes con sus riachuelos oscuros, sus llanuras verdosas y sus altozanos rojizos; y las botinas, a la semana de ajetrearlas, en vez de resistir como unas valerosas botinas, torcíanse, rajábanse y se le podrían en los pies.» Y por estas cosas, verdaderamente extrañas, pasaba Olid buscando acomodo tres veces más tiempo que acomodado.

Y no obstante, defendíase—aunque pernociando largas temporadas en su paupérrimo

jaulón—porque, como no hay mal que por bien no venga, la continuidad de las cesantías le hizo tan ducho camandulero y le dió tal fertilidad para urdir trápalas, que raro era el día que no batojaba lo preciso para emborracharse.

Gracias a su habilidad, Adolfo, que no volvió a meterse en el cuchitril de Galo para devorar sus refacciones—destruyendo así el plan de Conchita—, pignoró objetos impignorables y vendió cosas a las que no le hubiera atribuído el más liviano valor. Junto a su mentor, con el que compartía sus riquezas, estuvo en unos tabernuchos donde por un real daban un puchero, y en unos comedores donde servían por diez céntimos unas sopas o una ración de verdura, por quince una de pescado, que dejábase comer porque estaba ansioso de recibir sepultura, y, por veinte, una de carne, tan definitivamente muerta—para que no obligase a los parroquianos a dilapidar el vigor de sus quijadas—, que ya quería revivir y moverse. Para celebrar los grandes golpes de fortuna iban a un cafetín—el «Tupi de Talía»—, en el que congregábase la chusma de la farándula, y después de tomar a sorbitos unas copas de Chinchón, se metían en «Florencia», establecimiento acreditado entre los hambrones, porque en él, por una pesetilla, se resignaba el amo a que un tragón devorase un cesto de pan

envolviendo los sólidos y empapando los líquidos de los tres platos de que se componía el almuerzo.

Una mañana, apenas habían catado el arroz que el camarero—buen amigo de Olid—les recomendó que eligiesen, vieron entrar a un majestuoso caballero que tenía la mirada de príncipe, por lo aquilina; de obispo el vientre, por lo rotundo; de industrial millonario la cogullada, por lo crasa y limpia, y los andares de lidiador aplaudido, por lo garbosos y lo sueltos. El imponente personaje saludó con una gracia benévola al maravillado concurso, sentóse en el lugar donde era más protectora la penumbra y rechazó con altivez la lista que ofrecióle el criado. «Podía servirle lo que quisiera. Todo sería excelente y apetitoso...» El espectro, que no apartaba los ojos de él, dióle un pisotón a su amigo para que le imitase.

—¿No te has fijado?—murmuró discretamente—. Es Parra.

—¿Parra?

—Sí, hombre. Don Manuel Parra. El ruiseñor del teatro romántico. El único que sabe decir versos hoy.

Según Olid, el viejo actor, en cuya laringe se escondía una orquesta, declamaba de un modo asombroso los parlamentos de Calderón, Lope y Zorrilla. Los versos brotaban de

su boca musicales, alados, luminosos y se hundían zumbando en el estremecido corazón del público para dejar allí, como buenas abejas, su milagrosa carga de miel. Para el teatro realista reservaba don Manuel su gesto más desdeñoso, y el poético, si estaba escrito en prosa, le hacía sonreír de piedad. ¡La prosa!... En prosa hablaban las cocineras, y los sastres, y los usureros; en prosa se pedía el cocido, se adulaba a los empresarios y se discutía con los acreedores; en prosa se luchaba en este puerco mundo, en el que eran prosaicos hasta los ideales. De tal manera la despreciaba el inspirado histrión, que jamás estudió un papel cuyos conceptos no estuviesen encerrados en la turquesa de la rima, a pesar de los peligros a que le expuso su voluntaria ignorancia. Una vez en Almería, al estrenar una obra que había obtenido en Madrid un triunfo resonante, dijo en el primer acto parte muy principal de lo que debía haber dicho en el segundo—haciendo así de una comedia clara un tenebroso disparate—, y el público, pasmado, comentó primero la ineptia de la gente que aplaudía un jeroglífico, y pateó después la pieza con sañudo encono. Pero el ruiseñor no fracasaba nunca. Se aprendía en los ensayos lo más florido de su papel, fijábase en las situaciones dramáticas para componer el gesto y dominar la acción, y con tan leves pre-

parativos presentábase ante la multitud más fresco que una lechuga. Algunas veces, engañado por la memoria y traicionado por el oído, extraviábase en medio de la representación, con el espanto consiguiente de los actores que le acompañaban; mas como no perdía la serenidad, tapábase el rostro y comenzaba a gemir, mientras sus compañeros o el apuntador le conducían al buen camino, o si esto no era posible, apelaba a los recursos heroicos, y bramando: «¡Oh, jamás!... ¡Sacrificio y muerte!... ¡Muerte, madre mía!... ¡Muerte, muerte, muerte!...» dejábase caer entre convulsiones y sollozos. Ambas tretas—por ser la emoción del grito la más pegadiza—le arrancaban a los cándidos espectadores aclamaciones delirantes, que engrandecían la fama del poético farandulero, y él, agradecido, obsequiábales, al terminar la obra despachurrada, con la representación de unas escenas o de un cuadro de uno de sus dramas predilectos:

«La jaca torrrda,
la que, cual dices tú,
los campos borrrda;
la que tanto te agrada
por su obediencia y brrrio...»

Al de la jaca «torrrda» le producían sus revolcones artísticos más aplausos que dinero, y como no tenía empresa que le contratara ni

ahorros que le permitiesen vivir sin contrato, procuraba reclutar una partidilla que le acompañara a las capitales de tercer orden y a los pueblos, a fin de continuar ordeñando a la poesía. A Olid, que presentóse a tiempo, le aceptó don Manuel, y Ureña quedóse sin su amigo. Durante algunos días volvió a comer en la alcoba de Galo, y a consultar la Gramática, y a soportar las insinuaciones de la Pastor; pero su tío le envió unas pesetas, producto de unos olivos de los que no podía disponer, y buscó a Rebolledo para que le ayudase a sembrarlas en fonduchos, cafés y billares. Al poeta se le había frustrado un negocio editorial, había perdido una corresponsalía literaria y le habían negado un anticipo en la administración del periódico: tres catástrofes que, unidas a la ferocidad con que los camareros le acechaban, teníanle escupiendo hiel a todas horas. Un lance erótico le obligó a empeñar el gabán, y se acorazaba con la Prensa inglesa—la de más abrigo—para resistir los lanzazos de noviembre. Y así, crugiendo en cuanto le tocaban, como si tuviese la barriga y el lomo de papel, apartábase de la Puerta del Sol—que no hubiera podido cruzar impunemente mas que ejecutando el salto de la garrucha—, y se ponía a cubierto en los cafés de las calles excéntricas.

En uno, muy lleno de espejos y de macetas,

cuyos servidores miraban a los plumíferos como a fetiches, en tanto no pretendieran comer o beber de balde, introdujo a Adolfo en una tertulia presidida por el poeta Manfredi, que, atusándose sus cabellos jamás carmenados, insultaba o elogiaba a los «canarios» de su legión. Manfredi, agresivo con los matones y bondadoso con los prudentes, tenía mariposas y avispas en la lengua, rayos de sol bajo la endrina pelambre, hierro y cera en el corazón y bronce en la voluntad. Hacía versos como los manantiales dan linfas, dilapidaba sus monedas como si temiese que le quemaran el bolsillo y reñía como si cada golpe le fuese a proporcionar una corona de laurel. Incurioso hasta un punto increíble, sus barbas parecían una rastrojera, y su americanilla de tiritaña, un cedazo, y sus botas, unos coladores; y, desdeñoso con la hermana agua—con la limpia hermanita que navega en el seno de las nubes, canta en los arroyos, se desliza humilde en los ríos y se encrespa orgullosa en el mar—, era complaciente con la hermana chinche y le consentía que se escondiera en su ahorcaperro y que explorase los rinconcillos de su camisa. Los «canarios» de Manfredi, unos carilucios y otros barbones, unos con voces de flauta y otros con voces de clarín, aunque cantaban, puesto que reunían ripios, más que canarios, eran peloteros. Sin el rumor de un pensamien-

to en los ámbitos de sus greñudas testas, con las voluntades rotas, macados por todos los vicios chiquitines, se ufanaban colgándose los títulos de homéridas, aedas, portaliras y liróforos, no siendo mas que una piara de embrollones, socaliñeros, trapacistas, petardistas y gorriones que le robaban hasta la respiración a los incautos que les favorecían con su intimidad.

En el mismo café, pero en otro turno, se reunía la patulea hedionda de los invertidos. Presidíalos un hombrachón acaponado, autor de poesías prostibularias, con los ojos como dos goterones de pus, la boca de mozcorra y la mirada de pelandusquilla, que citaba continuamente a Walt Withman, Tennyson y Longfellow, y que, cuando mentaban a Oscar Wilde, se relamía con estremecimientos de histérica. Le acompañaban generalmente donceles andróginos, efebos de talles adamados, «mignones» nalgudos que se pompeaban al andar y chulillos de pupilas fuliginosas, que, alquilando su virilidad, explotaban la perversión de aquellos cazoleros.

De tarde en tarde acudía al café y honraba promiscuamente con su conversación a las dos tertulias un mocito lánguido, vaporoso, quebradizo, que tenía la mirada indecisa y el gesto borroso y de una expresión inquietadora. Llamábase Luis, era hermano de Emilio Ló-

pez de Paredes, político de gran influjo y poderoso industrial, y gastaba locamente el dinero, y mezclábase en empresas de moralidad más que dudosa, y se exhibía junto a sujetos que estaban abocados a perder la reputación o que ya la habían perdido. Luis, idólatra de Baudelaire, de Verlaine, de Lorrain, de Mirbeau, escribía versos «delicuescentes» y publicaba cuentecillos inspirados por una lujuria cerebral de impotente—que él creía que obsesionaban y que sólo producían repulsión—, a los que procuraba darles un sentido arcano. Ciertas noches encerrábase en un mutismo de esfinge y se aburría con la austeridad de un fakir; pero otras, algareando como los más algareros, proclamaba que sus poesías, gemas portentosas de un mago del ritmo, tenían una suprema plasticidad y un poder increíble de evocación, y después de recitarlas, alfeñicándose con el olor mirrino de la adulación, caía en éxtasis beatos.

Adolfo, a quien, por lo que abusaba del verbo luchar, al referirse a sus aspiraciones, comenzaron a llamarle «el Luchador» los peloteros, conquistó la benevolencia de Manfredo y se hizo amigo de Luis, declarando paladinamente que sus poesías inquietaban, y con ellos y con Carlos, al que le reconocían cierta superioridad, vió amanecer muchas veces

mientras lanzaban metáforas extravagantes, defendían paradojas y disparaban epifonemas.

Una noche que no fueron al café Manfredi ni Paredes, retornaban temprano a su domicilio el periodista y «el Luchador», y precisamente hablaban de Escalona, cuando tropezáronse con él en la calle del Carmen. Don Baldomero, resucitado por la salacidad, caminaba con bríos juveniles, muy pegadito a una niña, a la que escoltaba una vieja, y Carlos se alborotó.

—Pero ¡si es una criaturita!—dijo—. ¿Ve usted qué miserable bicharraco? ¡Y no habrá un guardia que le detenga, ni un caballero—de quien no sea patrón—que le brume las costillas a puntapiés!

A Ureña lo único que se le ocurrió contestar fué que el invertebrado era un egoísta que no quería mas que a su mirlo, y al recordar al pájaro, Rebolledo se puso a dar botes de satisfacción.

—¡El mirlo!—profirió—. ¡Ahí le duele! ¡Ese es su flaco!

—Sí; pero...

—Pero ¿qué? ¿No merece que se le castigue? Y ¿habrá una pena mayor para él que la de quedarse sin el mirlo?... ¡Pues condénemos a muerte al mirlo! ¡Muera el mirlo!

A escape, y enumerando los crímenes del silbador—haber metido las patitas en una cre-

ma o haber manchado de tinto mostagán unos puños—atravesaron plazas y calles y hundiéronse en la pina del Olivar. Junto a la puerta, Olid, a quien había despedido Parra, decíale al sereno, rabadanista furibundo, para conmo-verle y que le dejase entrar, que Rabadán era el Jesucristo de los lidiadores, y Rebolledo, que conocía al apuntador y que le estimaba por la calidad de sus redaños, salvóle del vigilante a fin de que les sirviera de verdugo. Subieron los tres, apoderóse el periodista del condenado, que rebullíase con inquietud, y sin hacer ruido, como unos bandoleros que intentasen sorprender a un ricachón, llegaron al palacio del consueta y encerráronse a piedra y lodo. Mas la empresa distaba mucho de ser tan sencilla como se la había figurado el escritor. Era indispensable que muriera el mirlo para castigar las bellaquerías de don Baldo-mero; sería, tal vez, hasta conveniente y moral su sacrificio, puesto que el hominico, herido en sus fibras más sensibles, podría ele-varse hasta la cúspide del arrepentimiento por la escala del dolor. Pero ¿cómo se iba a ejecutar la terrible sentencia? ¿Con un bárbaro retorcimiento de cuello, como si fuese el lindo silbador un rijoso palomo? ¿Con una cuchillada, como si hubiese cacareado en un corral?... Ureña afirmaba que un concertista debía morir noblemente fusilado y lamentá-

base de no poseer un fusil, y Carlos rebatíale, diciendo que un verdadero artista no podía perecer decorosamente mas que de inanición, cuando Olid, para cortar las discusiones, se apoderó del mirlo, le empuñó con la diestra, le puso la cabecita sobre el índice doblado, apretó con la uña del pulgar, corta y acerada, y hubo un crujidillo agrio de huesos, una angustiosa erección de plumas, unas rápidas convulsiones y la caída de un cuerpo que se aplastó como un harapo. Adolfo y Rebolledo miráronse con sincera consternación. Ya no volvería a silbar el concertista de los ojitos negros y los párpados de oro; ya no tornaría a saltar sobre el mantel entre sonrisas y carcajadas, ni hundiría su pico amarillo entre los rojos labios de las mozuelas que le obsequiaban con guindas color de sangre... El milagroso flautín de músculos y nervios no sonaría más.

—¿Vámonos?—propuso Adolfo, sin disimular su pesadumbre.

—¿Y me lo voy a comer yo solo?—exclamó Olid—. Pues no podrá quejarse. Lo voy a enterrar en una panza de doctor.

Al día siguiente tampoco estuvo en el café Luis, que, a título de hermano en la poesía, le prestaba algunos reales al «Luchador», y Adolfo, envalentonado por la gazuza, recurrió a Orellana y le suplicó que le devolviese

los cinco duros que le había facilitado y que le perdonase el atrevimiento en que incurría al pedirselos.

El fabricante de ilusiones, que seguía ultrajando a sus botas de charol con la vecindad de unas perneras sucias, quedóse boquiabierto de asombro.

—¿Es posible?—exclamó, tirándose de las barbas y gesticulando—. ¿Usted me prestó cinco duros?

Y le miraba de pies a cabeza, como admirándose de que aquel corderillo le hubiese podido auxiliar, y en seguida, con uno de sus gestos más acariciadores, prometía atender su ruego. «Claro que le perdonaba la petición. Aunque en ningún rincón de su memoria agitábase el recuerdo de los cinco duros, los habría tomado. ¡Cómo dudar de la palabra de un caballero tan digno!... Mas llegaba en una ocasión tan inoportuna... No hacía diez minutos que le había entregado cien pesetas a su sastre, quinientas a su joyero y mil a su impresor y no disponía ni de un ochavo. Otra vez quizá tuviese la satisfacción de servirle, porque sus negocios—la verdad por delante—navegaban viento en popa por el vastísimo océano de la credulidad madrileña.» Contenido ya el primer impulso de Adolfo, le habló de sus nuevos trabajos. «Ahora ordenaba una gran vaca—la de la literatura—;

pero no como esos soñadores, fantaseadores y «suspiradores» de oficio, que sabiendo enamorar a la luna, eran incapaces de conseguir que les fiara un carnicero, sino prácticamente, sagazmente, con la astucia y el sentido de la realidad de que carecían los zonzos «tela-rañistas». Había hecho una obra de más intensidad que extensión—puesto que sólo tenía ocho páginas—sobre San Isidro, y aunque él era un gentil que, como Epicuro, creía que el alma se aloja en el estómago, y aunque, entre Jesús y Buda, se hubiese quedado con Buda, que predicaba el bien por el bien mismo, sin encalabrar a las criaturas con promesas de celestiales premios, ningún cristiano se habría atrevido a tachar de heréticas sus afirmaciones, para defender al santísimo labrador, y los aristócratas y los burgueses adquirirían el folleto, que producía más que un filón de oro».

—Mi mujer, que es una señora muy señora—añadía—, lo lleva a las casas, dice que sus productos se destinan a la fundación de un asilo..., y siempre cae algo.

Pero los cinco duros no acababan de caer, y como su atroz penuria traía cada vez más descaecido al «Luchador», que pedía con la insistencia de la necesidad, el biógrafo de San Isidro, ya que no a pagarle, se resignó a que le acompañara, y toleró que en algunas ocasiones le viese operar. Silverio utilizaba como

secretarios o como traineles a dos aguerridos mancebos que, educados en su escuela, le servían por gratitud y por admiración. Diego Arévalo, el de más edad, al que le llamaban «el Galgo», había conquistado su alias persiguiendo a los duros con una celeridad de centella, sin que ninguna consideración moral le detuviese, y Jesús Pozo, el más joven, al que le decían «el Caracol», podía enorgullecerse de la paciencia y de la constancia con que dedicábase a la captura del hurao dinero, virtudes que le habían ganado en durísima lid su significativo mote. «El Galgo», bien vestido siempre, no esgrimía su sable mas que para dar cortes de a duro, cuchilladas de a cincuenta pesetas y estocadas de a cien, y con objeto de facilitar sus agresiones, llevaba pitillos baratos, pitillos con boquillas rútilas y águilas de Upmann o de Bock que adormecían los dolores de los lesionados. «El Caracol», menos altivo y menos ambicioso, tal vez porque solía usar cuellos cadavéricos, de una amarillez de putrefacción, y puños que parecían próximos a descomponerse y agusanarse, igual manejaba la chaira, el puñal y el cortaplumas que el estoque, el sable y la cabriteria. Y no porque fuese incapaz de grandes concepciones, puesto que en sus momentos de inspiración había planeado arremetidas de una magnificencia terrible, sino porque, convenci-

do de que la miseria del país frustraba los golpes temerarios, prefería apoderarse del gorriuncillo a ver volar las avutardas. A veces, el gorriuncillo, pájaro ideal, formado por cincuenta céntimos, que eran el cuerpo, y dos pesetas, que eran las alas, escapábasele también, y entonces «el Caracol», sin femeniles desmayos, perseguía a la peseta, y si fracasaba, reducía a pedir los dos reales del café con bollo, y si no le atendían, solicitaba, por último, el real para la olla, la perra para el sereno o la perrilla para el cacho de pan. Ambos cazadores, a pesar de la diferencia de sus procedimientos, se estimaban profundamente, y como no se estorbaban, solían recorrer en amorosa compañía el cazadero de las calles céntricas, aguzando su imaginación con traguillos de mosto y comentando con donosura las pequeñeces transcendentales de la farándula o las frívolas grandezas del mundo político, siempre vigilantes, por si necesitaban ejercitar su industria. En los días malos, cuando la lluvia, la nieve o el calor despoblaban el cazadero, laboraban unidos para sorprender a los burgueses en su madriguera. «El Caracol», bajo el ascua roja del sol de julio, o empapado por los gélidos chaparrones de diciembre, encogíase frente a la casa del elegido, y «el Galgo», maravillosamente, con sonrisas irónicas y tonos patéticos, alternando la pie-

dad con la burla, declamaba su relación si el amenazado le recibía: «A él le disgustaban de una manera horrible ciertas comisiones; pero había momentos en que la indiferencia era criminal, y un cristiano, ¡qué caray!, no podía ser indiferente. Allí, a unos metros de su balcón, tenía a un pobrecito a quien minutos antes le había separado el revólver de la sien... A un pobrecito que se iba a matar—sumiendo en la desesperación a una madre anciana—porque había naufragado en el mar tempestuoso de Madrid. El, no obstante la humildad de sus medios, le había socorrido con cincuenta pesetas; pero el infeliz necesitaba otras cincuenta para huír, para recobrar los bríos y la esperanza en el regazo de su madre.» El acometido encendía un cigarro de los de boquilla de oro que ofrecíale el traidor, miraba al «náufrago», que se mantenía encogido, y, por lo regular, se despedía de un billete.

Después de estas victorias, holgaban los galloferos, que ennoblecían su ocio con la ejecución de algunos sainetes de propia Minerva, los cuales rara vez terminaban de un modo dramático. Los pícaros, con una seriedad imperturbable y una bonachonería que hubiese engañado al mismo recelo, pedían tabaco del doctor Sable, para combatir la tos, en las farmacias, tinta de calamar uranista en las pa-

pelerías, y coronas de laurel, para poetas premiados en Juegos Florales, en los establecimientos de pompas fúnebres, y, por último, cuando tropezaban con una de esas criaturas ricas de fantasía y enamoradas de los colores puros, que sublevan a una calle con el atrevimiento de un chaleco verde o con la temeridad de una cazadora amarilla, la felicitaban de todo corazón y le preguntaban por su sastre y por el Goya que hubiese pintado la tela sorprendente o elegido su color.

Mas Ureña no conoció al «Galgo» y a su cofrade después de un triunfo, sino después de una serie de espantosas derrotas, y en vez de disfrutar con sus gracias, tuvo que oír resignado sus lamentaciones. Diego sostenía que la tonta desconfianza de los bobos era más peligrosa que la aguda penetración de los listos, y Jesús, protestando contra unos y otros, afirmaba que las mayores imbecilidades que se pueden cometer en este país son las de ser irreligioso y republicano, y amenazaba con claudicar, vendiéndose al «Imperio negro», si continuaba la cicatería embotándole los filos a su sable.

¡El «Imperio negro»! ¡La fuerza misteriosa, firme y suave, segura y escondida, ordenada y avasalladora de los hijos de San Ignacio!... Adolfo reflexionó mucho, ruborizándo-

se muchas veces, y ya dormían Galo y los roedores y el pez, y una pálida claridad ponía una sonrisa en el cielo, cuando se quedó adormecido.

III

Una mañana, al levantarse después de un ayuno de cuarenta horas, tornó a sentir la caricia inquietante y cálida de la tentación. Puesto que disfrutando de fama, o siendo conocidos, o disponiendo de valedores se rendían tantos que podían combatir, ¿por qué no había él de rendirse? ¿Con quién se había comprometido a pelear contra los jesuitas? ¿Qué le habían hecho a él?... Recordaba el odio virulento que le inspiró la Compañía—un odio que brotó en su corazón al oír los discursos del socialista de su pueblo y que después se fué agrandando sin que ningún mal lo justificara—, y avergonzábale. ¿No serían injustos los propagandistas de la revolución? ¿No eran dignos de la horca, por farsantes y por bandoleros, algunos de los que acaudillaban a la grey liberal?... Podría discutirse la legitimidad de la compra o el torcimiento de voluntades; pero la legitimidad de la defensa, no, y los continuadores de la obra de San Ignacio las compraban o las torcían para defenderse. Además, ¿qué exigían de los sometidos? ¿No se conformaban con que el silencio

sustituyera a la hostilidad o con que el ataque fuese blando?... Pues él, que aún no había arremetido, obligaríase a no arremeter jamás, y a cambio de que su pluma y su palabra fuesen neutrales, aceptaría lo preciso para vivir. Para vivir, porque ¡era tan doloroso perecer de hambre a los veinticinco años!

Todavía adobaba argumentos especiosos que le tranquilizasen cuando llegó a la residencia, y al llamar, avergonzado, estuvo a punto de huir; pero le abrieron y le empujó su miseria, y, despabilándose, hasta supo corcusr un embuste que le sirviese de introductor:

—¿El padre Acebedo?

Un individuo muy flácido, muy narigón y terriblemente orejudo que se mantenía cogido a la puerta, le interrogó en un tono piísimo:

—¿Qué desea usted?

Adolfo contestó con seguridad e indiferencia:

—Verle. Dígale usted que le traen un recado del señor marqués del Puntillo.

El rostro del portero, como cuando un rayo de sol atraviesa un nubarrón, aclaróse con un mohín parecido a una sonrisa.

—Pase. Tenga la amabilidad.

Le dejó en una sala obscura, en la que había unos muebles sombríos y unos cuadros tenebrosos, y antes de que la hubiera examinado, apareció un sacerdote que tenía el tronco

de un Goliat, los remos de un sietemesino y la cabezota huraña de un mastín.

El provinciano tornó a preguntar:

—¿Es usted el padre Acebedo?

La cabezota huraña se endulzó con una mirada de bondad, y los bracitos se movieron amablemente para invitar a Adolfo a que se sentara.

—El mismo. Siéntese, hijo mío.

Sentóse él en una butaca, junto al «Luchador», que dejóse caer en un sofá, y después de un rápido examen, le incitó a que expusiera el objeto de su visita.

—¿Qué tiene que mandarme el señor marqués?

Aunque Adolfo sabía que la pregunta era inminente, al escucharla, palideció, como si no la aguardase, y, atolondrado, no supo qué decir. Hubo unos minutos de silencio angustioso, largos como horas. Ureña barajaba miles de frases de disculpa en su imaginación; pero ninguna—ni las de brío lapidario, ni las de cautivadora humildad—movía su lengua, paralizada por los ojos escudriñadores del clérigo.

—¿Se siente usted mal?—dijo éste con afectuoso interés.

Y entonces el muchacho, recobrándose, mas con el habla turbada, empezó su confesión:

—Padre, yo he necesitado mentir. Perdóne-

me. Al señor marqués ni le conozco siquiera; pero me hacía falta llegar hasta usted, y...

—¡Oh, oh, hijo mío!

El cura hizo un gesto de franca reprobación, mirándole suspicazmente, y Adolfo, para apagar su justa desconfianza, corrió hacia él y pronunció la frase de reglamento que le había revelado incidentalmente el vendedor de nubes:

—Es que yo... soy Esaú.

Debió de sufrir una impresión tremenda el jesuíta, porque su tronco se encogió, sus dedos se engarabataron y sus pies escondiéronse bajo la sotana; mas conservó la digna impasibilidad del rostro y hasta tuvo ánimos para sonreír y para hablar.

—Bien, muy bien, hijo mío—exclamó cariñosamente—. Pero yo no le pregunto nada. Dejemos eso. Otro día, si usted gusta...

El provinciano temió que le despidiese, y se apresuró a soltar la segunda parte de la contraseña:

—Degollaré a los hipócritas, porque he sido engendrado por el Exterminador. ¿Comprende?

Esta vez el padre, lívido de miedo, se levantó con prudente lentitud, gacha la testa y estirado un brazo, como para rechazar una acometida; miró disimuladamente hacia el vestíbulo, donde sonaban los pasos del nari-gón, y para salvarse apeló a la diplomacia:

—¡ Ah, en tal caso, no quiero replicar!—
murmuró cada vez más benigno—. Si él le ha
engendrado y es usted Esaú, ¿ qué hemos de
negarle en esta Casa?... Pero, la verdad, no
esperaba yo verle tan pronto por aquí... y
estoy desprevenido. Como lo oye. Despreve-
nido, sin ningún presente decoroso que se pue-
da ofrecer.

Comprendió Ureña que aludía a los gaba-
nes gatunos y le atajó delicadamente:

—Por mí no se preocupe, padre. No soy
friolero.

—No importa, señor Esaú. Siendo usted
quien es... Y aguarde un poquitín.

Miró de nuevo hacia la puerta, llamó al flá-
cido cristiano que la defendía, y para asegu-
rar su retirada, añadió reservadamente:

—Voy por el que administra al Extermina-
dor. Aguárdenos aquí.

Adolfo le despidió con una respetuosa y
elegante reverencia y se quedó entusiasmado.
«¡ Que maltrataran delante de él a los hijos de
Jesús, que los calumniaran, y le verían trans-
formado en un Briareo para repartir sosquines,
bofetones y puntapiés!... Pero ¿ había en el
mundo bondad, generosidad y delicadeza com-
parables a las suyas? Los mismos santos de
los altares, ¿ eran más santos, tal vez, que el
santísimo Acebedo? » Y la emoción le anubla-
ba los ojos al recordar cómo sintió el padre-

cito no disponer de gabanes de nutria—porque serían de nutria y no de gato—, y cómo después de llamarle angelicalmente Esaú para darle a entender que estaba admitido en la comunidad precipitóse en busca del administrador. «¡El digno sacerdote!... Y sería capaz de traerle, con aquellas manecitas de tan conmovedora fragilidad, un pesado abrigo, y hasta de ayudarle a ponérselo, para dejar caer mientras la insinuación de que en sus bolsillos había algo más que forros. Y él, que entró allí aterido, en la miseria, desesperado y sin valedores, saldría abrigado, rico, lleno de esperanzas y con el corazón defendido por el escudo de una protección incontrastable. ¡Sí; batiríase entre los leones que amparaban a los hijos de Jesús y trocaría por el plato de lentejas que le otorgasen su puesto en el comedor sin comida del radicalismo rojo!»

Notó que el narizotas se asomaba de vez en cuando a la puerta para contemplarle empavorecido, y se contuvo a fin de que no le alarmasen los manoteos y las palabras sueltas con que exteriorizaba su monólogo mental. Al rato de espera comenzó a impacientarle la tardanza del administrador. El orejudo, impaciente también, seguía espiándole y recorría a trancos el vestíbulo con una agilidad ardillesca. Y, de súbito, sonó el timbre, abrió con una rapidez de funámbulo y presentóse

seguido por un señor corpulento y por un doncel, a quien a rayos le brotaba de los ojos la temeridad. Ureña se figuró que serían el administrador y uno de sus empleados, y, aunque sorprendido por la ausencia del clérigo, les iba a saludar cordialmente, cuando la actitud del narigudo, medrosa y agresiva al mismo tiempo, le atemorizó.

—¡Ese, ese es!—chilló descomponiéndose.

El pingüe caballero le llamó al orden con un ademán.

—Calma—ordenó—. Sin voces, que estamos entre buenos amigos. ¿Verdaz, señor Esaú?

Adolfo, trastornado, asintió con una cabezada. «¡Claro que sí!—pensó—. Pero entonces, ¿por qué chillaba el cancerbero, y por qué no venía el cura, y por qué aquel hombre elefantino le decía Esaú, mirándole como un domador de fieras?»

—Estamos entre amigos—confirmó el gordo—, y aquí Esaú, en cuanto se entere de que mi compañero es Jonás el de la ballena y yo Sansón, va a querer tomar la puerta con nosotros.

—¿Con ustedes?—preguntó cada vez más atontado «el Luchador».

—Con nosotros, en un cochecito.

—¿Y el padre Acebedo?

—Con el Exterminador, aguardándole. Yo soy el que le administra.

Ureña comprendió que, denunciado por el sacerdote—seguramente porque habría cometido alguna necedad—, aquellos individuos, servidores de la Compañía o agentes policíacos, estaban resueltos a detenerle y quiso huír. Pensó que, acometiéndoles de pronto, tumbaría de un silletazo al grandullón y de una patada a su compinche y que le facilitaría la fuga el terror del portero, y con los dientes apretados acercóse a sus enemigos; mas, al empuñar la silla, se le quebrantó de golpe la decisión. «¿Qué iba a conseguir con la violencia? ¿No podían dominarle? Y aunque venciera, ¿no le perseguirían? Y una vez detenido, ¿no agravaría su situación el haber luchado?... ¡No, no! Era mejor entregarse, consentir que le prendieran y explicar su conducta ante hombres que le comprendiesen y le disculpasen.» Y al oír otra invitación del craso, ya más apremiadora, bajó la frente con humildad y le siguió.

—¿Vamos?

—Vamos.

Al llegar a la Inspección, Adolfo, que en el camino sólo se había preocupado de apretarse contra el testero de la berlina, para que no le pudiesen ver, trazó precipitadamente su plan defensivo. Hablaría con absoluta sinceridad, pintaría su engaño y la grosera falta en que, por lo visto, le había hecho caer, y

pediría, arrodillándose, que no le privaran de su libertad, que era su honor y, por tanto, su vida.

Entraron en una salita, y el gordo, dirigiéndose a un mozo que con admirable dominio del arte decorativo se entintaba los lamparones, formuló una pregunta:

—¿Se podrá ver al jefe?

El decorador ni se tomó la molestia de mirarle para contestar:

—Lo que es ahora... Ha venido don Guillermo con un amigo suyo y están de charla.

El grandote y su auxiliar se miraron perplejos y detuviéronse frente a una puertecilla entreabierta, por la que se escapaba el estridor de una risa de cornetín. Sonaba confusamente una voz de un tono apagado; pero sobre ella se alzó, momentos después, otra más recia de timbre, y al escucharla tembló Adolfo de júbilo. «¿Estaría allí Rebolledo? ¿No era la suya aquella voz de broncas sonoridades?» La estudió con ansia, y en cuanto se convenció de que no se había equivocado, dió un bote de lebrel, apartó bruscamente a los lamparones y traspuso la puertecilla. Jonás se lanzó tras él blasfemando, con la cólera de un tigre, y Sansón se puso a gritar:

—¡Cuidado, cuidado! ¡Es un loco!

Rebolledo, estupefacto, no intervino hasta que vió al «Luchador» debatirse entre las ga-

rras de los policías, devolviendo golpe por golpe.

—¿Pero qué brutalidad es esta?—gritó.

—¡Ayúdame!—rugía Adolfo, sofocado—. ¡Ayúdame y los hago cisco! ¡Soltad, canallas!

Mas el caballero gordo, aferrado a sus muñecas, se las torcía en vez de soltarle, y continuaba gritando:

—¡Cuidado, que digo que es un loco! ¡Ha querido matar a un jesuíta! ¡Cuidado!

Y añadía su compañero:

—Cree que es hijo del yo no sé quién «Exterminador» y que se llama Esaú.

Y encarándose blandamente con Ureña, pero sin dejar de heñirle las costillas, hacíale bondadosas recomendaciones:

—¡Quieto, quieto, que llevas las de perder! ¿Te ha dado el ataque, chiquito? Pero, hombre, ¡tan bien como te portabas!...

—¡Si no estoy loco!—gimió «el Luchador»—. ¡Dejadme y lo probaré! ¡Llamad a un médico si queréis, para que os convenza!... Diga usted quién soy, Carlos. He hecho mal en meterme aquí; pero ¿y si se hubiese marchado mi amigo sin auxiliarme?

Hablaba conteniendo los sollozos, con una exaltación horrenda, y Rebolledo, emocionado, volvió a intervenir:

—Vamos, déjenle ustedes. Yo respondo de él, Guillermo.

—Lo contaré todo—afirmó Ureña—. Lo explicaré todo. Verán ustedes que soy un mentecato, un imbécil, un granuja, un perverso... Lo que se les antoje, menos un loco.

Don Guillermo interrogó a los agentes, los cuales limitáronse a decir que les habían llamado para que, sin escandalizar, detuviesen a un individuo peligroso, en el que se observaban síntomas de locura; les despidió, recomendándoles una cauta reserva, y entonces el provinciano contó punto por punto el trágico episodio y las desatinadas mentiras de Silverio, que lo incubaron. Carlos y su amigo se despedazaban de risa al oír lo de la contraseña.

—Pero ¿cómo se tragó usted semejante bólón?—preguntaba Rebolledo.

—Si no me lo tragué—respondía Adolfo, arriesgando una disculpa—. Sino que hoy, atontado por la debilidad...

Mas el escritor y el jefe de Policía, sacudidos por las carcajadas, con los carrillos arrebolados y los ojos lacrimosos, no estaban para escuchar disculpas. «¡Oh, la impresión del clérigo al verse frente a Esaú y al oír al bíblico verdugo de hipócritas!... ¡Con qué dulzura hablaría para no embravecer al monstruo, y con qué suavidad procuraría escurrirse, y con qué ciega precipitación se lanzaría

hacia el teléfono, y con qué temblores pediría ayuda !...»

«El Luchador», abatidísimo, reforzaba los alegres comentarios con sus sombrías aseveraciones :

—¡ Soy un asno, un miserable burro ! ¡ Ríanse de mí ! ¡ Péguenme, por canalla, por estúpido, por bestia !

Temblábale la voz como si fuese a sollozar, y lo patético pudo más que lo cómico en el alma de los amigos, que refrenaron los retozos últimos de la risa. Don Guillermo, hombre de condición misericordiosa, brindóse a arreglar el asunto para que no molestaran al «Luchador», y Carlos le hizo el presente de unos consejos sutilísimos. «Puesto que la aventura, capaz de hundir en el pozo airón del ridículo no a un principiante, sino al propio Quevedo que resucitara, se había de saber, lo mejor era referirla con todos sus pelos y señales..., haciendo una leve alteración. Esta alteración consistiría en colgarle al protagonista varios vicios que no le adornaban, con objeto de poder afirmar que su odio al jesuitismo le había inspirado el sainete de Esaú, y su pasión por el Jerez le había impelido a representarlo, bellacadas que, en vez de inutilizarle, como la verdad, le elevarían en el concepto público.»

Y así ocurrió. La hazaña de Adolfo, astuta-

mente transformada, voló de mentidero en mentidero y de corrillo en corrillo, y le conquistó las censuras de los literatos piadosos, las condenaciones airadas de los clericales y el elogio risueño de los indiferentes y los irreligiosos. De golpe y porrazo, «el Luchador», a quien no conocían mas que Barciel y sus ratones, Manfredi y sus «aedas» peloteros, y Luis y los sodomitas que rodeaban al hediondo adorador de Oscar Wilde, se vió buscado, mimado y festejado por docenas de escritores que celebraban su ingenio y que se perecían por oírle narrar el diabólico lance. Y Ureña, sin resistirse, refería cómo—después de un atracón de Voltaire—se tomó las copas, y cómo, al ver a Puntillo, recordando su intimidad con los del Imperio negro, se le ocurrió la idea de utilizar su nombre para sorprender al enemigo, y cómo aplastó con sus ademanes y sus palabras a la tortuga de Acebedo, y cómo al acudir Sansón el hábil y Jonás el silencioso—los agentes que le creían chiflado—peleó con ellos sólo por darle el susto final a la estantigua que guardaba la residencia. De propina, aparentando tomarlas por artículos de fe, para que aumentase la sal de la narración, obsequiaba a sus oyentes con burdas especiotas y repetía el relato de los abrigos gatunos, copiando hasta los ademanes de Silverio.

Una mañana, Carlos, a quien enorgullecían

los buenos éxitos de su protegido, le favoreció con una noticia tan importante que Ureña se quedó alelado. Lafón, el director de su periódico, no estaba en Madrid; se había encargado interinamente de regir *La Independencia* Espina, un chico muy fatuo y muy borrico, pero neto de corazón, y Espina admitiríale unos versos y le firmaría un recibo para que los cobrase. «El Luchador», en cuanto se repuso, alzó a Rebolledo entre sus brazos y se puso a danzar con él, estrujándole y piropeándole.

—¡Te quiero más que a las niñas de mis ojos, Patastuertas! —exclamaba tuteándole, porque habían suprimido el ceremonioso usted desde el día de la detención—. ¡Cervantes, a tu lado, sería un gacetillero, y Shakespeare, un topo!

—¡Pero tú—bramaba Rebolledín—eres un animal!

—¡Un animal que va a empeñarse en su primera batalla! ¡Un león!

—¡No! Un camello. Y suéltame y no me digas Patastuertas, que no lo admito... ¡Esaú!

«Esaú...» Era la gran arma de Carlos, la que esgrimía—aunque siempre en broma—para reducir a la obediencia a su compañero, que, al recibir el latigazo reconocía su inferioridad; mas aquella mañana ni se alteró. «El sería Esaú y lo que se le antojase a su Patastuertas; pero,

en lo sucesivo, dejaría de ser un luchador fantástico que no luchaba mas que con sus hambres, para convertirse en un luchador real, que lucharía por la gloria... ¿Que la gloria era un flato como el que le revolucionaba las tripas?... ¡A otro perro con tales pamemas! ¡A otro a quien lograsen convencer los envidiosillos, que por verla tan inasequible, tan lejana, se ponían la careta del desdén.»

Escogió la mejor de sus composiciones: un rondel limado y pulido y nielado y taraceado mil veces, una obra de orfebre casi tan perfecta como el salero de Cellini, y se la llevó a Espina, con la seguridad de maravillarle, y guardóse el recibo que le entregó, con el mismo cuidado que si fuera una alhaja. Aquella noche, en el café, se colocó entre las dos tertulias, para que homosexuales y homéridas se enterasen del magno acaecimiento, y, aprovechando una oportunidad que le ofreció Manfredi, al referirse a unos trabajos que le pedían, habló del suyo quitándole importancia, con el elegante desdén de un príncipe de la literatura, harto de producir y de triunfar en arduas empresas. «Sí. Para que no le fastidiasen con la machaconería de sus ruegos los del periódico, les había entregado una nada, que igual podía calificarse de sonatilla que de camafeo... Algo aterciopelado, arrasado, con rumores de aguas y de frondas, que, no

obstante su exoterismo, podía ser refinadamente esotérico para la gente culta, que regocijarse, con seguridad, contemplando el orto de su poesía.» Salió del café con López de Paredes, acariciando el propósito de encajarle la sonatilla aterciopelada y esotérica; pero el joven vaporoso acogió con tal frialdad sus insinuaciones y mostróse tan displicente, que se despidió de él llevándose el camafeo en el cuerpo. Como sin vomitarlo no hubiese podido dormir, se lo recitó al indefenso «Barbarroja» y a los encarcelados roedores, y aguardó a su dueño, que le trajo unas pruebas, y ponderando la dificultad de parir un rondel que, en su breve extensión, encerrase, como el suyo, imágenes imperecederas—lo que equivalía a meter una catedral en una copa—, vió llegar el alba. Al despertarse cambió de bisiesto, y trocó su actitud, escandalosamente soberbia, por otra humilde y rendida. «¡Pchs!... No estaba mal su rondelillo... Era una bicoca aceptable para empezar; un ensayo, una obreja de buhonería más que de orfebrería, con la que no aspiraba a suspender a los críticos.» Y por la tarde, muy modoso y muy risueño, se personó en la administración del diario para cobrar.

—¿Don Marcos Valdivia?

El administrador, don Marcos Valdivia, a quien su nariz ganchuda como un pico, sus

ojos redondos y su pelambre en forma de cresta, que debía de ser eréctil, dábanle cierto parecido con las catalas, contestó al cabo de un rato, sin levantar la vista:

—Yo soy.

Irritado por la sequedad y la grosería del tipo, Adolfo arrugó el entrecejo y endureció la voz.

—¿Tendría la bondad de escucharme?

—Cuando termine.

Y cuando terminó la catala de revisar un montoncillo de cuentas y facturas, dignóse mirar al provinciano, que se apresuró a entregarle el recibo.

—¿De qué es esto?—preguntó sin disimular su extrañeza.

—Véalo usted.

Valdivia contempló al muchacho, sorprendido de que se atreviese a emplear el mismo tono que él, y manoseándose la cresta, replicó zumbonamente:

—Vamos a verlo. «He recibido por mi rondel»... ¿Rondel o redondel?

A Ureña le quemó el rostro una llamarada de ira.

—Creo que ahí dice rondel—exclamó—. Y si dice rondel, será rondel.

—Bueno, bueno. Es igual.

—No es igual. Como no es igual una redondilla que una décima.

—¡ Ah!... Es «el versito» de hoy.

Siguió leyendo, sin concederle importancia a la desazón del poeta, y, de súbito, dió un respingo, se pasó la zurda por los párpados como para quitarse alguna espesa telaraña, y mugió enronquecido por la estupefacción y por la cólera:

—Pero usted... ¡usted no está en sus cabales! De modo que le publican «el versito», y en vez de agradecerlo, quiere cobrar, y cobrar no lo justo, sino el disparatón de quince pesetas. Usted está loco.

Como «el Luchador» no esperaba la repulsa, vaciló antes de lanzarse a la defensa de su derecho, y la catala, imaginándose que le había anonadado, se quiso aprovechar de su indefensión:

—La culpa no es de usted: es de ese idiota de Espina, que, con el dinero de mi cuñado, presume de protector de la literatura. Y es que él también hace redondeles. ¡A mí no me la da! Pero, en fin, por esta vez, pase. Tome usted.

Le ofreció un duro, con un gesto tan insultante por lo misericordioso, que Ureña saltó como si le hubiesen abofeteado.

—¡ Son tres! —reclamó enérgicamente—. ¡Y como son tres, me llevaré los tres!

Algo impresionado por su actitud, el admi-

nistrador pensó que tal vez fuese conveniente transigir.

—¡Vaya!—dijo con bonachona brusquedad—. Ahí van siete pesetas y no hablemos más del asunto. Me ha cogido usted de buen humor.

Adolfo rechazó el dinero de un papirotazo, y exclamó con su más cortante ironía:

—Usted debe de tener los ojos malos. Me ve usted con una guitarra y un perro, ¿verdad? Pues no, señor, no. No tengo perro ni guitarra. No soy un mendigo, para que se me dé limosna. Fíjese. ¡Soy un escritor!

Pero la catala, que era impenetrable a la ironía, y que había llegado al límite de su generosidad, recogió las monedas y gruñó con acritud:

—Entonces, márchese. Yo no gasto el tiempo en discutir.

—Ni yo.

—Pues márchese.

—¡Con lo mío!... ¡O con su nariz! Usted verá lo que le conviene.

¿Con su nariz?... Un poetilla, un miserable autor de «redondeles», un ripioso hambriento, ¿se iba a llevar la sagrada nariz de un respetable administrador?... Valdivia, con la ganchuda facción en la diestra, exhaló un alarido tan sonoro, como si hubiese recibido ya el infame tironazo, y, junto a sus ciscatintas, que

le rodearon belicosamente, ordenó la expulsión del atrevido:

—¡A ver! ¡Los ordenanzas! ¡Que vengan los ordenanzas y echen a ese guapo!... ¿Qué es eso de la nariz? ¿No hay mas que llevarse la nariz de una persona?... ¡Acérquese a mí, jaquetón!... ¡A ver! ¡Ordenanzas!...

«El Luchador», que salió temblando de rabia, y maldiciendo a Rebolledo, por no haberle advertido lo gahnápiro que era el tal Valdivia, tuvo la suerte de toparse, a poca distancia de la redacción, con Manfredi y uno de sus peloteros, y en un dos por tres contóles lo ocurrido y les dió instrucciones para que la venganza guardase proporción con el agravio. «Pistola, o sable con punta, filo y contrafilo. Prefería el sable, porque su propósito era cercenarle la nariz o abrirle en la barriga un boquete por donde cupieran dos perros peleando.» Minutos después, Manfredi, con una gravedad que impresionaba a su mismo compañero, le exigía a don Marcos los tres duros—para que pudiese pelear con decoro—y una reparación en el terreno de las armas. Pero Valdivia, sin alterarse, dijo que siendo él un hombre de números, y no un hombre de lucha, no aceptaba el desafío; agregó que a mojicones o a patadas—que así se había batido él, cuando mozo, en su pueblo—se las mantendría tiasas frente a todos los poetillas del

orbe y con un «a los pies de ustedes» que dejó patitiesas hasta a las chinchas de Manfredi, retiróse humeando de altivez.

Mas este fracaso le fué tan útil al «Luchador» como el que sufrió en la residencia, porque, merced a Rebolledo, que asustó a la catala, asegurándole que Adolfo le arrancaría la nariz, don Marcos firmó un tratado de paz, pagó los tres duros de la poesía y acabó suplicándole a su cuñado que utilizara la pluma del mozo de los «redondeles». Y con esto, con los informes de Carlos y con una recomendación que Luis le arrancó a su hermano—accionista importantísimo—, encontróse Adolfo convertido en redactor de *La Independencia*.

Para que no enloqueciese de satisfacción, Patastuestas vertió algunos jarros de agua sobre el vino de su alegría. *La Independencia*, publicación que había ostentado cuantos colores se pueden ostentar en la política y que nunca fué independiente; periódico que, por no morir, había ejecutado las gambetas más absurdas, bailando unas veces al son de las trompas republicanas y otras al compás de los violines clericales, se debía aprovechar para hacer los primeros pinitos y robustecer la personalidad todavía vacilante. Era un pantano del que saldrían los hombres de inteligencia y en el que se ahogarían los torpes; era una cuna o un pudridero... De modo que hacía fal-

ta huír de ella y encaramarse en las columnas de los periódicos ricos, o acogerse a la decorosa hospitalidad de los diarios modestos con bandera conocida y prácticas honradas, para respirar en un ambiente limpio y percibir un sueldo remunerador. En *La Independencia* encontraría dos o tres escritores talentudos, dos o tres fracasados, algunos pobrecitos ganapanes y varios pilluelos, muy pobrecitos también... Del gerente, del olímpico Andara—a quién él le llamaba Anduviera—, del pintoresco director y del desasosegante accionista señor López de Paredes, nada le diría. Poco a poco, a cambio de molestos rasguños en su dignidad, su vanidad y su paciencia, los iría conociendo.»

Ureña le escuchó con gentil cortesía, gesticulando aprobatoriamente; pero las advertencias de Rebolledo no le aguaron el vino de su júbilo. Estuvo en varias tertulias para decir, haciéndose el melancólico, que le compadecieran, porque la tozudez cariñosa de sus amigos había logrado amarrarle a un diario; se lamentó de la horrible carga que caía sobre él, robándole su libertad, y luego, ya en la calle, empezó a mirar las cosas y las personas, no trivial y distraídamente como un señorito, un poeta o un burgués, sino con profunda atención, como un periodista, resuelto a denunciar inmoralidades y fealdades, a corre-

gir abusos, a castigar torpezas, a ser el paladín de la ley, el defensor de la virtud, la mano de bronce que despabilase á la autoridad adormecida y el ojo de fuego que velara por la dicha del país. «¡ Ah, el país! ¡ Ah, la descaecida patria, sin colonias y sin conquistadores, sin estímulos y sin fuerzas, acobardada y abúlica!... ¿Cuál sería su suerte si cada varón no cumplía con su deber, reconociendo sus errores y abominándolos?» El principió a reconocerlos, a los pocos minutos, en el tranvía. Un señor, épicamente gorrino, se quejó de la suciedad de los coches, y Adolfo, con honrado apasionamiento, recogió su queja:

—¡ Tiene usted razón! ¡ Esto es indigno, execrable, bochornoso!... Pero de esto no tiene la culpa la Compañía, ni el Municipio, ni el Gobierno, ni el público... ¡ La tenemos nosotros!—Y se atizaba unos manotazos de tigre en el esternón—. ¡ Nosotros, los periodistas, que nos vamos a morir de un empacho de consideraciones, que nadie nos agradece!

Bajó del coche cargado con las simpatías un poco irónicas de cuantos lo ocupaban, y, enardecido por esta sensación triunfal, entró en *La Independencia*. Aún no había llegado el director, que, por las tardes, solía ir a última hora, y don Marcos le dijo que le esperase en la redacción, para que le presentara oficialmente a sus compañeros. En la re-

dacción, que era una perfecta jamerdana, había retratos de Pi y Margall, Cánovas y Monescillo—discretos recuerdos de tres direcciones espirituales que soportó el periódico—; fotografías de toreros, asesinos, cantantes de fama, danzarinas, cómicos, autores dramáticos, estafadores habilidosos, políticos célebres, pelanduscas bellas y pícaros que disfrutaban de notoriedad; mesas tan negras como la tinta, y tinta más clara que las paredes; libros de esos que se imprimen para que, después de leerlos el corrector y de escucharlos el atendedor, los entierre el polvo; sillas lisiadas, que vengábanse lisiando; divanes rotos, que aspiraban a empalar; plumas caritativas, que negábanse a escribir, y cuartillas a las que el miedo a las sandeces que pudieran manchar su impoluta superficie daba un color de cirio. Y, en todas partes, en los desconchones de los muros, en las rendijas de las mesas, en los tejuelos de los libros, en los subterráneos de las polillas, en los vientres de los divanes, sobre las pantallas y bajo las escupideras, bullían unos diablejos chiquitines como cañamones, tocados con gorritos, caperuzas, bonetes, cascos, calañeses y chisteras, viejos y arrugaditos, o jóvenes y lozanos, unos; con cabezas de caracol en cuerpos de pulga, o con extremidades de buey y testas de asno, otros; muchos, con rostros inexpresivos de

mansa imbecilidad, y algunos, con facciones desencajadas de estupidez agresiva; éstos, sin patas o cojitrancos y ojitorcidos o sin ojos, y aquéllos, con mil ojos y cien patas; los de allá, más lentos que babosas, y los de acullá, más veloces que proyectiles... Y todos ellos, los voluntariosos y los remisos, los acelerados y los torpes, los que volaban y los que reptaban, los mansos y los iracundos, los bovinos y los asnales, asaltaban a los escritores, y llegaban en correctísima formación a sus diestras, y deslizábanse por las plumas, y al ser aplastados diariamente sobre el papel, recibían el don de la inmortalidad. Estos diablejos—cánceres, lepra, tisis, berrugas y caspa del idioma—eran los galicismos innumerables, con la aterradora legión de los demás barbarismos, sus hermanos; el hediondo ejército de los solecismos, con su atrevida vanguardia de idiotismos, siempre vencedor, y las aguerridas falanges de las metáforas usijadas, los giros plebeyos, los tópicos gastados y las imágenes rameras, que se habían corrompido al ser prostituídas por las péñolas más viles.

Estaban en la redacción Espina, don Boni, Garcés y Lasarte, y a los pocos minutos llegaron alicaídos de la administración Clausoles, Ariza y Galo. Aurelio Espina, púa con remos, garzón espiritadísimo, era una melodía viviente, un suspiro de poeta, o, más bien, una

ventosidad con gafas, como decían, para vengarse, sus turibularios, después de haber aplaudido sus refitolerías estéticas con los ojos llenos de adulación. Pudibundo como un angel, ocultaba sus tratos con las divinas hermanas del Helicón; mas, ya que callábase sus versos, recitaba los de sus cofrades con las pupilas húmedas y con una voz que él pretendía que fuese igual que el arrullo de un palomo. Se había hecho en Granada—como todos los atletas del arte sutorio que visitan a la ciudad de Boabdil—un retrato luciendo los arreos de un príncipe árabe, y estuvo más de un lustro repartiendo entre amigos y conocidos copias de la arrobadora fotografía, para que le admirasen con el turbante, el alquicel y el yatagán. El bravo plumífero sólo tenía una cosa desagradable: el aliento. De aquella boca, que modulaba arrullos de palomo, salía un hedor de tumba o de atarjea, de tan penetrante fetidez, que ni un pocero lo hubiese podido resistir; mas este defectillo, en vez de perjudicarle, hízole medrar, porque Andara y el director, que conocían su irresistible virtud asfixiante, le utilizaban para despedir a los pedigüeños, o para escarmentar a los pelmazos, que huían a los diez minutos de conversación o se desplomaban con un soponcio a los pies del melífluo árabe.

A don Bonifacio Benet, don Bebe o don

Boni—que de los tres modos toleraba que le llamasen—, le había hecho víctima la Naturaleza de una de sus crueles bromas, dándole unos ojos bellísimos, una perfecta nariz, una frente noble, unas orejas de un primoroso modelado y una boca de una traza exquisita, que, aisladamente, habrían entusiasmado al crítico más reparón; pero que, en la misma faz, formaban el conjunto más inarmónico que pueda imaginarse, porque la boca, de labios gorduelos y delicados, pedía unos carrillos de tiple, y no unos bigotes de domador; porque las orejas, demasiado grandes para la cara, parecían los balcones de un palacio, puestos en una choza; porque la frente, que era medio rostro, aplastaba a los ojillos, y porque la nariz, para no dejarse aplastar, levantábase de una manera excesivamente atrevida. Por todo esto, Rebolledo, al elogiar una a una las facciones de don Bebe, para hacer verosímil la afirmación de que le habían honrado con el primer premio en una Exposición de belleza, celebrada en Barcelona, burlábase notoriamente, y Benet, que tenía el cuello tan carunculoso como el de un pavo, lo hinchaba de un modo amenazador y empuñaba sus lentes—del grosor de una baldosa—para tirárselos y descalabrarle.

Garcés, crítico del periódico, pasaba de los cincuenta años, y vivía como un joven gladia-

dor; pero como un gladiador que comiera y durmiera en el circo y que, hasta comiendo y durmiendo, recibiese y devolviese lapos, sosquines, torniscones, repelones, bofetadas, puñetazos y puntapiés. La gente se maravillaba de esta furia agresiva del crítico, que, siendo tan iracundo y tan débil como mandilón y comprometedor, en todos los combates a que le arrastraban su mordacidad ponzoñosa, su desabrimiento y su grosería era indefectiblemente derrotado, y él mismo admirábase de que el rigor de su sino le obligara a pelear con tan dañina frecuencia, y, a veces, se proponía ser tan comedido como una doncella y tan cuerdo, apacible y prudente como un obispo; mas para Garcés el disparo de los calificativos deshonribles y la gimnasia de los golpes constituían la sal de la existencia y pasábase la vida imaginando maneras nuevas de insultar y ardides para defenderse y ofender. Cuando después de haber sufrido una somanta presentábase en la redacción con la nariz percutida o con un ojo como un membrillo, protestaba contra la torpeza imprevisora del Creador que le puso al hombre las pantorrillas en un sitio donde no puede librarlas de los perros, en vez de habérselas colocado como blindaje de las espinillas; que le abrió bajo la frente los dos ojos, en vez de haberle abierto uno en la nuca, para sorprender a los trai-

dores; que le amparó la bóveda del cráneo con un endeble cuero, en vez de habérsela protegido con las firmes molas de las posaderas y que no le sembró otro par de brazos en las espaldas. Se embriagaba alguna vez, porque sabido es que Platón le consentía la borrachera a los que pasaban de cuarenta años, por ser Dionisio el dios que le devuelve la alegría a los hombres y la juventud a los viejos, y se teñía los mostachos diariamente para presumir entre las faranduleras, aunque él explicaba su debilidad diciendo que, como las palabras son siempre jóvenes, porque nacen al salir de la boca, no quería que las suyas se asustasen de la fría severidad de unos pelos blancos.

Lasarte, el pesquisidor político, hastial en cuyo rostro enjuto y expresivo se adivinaba un desapoderado afán de goces que le desecaba la carne, escogía para salpresar su prosa los «timos» más chulos que nacían en el arroyo y los enjaretaba con tal franqueza, ingenuidad y bravura que desarmaba a sus censores. De un pirronismo putrefacto, oculto por una cascarilla de alegre y benévola indiferencia, disculpaba las más vitandas bellaquerías y resignábase a que le hicieran blanco de toda suerte de humillaciones, si lo que lesionaba su dignidad favorecía a su estómago o a su bolsillo.

Clasoles y Ariza, parientes por la sangre y hermanos por el temperamento, corcusián telegramas con modesta vulgaridad, expendían ramplones para bienes en gacetillas laudatorias, vertían las discretas lágrimas del dolor oficial en los sueltos necrológicos y repicaban todas las campanas, campanillas y címbalos de *La Independencia* cuando había que festejar por sus triunfos a los amigos y los favorecedores. Ambos, por la delicadeza de sus pies—como decían para no confesar la flaqueza de sus bolsillos—usaban en pleno invierno zapatos de lona; ambos envanecíanse de sus barbas aguzadas y ambos, por la longitud de sus uñas, competían con los cernícalos.

Ya Ureña, presentado por Espina, había recibido unos consejos de don Boni, unas felicitaciones de Ariza y su pariente, unas palmaditas de Lasarte y unos gruñidos de Garcés, cuando llegaron «el desasosegante accionista señor López de Paredes» su perro, el director del periódico, don Santiago Lafón, y el redactor meritorio y meritísimo Angel Montursi, a quien Rebolledo, alterándole el apellido, le decía Moncursi.

Adolfo le dió las gracias efusivamente al accionista y éste que, sin mirarle, acariciaba a su can, sólo dijo: «le quiere morder a usted». Pero, aunque parecía que disculpaba el capricho de la feroz bestia, habló con un tono

tan cortés y tan blando... Porque eso era lo que caracterizaba a Emilio López de Paredes: la cortesía, la blandura, la benignidad... Afirmaban que era ladino, avieso, taimado, cobarde, lujurioso, vengativo; le colgaban acciones delatorias de una horrenda sevicia... Mas esas pasiones, negros animales de una frenética crueldad, rugían amarradas en las simas de su corazón, sin que las denunciassen los ojos, nunca encolerizados, ni la boca, jamás imprudente. En su rostro, de una frialdad de hielo, nadie podía adivinar que una hoguera le achicharraba las entrañas, y nadie podía suponer lo que hervía de furor detrás de su sonrisa dulce, ni lo que palpitaba de espanto, de salacidad, de ambición y de odio bajo el muro impenetrable de su frente serena. Algo de esto se traslucía observando la conducta de un hombretón que servíale de genízaro, y estudiando las costumbres de «John», su bull-dog. El hombretón, que tenía vello hasta en los párpados, ojos de merluza gui-sada y movimientos de una languidez de poetisa, cobraba bien y comía mucho; pero prestábale a su amo servicios impagables, como el de permitir que, llamándose Trinidad, le nombrara entre sus amigos diciendo «la Trinidad», y como el de ahorrarle los ajos con que se sazona en España la conversación, soltándolos él, cuando Paredes se lo ordenaba con

objeto de infundirle bríos a una pregunta o una réplica. «La Trinidad», después de administrarle a «John» la medicina de unos palos, se había hecho gran amigote suyo, y el bulldog, asesino que se complacía en matar, bruto de un valor temerario, jaque odioso e insolente que desdeñaba o acometía a cuantos se pusieran al alcance de sus colmillos, consentía que el hombrazo le enjabonara su piel amarillenta y su hocico negro, y que jugase con las verrugas de sus labios y que le manosease la mandíbula inferior, audaz y violenta como una proa. Con «John», Trinidad—a quien, de lejos, seguía Paredes, que era el autor de las comedias que representaba—desafiaba a los mendigos como apoderado del can. «Qué, ¿te atreves a combatir con el perro? A bocados, ¿eh? ¡Sin martingaleos! Si lo haces huír, te doy cincuenta duros.» Y, sin «John», el escudero apedreaba con cuartos a la plebe para que se riera Emilio de su triste codicia; y premiaba a los escribientes que velasen más horas, para que los viera resistir la tortura del sueño; y a los infelices martirizados por la inedia les proponía que tragaran excrementos caballares, a cambio de limpios billetes, para que disfrutara su señor al contemplar a la Miseria despojando a las criaturas de todas sus nobles cualidades.

El director, que no sabía escribir y que se

burlaba de los literatos porque creía indispensable, para ser un periodista de verdad, no saber escribir, tenía otras debilidades muy graciosas. Una de ellas era la de confundir la disciplina con la sumisión engendrada por el miedo, y así, con objeto de que fueran sumisos los redactores de pobre mentalidad, entraba con las narices dilatadas y los ojos fulgurantes como un dragón, dándole puntapiés a las sillas y ensayando rugidos, para que todas las testas se inclinaran ante la que él lucía, llena de majestad, sobre los hombros. La segunda de sus debilidades consistía en asegurar que todos los ministros de Hacienda le robaban sus planes rentísticos, y la tercera se cifraba en referir a cada triquitraque los prodigios que había realizado en su dura ascensión desde la pobreza al bienestar. Decía que en su casa, en una casa aristocrática, se padeció hambre; que él, un mozo con el cerebro atiborrado de ciencia, tuvo que envolverse en periódicos los pies, porque no tenía calcetines, y que muchas noches, de puro traspillado, no consiguió dormir. Por eso, sin duda, al recordar los ayunos pretéritos, comía rabioso, desgarrando las carnes como si procediesen de las nalgas de algún hacendista ladrón y hundiendo el índice en los panecillos con tanta bravura como si le fuese a horadar el pecho a su más temible rival. Garcés, comen-

tando estas narraciones, declaraba que era natural que se envolviese los pies en periódicos un hombre destinado a hacer periódicos con los pies; afirmaba que la casa aristocrática era el nido de un tañedor de violón, y añadía que el músico, padre de don Santiago, emborraba con tran tremenda voracidad, que, para que perdiese su prole el apetito—y éste era el origen de sus gazuzas—, la affligía antes de que sirviesen el almuerzo y la cena con las notas más fúnebres de su instrumento.

Montursi o Moncursi, el meritorio meritísimo, almacén ambulante de almíbares, arropes, jaleas y melazas, merecía ser trasladado al limbo, con el bisoné puesto, por su inocencia infantil. Le daba asenso a los más desaforados embustes y no había absurdidad que no le pareciera cosa lógica y naturalísima si así se la pintaban sus amigos. Entre Garcés y Lasperte le habían hecho creer que en la India se cultiva una planta que produce gusanos, y que estos gusanos, tiernos y sabrosísimos, eran los que metían los industriales en el queso de Roquefort, y que el bacalao se extrae de ciertas minas que hay en Escocia y en Noruega y que a eso se debe el que tenga el color terroso y esté tan aplastadito. Un día estaba haciendo la descripción de un baile con todos los azules y los rosas de su paleta, con todos los cabellos de ángel y las mermeladas de su

estilo y con todos los perfumes de su erudición elegante, cuando su pluma, que galopaba sobre las cuartillas con la gentil celeridad de un lebrele, se detuvo ante un precipicio... Necesitaba ensalzar a un duque—a quien le debía, amén de otras memoratísimas distinciones, la de que nunca le hubiese tirado del bisoñé—comparándole con uno de esos esclarecidos varones que inventando o modificando modas pasman a la Humanidad y citados Petronio, Brummel, el príncipe de Sagán y Eduardo VII, no quedaba en el tinillo de su memoria ni un solo nombre que le permitiese burilar una comparación que enalteciera al magnate. Acongojado, le pidió auxilio a Rebolledo, que, después de escucharle, se escandalizó de que no hubiese mentado a la espuma de la elegancia, al archicurritaco Jehová, y, a las pocas horas, quedábanse patitios los suscriptores del diario al leer: «El duquesito de Pilas, arrogante y desenvuelto como Jehová, se abandonaba a la poesía del baile.» Montursi, criatura angelical, reconocía humildemente su ignorancia y no reñía con los burlones que la utilizaban para embromarle. Una sola vez protestó, casi irritado. Había escrito un «fondo» el director recomendándole al Gobierno que no se fiase de la tranquilidad en que vivía, porque se columbraba en lontananza la terrible bandera roja

de una revolución que el matrimonio del hambre y la incultura iba a engendrar, y Garcés dijo muy serio que se equivocaba Lafón, porque en la ciudad de Lontananza, según los viajeros, no habría ni un solo revolucionario.

—¡Ah! Pero Lontananza—preguntó Reboledo—¿es una ciudad?... Yo creí que era un pueblecillo.

—Pues eso demuestra—replicó el gladiador—que en Geografía estás a la altura del betún o a la de Moncursi, que es igual.

Y Montursi, por primera vez en su vida, se levantó encrestado y, con el coraje de un corderillo, rechazó la audaz imputación. «Era injusto lo que su compañero se había permitido afirmar. El, sin ser un sabio ni presumir de hombre de ciencia, había oído nombrar docenas de veces—¡docenas, sin exageración!—a Lontananza, y sabía muy bien que era un puerto, y hasta se atrevería a apostar, aunque no estaba muy seguro, que en él pasaban el invierno las golondrinas.»

Este arranque temerario de sabiduría cimentó de tal modo el crédito del meritorio meritísimo que nadie lo olvidó. Y, recordándolo, presentóle el director a Ureña:

—Arturo Montursi, el Cristóbal Colón del puerto africano de Lontananza.

Pero Adolfo, que, si se lo hubieran mandado, no habría tenido el menor inconveniente en

pedir un pasaje para Lontananza, y que, solispado por la insistencia con que «John», pegadito a sus pantalones, le enseñaba los dientes, no le perdía de vista, en vez de premiar con una risotada el chiste de don Santiago, murmuró una imbecilidad:

—Tanto gusto. Le felicito a usted.

IV

Ureña releyó por cuarta vez su artículo, expurgado ya de cacofonías, repeticiones y asonancias, y quedó satisfecho. Con él inauguraba una sección: «Mis abejas», diciendo, de paso, lo que iba a ser. Las abejas de Adolfo, insectos exclusivamente periodísticos, fabricarían su miel para el lector con los jugos que libasen en las flores de la actualidad, que unas veces serían luctuosos crisantemos, pensamientos funerarios o eglógicos miosotis, y otras campanillas inocentes, rosas lujuriosas o violetas púdicas. El artículo, romántico y realista, escéptico y creyente, con insinuaciones delicadas de poeta y hondos atisbos de pensador, tal vez entusiasmase a don Santiago, que, quizás—como se había hecho en otras ocasiones para enaltecer a los artistas del periodismo que consiguieron comunicar diáfana-mente una emoción—le daría el espaldarazo de leérselo a los redactores.

No quiso entregar su obra sin que le llamaran y, disimulando su impaciencia, esperó. Eran las once, y los plumíferos, ronceando ante la proximidad de la dura labor, algarea-

ban disparándose cuchufletas, con una batahola brutal. Garcés suplicó que le escucharan unos segundos.

—Señores, fíjense. A ver si le digo buey con gracia y con habilidad al lechón de García López.

Leyó la parte de su revista atañedera al López, que se ganaba los garbanzos mugiendo zarzuelillas, y al terminar afirmando que se le debía perdonar al tenorcete su voz de rana ya que, por lo menos, era recia, como correspondía a un «grande y lozano vivíparo patihendido de cuatro estómagos», resonó un palmoteo halagador; mas Rebolledín, a quien le disgustó la bestialidad del ataque, revolvióse contra el crítico, diciéndole que, como digno miembro de la triste familia de las coníferas, tenía la gracia de un ciprés, y el gladiador, sulfurado, le replicó que argüía con la torpeza de un *batata*, como nacido en el hogar de una convolvulácea vil, y cuando los apaciguó don Santiago, que estaba un poco climatérico, ya Patastuertas había rugido que él voznaba porque era un cisne, mientras que el otro pampaba, porque era un pato, y Garcés, aciguatando a su enemigo y denostándole con chabacanería, había planeado la comisión de una ingente barbaridad.

—¡Ojo, Rebolledín!—refunfuñó soltando las tijeras que había cogido nerviosamente—.

¡Ojo, que conmigo son inútiles las roncas! Si tú, por la sal, eres un alfolí, yo, por los re-
daños, soy un león. ¡Ojo!

—¡Pues ojo, digo yo también!—exclamó Carlos—. Porque si tú eres un león, yo soy Lopintan, y, a pesar de tus cortas luces, no negarás que no es tan bravo el león como lo pintan.

Con las risas que arrancó la infantil ocurrencia de Rebolledo, y con la sobarbada que les echó don Santiago, se remató el incidente, y el hombre de las debilidades, jurando y maldiciendo, se puso a repartir telegramas y recortes y anunció que, a los quince minutos, empezaría a remitir original a las cajas. Lopintan, que, acostumbrado a los trepes del director, oía sus vociferaciones como quien oye llover, se encasquetó un sombrero de señora que solía ponerse para que se le ocurrieran pensamientos delicados, y empuñó la pluma; Garcés reanudó su revista; Lasarte se entregó a la búsqueda de «timos» y chuladas, junto a don Boni, que corcuscía sueltos, y frente a Galo, que apañaba unos sucesillos, y minutos después, enredados Espina y Montursi con los intestinos de periódico que el jefe les entregó para que le extrajeran la sustancia, y empeñados Ariza y Clausoles en la ingrata obra de ir rebajando la montañuela de papel azul y pajizo que llevaría al diario el eco de las vo-

ces del país, sólo Lafón y Ureña quedaron ociosos. Los diablejos chiquitines con sus caperuzas y sus gorritos, con sus cabezas de caracol y de asno, con sus cuerpos de pulga y sus extremidades de buey, sin patas o con cien patas, y sin ojos o con mil ojos, volaban zumbadores y trepaban apresurados para deslizarse por los índices y las plumas y eternizar sus vidas vergonzosas. Y de súbito, tronó la voz de don Santiago:

—Usted, Ureña, ¿qué hace?

Adolfo se levantó apresuradamente y le entregó el artículo.

—Es una sección nueva—dijo ruborizándose de puro azorado—. Si quiere usted leer las cuartillas...

—Naturalmente. Y si contienen algo nuevo, las aplaudiré. Por ahí, amigo. Novedad. Novedad, por riñones y a todo trapo, que es lo que le hace falta a nuestra Prensa.

Los periodistas alzaron las plumas para mirar al «Luchador» y éste sentóse un poquitín engreído, pensando que ya le odiaban, y clavó los ojos en su jefe con objeto de observar la impresión que le producía la crónica. «¡Vaya si era nueva! Por nueva, y por alada, y por ágil sorprendería al público, hartos de vejeces herrumbrosas, y cautivaría su atención y su interés, y tendríale pendiente del vuelo raudo de sus insectos. ¡Con qué gentil y conmove-

dora elocuencia había pintado lo que sería su labor!... Los crisantemos luctuosos, los miosotis de égloga, las campanillas inocentes, las rosas lujuriosas, las violetas púdicas... ¡Qué bien dicho todo, y qué formidable acierto de hombre de mundo, de poeta distinguido, el de llamarle miosotis, como un ateniense, a la vulgar pamplina!... El blondo, el áureo, el rutilo miosotis... Y sus abejas vuela que vuela y liba que liba para ofrecerles, generosas, al lector la miel de los idilios, de las humoradas, de las tragedias, de los epitalamios... ¡Claro que se entusiasmaría Lafón!» Pero Lafón, que dió un bote al leer el título de la crónica; que escupió varias veces, como si paladease acíbar, mientras deletreaba el primer párrafo y que siguió leyendo con el rostro tan sombrío como si las abejas del nuevo redactor le hubiesen plantado sus agujones en las nalgas, en vez de entusiasmarse, arrugó el entrecejo y obsequió a Adolfo con una mirada fulminadora.

—¿Miosotis? — gruñó sarcásticamente —. Pero ¿qué moño es un miosotis? ¿Con qué se guisa? ¿Con asaduras de glaucos o con sifones de melenudos?

Ureña, alelado, con la medrosía del pajarillo que revolotea junto a las fauces de la serpiente, le miraba sin chistar.

—Pues, ¿y lo de las rosas lujuriosas y las

violetas púdicas?—prosiguió don Santiago, orgulloso, en el fondo, de las carcajadas de sus aduladores—. ¿Y eso era lo nuevo? ¿Cree usted, de verdad, que es el primero que le ha dicho púdica a una violeta y lujuriosa a una rosa?... Porque, aunque adjetivar así es una tontería, lo han hecho antes que usted infinidad de horteras y barberillos.

—Pero, hombre—apoyó el zoilo—, a estas alturas ¿a quién se le ocurre sacar a relucir a la púdica o la tímida violeta?... ¡Si eso ya no lo encajan en sus discursos ni los grandes oradores! ¡Si son «inflagaitadas» podridas y repodridas! ¿Eh, orfebre?

El orfebre, que era Rebolledín, no quiso contestar, y se calló Garcés para que siguiera hablando don Santiago, que había puesto sobre el tapete la mayor de sus debilidades:

—Yo—manifestaba—admiro a los literatos y tengo aquí algunos, como Rebolledo, que llegarán a valer; pero los tengo por amistad y para que no se quejen los bobos que se figuran que sin ser literato no es posible ser periodista. ¡Como si la literatura, que es la ciencia de complicar lo más simple, no perjudicara al periodismo, robándole su espontaneidad!... Por eso, yo, que doy mil literatos por un periodista, en vez de enfadarme por su traspiés, me felicito. ¡Muchos noticiones y poca retórica! ¡Mucha vista, y mucha activi-

dad, y mucha frescura, y pocos alardes de estilo!... Conque prescinda de sus miosotis y aplaste sus abejas, y cultive la realidad, que para cultivarla está a nuestro lado.

Apañuscó Adolfo las cuartillas que, menoscabando su crédito recién nacido, le alargaba el director, y éste, queriendo consolarle en un impulso benévolo, le acabó de aplastar.

—¡No se apure, caramba! Nadie tiene la obligación de ganarle la pelea a un «Tirso de Moreto» o a un Cervantes. ¿Que usted no escribe como los glaucos y los melenudos? ¡Mejor! Escribirá usted como los ministros, como los banqueros, como los generales y prosperará. Sobre todo, si estudia cosas útiles y respeta a los que le pagan, y se humilla cuando sea preciso. Hay que ser disciplinado como un alemán, Ureña. Por serlo, yo, que, habiendo nacido en una casa aristocrática, pasé hambres y tuve que envolverme los pies en periódicos, porque no tenía calcetines, he escalado el puesto donde usted me ve. De manera que mucho valor, mucha disciplina... ¡y a trabajar! Hínquele usted el diente a ese telegrama, y dele las cuartillas a Garcés, que es el encargado de ordenar las cosas de teatro.

«El Luchador», con un bochorno que no le dejaba ni levantar la vista, cogió el papelillo y sentóse junto a Galo, que procuró consolarle.

—¡No se rinda usted, criatura!—dijo con

un hilillo de voz para que no le oyese el tirano—. ¡Si atropellaría a Jesús que se le presentara con una crónica! ¿No comprende que le tiene hinchado a los escritores porque no sabe escribir? Si no, ¿estaría este cura inflando sucesos? Pero usted le ha caído en gracia, como le cayó Carlos, y acabará por publicarle, en primera y con firma, cuanto le entregue.

Añadió Barciel que respondería con su cabeza de la bondad del artículo rechazado, porque no podía ser ni endeble una prosa compuesta con palabras tan escogidas como miosotis, y después de insinuar que él había pescado miosotis en el Guadalquivir, usando lombrices, a las que son aficionadísimos, para cebar el anzuelo, continuó taraceando con voces finas sus noticiejas. Pero Adolfo no se consoló. «¿Cómo iba a cambiar el verdugo que le aconsejó el aplastamiento de sus abejas! Aquel monstruo de incultura, que no sabría ni que las partes de la oración eran diez, seguiría publicando gallinazas trascendentales sobre el arancel y los trigos y devolviéndole sus rosas, sus campanillas y sus violetas. ¿Y de qué modo lucharía él, mientras le contuviese como una muralla la opacidad de su nombre? ¿Respetando al que le pagaba? ¿Humillándose lo mismo que un perro? ¿Cultivando aquella fea realidad de los telegramu-

chos anodinos y traduciéndolos, como era costumbre traducirlos, con la torpeza de un faquín? Pero había que resignarse, había que luchar, y él no desertaría con el pavor de una mujercuela. Puesto que le encargaban telegramas, adobaría telegramas como jamás nadie los adobó.» Completamente rehecho, fué asaeteando con sus pupilas a los redactores, para darles a entender que no le inspiraban miedo, y después de esta advertencia varonil asió el papelito y se dispuso a laborar. Sin ser muy obscuro su sentido, no se recomendaba por su claridad resplandeciente. Decía así:

«Compañía Rodríguez-Lavilla con Parra debutado Nicolás Gansos Capitolio ovaciones Parra Huelga herreros formidable.»

Sabía que Rodríguez era un primer actor, que Lavilla, una señora, pasaba por primera actriz y que Parra no podía ser otro que el conspicuo don Manuel, ruiseñor del teatro romántico, que enjaezaba aún su «jaca torrrda» en las capitales de quinto orden, entre los aplausos de la multitud. Pero ¿quién sabía lo demás? ¿Qué significaba lo de Nicolás, Gansos y Capitolio?... Reflexionó unos minutos, contraídos los músculos y los nervios, con la caldera de su máquina intelectual a toda presión, y comenzó a sentir los síntomas angustiosos del mareo, con más intensidad que cuando parió la deplorable gacetilla de las

aguas. ¿Sería de pensar con demasiado brío? ¿Le perturbaría, tal vez, la impetuosidad con que espoleaba a su pensamiento?... Procuró tranquilizarse, encendió un pitillo, para desahogar su imaginación, leyó nuevamente el telegrama no a lo literato, sino a lo periodista, a fin de no complicar las cosas simples, y de golpe, como si un pincelillo celestial le hubiese limpiado de telarañas los ojos y el cerebro, comprendió. «¿No se trataba de un «début»? Pues siendo la primera palabra misteriosa un nombre propio y teniendo que ser un título la tercera, ¿qué había de ser la segunda? ¿Que era ridícula? ¿Y estaban libres los autores de tener apellidos ridículos?» Gallardamente, riéndose de sus dudas, redactó el despacho telegráfico, podándole del galicismo que lo afeaba, y se lo entregó a Garcés, y en seguida, con la sumisión de un disciplinado alemán, acercóse al aristócrata de las debilidades.

—¿Hago alguna otra chapucilla, director?—preguntó amablemente.

Don Santiago, abstraído en la lectura de un «fondo», no pudo responder y fué el criticastro el que rompió el silencio.

—Oiga su merced, señor de las flores—dijo con una ironía venenosa—. Esto es peor que lo de las violetas. Porque esto es ciscarse en el periódico, o tomarle a uno el pelo. ¡Digo,

a no ser que su señoría siga estando en Babia, donde ha nacido según parece!

—¿Por qué me ofende usted?—exclamó Adolfo, con una violencia que hizo palidecer de ira al gladiador.

—Porque a mí no hay quien me tome el pelo ni quien me robe un segundo, y usted me lo ha tomado y me ha robado los que tarde en rehacer esta majadería. Atiendan ustedes, señores, y vean lo que ha sacado de un telegrama sencillo esa violeta púdica. Dice el telegrama: «Compañía Rodríguez-Lavilla, con Parra, debutado Nicolás, Gansos Capitolio. Ovaciones. Parra, Huelga herreros, formidable.» Y ha escrito la violeta: «La compañía Rodríguez-Lavilla, en la que figura el eminente actor don Manuel Parra, se ha presentado»—agárrense ustedes—«se ha presentado con la conocida obra, de don Nicolás Gansos, titulada *Capitolio*.»

Hubo una fragorosa explosión de carcajadas, de cuchufletas, de exclamaciones, de comentarios... Lasarte, con los puños en el vientre, como si temiera que se le fuesen a desprender los intestinos, se retorció de risa; Clausoles y su compañero manoteaban locos de júbilo, porque la derrota del «Luchador» venía a comprobar que no era empresa muy liviana la de meterse en su coto; don Boni, aunque sin ferocidad, lo mismo que Moncur-

si, no contenía sus risotadas, y ni Rebolledín conseguía sostener el valor de su amigo, manteniéndose en una digna y misericordiosa seriedad. Barciel fué el único que se atrevió a argüir en su defensa, diciendo que podía no estar al tanto de los líos teatrales, y un chaparrón de dicterios ahogó sus palabras. «¿A qué líos referíase el mentecato defensor? ¿Había algún embrollo en el telegrama? ¿Ignoraba alguien que «Nicolás» era una piececita y «Los gansos del Capitolio» una comedia?»

—Y queda lo mejor—aulló Garcés—. Aguarden, que todavía no he terminado.

«¿Más aún?... Pero, entonces, el nuevo camarada era un prodigio de inconsciencia deliciosa y de estupidez graciosísima. ¡Silencio, silencio!» Y cortado el flujo de la risa, en una tregua amenazadora, escucharon con sañuda atención.

—Habíamos llegado a Capitolio—manifestó el crítico—. Y sigue así esta preciosidad: «El ilustre Parra escuchó clamorosas ovaciones.» ¡Parra, un actor dramático, que se cortaría la lengua antes que pronunciar un chiste, aplaudido en «Los gansos del Capitolio»! Y ahora viene el estallido final. «En esta población—el telegrama es de Teruel—hay una huelga de herreros formidable.»

Enarcó las cejas y, arrollando las cuartillas,

exclamó con tonante voz dirigiéndose a Adolfo:

—Pero ¿no se ha enterado su señoría de que hay un monólogo titulado «La huelga de los herreros»? Y además, ¿cree su excelencia que podría ser formidable una huelga declarada por cinco herreros—que no pasarán de cinco los que trabajen en Teruel?

«El Luchador» guardó silencio, abrumado, y su verdugo continuó martirizándole:

—Lo cree usted, ¿verdad?... Pues, hijos míos—prosiguió dirigiéndose a sus cofrades—, como este señor se ha ganado una cátedra en la Universidad de la Tontería, hay que cumplir el reglamento. Vamos con los tres hurras. ¡Hip, hip, hip!... ¡Hurra!

Los redactores se subieron a las sillas y al diván, con la tácita aprobación de don Santiago, al que se le veía la última muela, y moviendo las plumas como si fuesen espadas, contestaron con un griterío ensordecedor:

—¡Hurra!

—¡Hip, hip, hip!... ¡Hurra!

A Adolfo, que pasó bruscamente del anadamiento a la cólera y que contemplaba a los alborotadores con las quijadas y los puños apretados, le pareció que cada mirada, cada risa, cada grito de aquellos arrancábale una túrdiga de su dignidad, y exigió imperiosamente que le respetasen:

—¡Basta!

Había tanta energía, tan selvática fiereza en su alarido, que recobraron la gravedad algunos risueños y enmudecieron casi todos los chillones, provocando las burlas de Garcés, que era tan insensible si le aconsejaba el pavor como sordo si le advertía la prudencia:

—Qué, ¿se os ha arrugado el ombligo, ci-des? Pues largaré yo el hurra final, en honor del catedrático. ¡Hip, hip, hip!

—¡Basta!—volvió a rugir Ureña.

Y el hurra bailoteó insolente en la boca del energúmeno y se asomó temerariamente a sus labios; pero en ellos, bajo los teñidos bigotes y sobre los dientes venenosos, quedó aplastado por la diestra del «Luchador», que, al matar la palabra, rompió carnes y quebrantó huesos. Acudieron don Santiago y los redactores para auxiliar a Garcés, que se retorció entre los brazos de su enemigo, lanzando aullidos, insultos y quejas, pero sin preocuparse el muy cicatero de restituir los golpes que recibía, y Adolfo, después de haberle sacudido como a un guiñapo, tumbándole y levantándole y haciéndole bailar de coronilla—cual si pretendiese demostrar que tenía méritos sobrados para lucirse en una cátedra de atletismo—toleró que le separasen de él.

—Perdonen ustedes—barbotó aún jadeante—. No me he sabido contener. Es la prime-

ra vez que me insultan. No estoy acostumbrado. No sé perdonar los insultos.

Pero, «¡vaya si los sabía castigar!», pensaron los redactores, fijándose en el gladiador, que sangraba copiosamente por las narices y que desafiaba con el gesto a su rival, ansioso de seguir recolectando bofetones.

—¡Rediez!—exclamó carleando como un perro, mas con una tranquilidad asombrosa—. ¡Si no me hacen ustedes el quite!... Me figuro que tengo una cornada en la nariz. Tú, Lasarte, ¿es cornada o puntazo?

El director interpuso duramente su autoridad entre Ureña, que se exaltaba de nuevo, y el crítico, que no se avenía a reconocer su derrota, y el orden quedó restablecido. «En *La Independencia*, olvidando la disciplina y prescindiendo de los miramientos y zullándose en la sumisión, se había dado un espectáculo indecoroso, y él estaba decidido a que no se repitiese y a poner en la calle a los que olvidaran el respeto que merecía la redacción. Mal se había portado Ureña al pegar con tan victoriosa furia como, llegado el caso, pegaría él, que era el jefe; pero la agresividad de Garcés ¿se podía consentir?» No obstante, el gladiador, en la vecindad de don Bebe, que dejaba pasar la tormenta alebradito y tiritando de susto, reanudó el hilo de sus arrogancias. «A él que no le dijeran; el imbécil crea-

dor de don Nicolás Gansos sabía boxeo, puesto que fué de boxeador su primer ataque: un golpe recto a la barbilla, que no le partió la quijada porque él, aunque tarde, paró con redanda habilidad. Pero ¡ya se verían las caras no estando él desprevenido!... Mire usted por donde iba a emplear, sin remordimiento, una de sus tretas. Poca cosa: un trastazuelo de jiu-jitsu que en un periquete le permitiría saltarle los ojos a su ofensor. Comprendía que el castigo era cruel, y que su ferocidad sería censurada; mas con decir que no obró acuciado por un deseo vengativo, sino por una fiebre justiciera, puesto que se trataba de un boxeador, obtendría disculpas y perdones. Además que él no odiaba a Adolfo. ¿Por qué? ¡Pobrecillo hijo de ciervo! Como cada quisque, sacrificaría su duro cuando se abriese la suscripción para comprarle una guitarra y un can.)

Sin embargo, el gladiador desistió de recurrir a su treta—y, por tanto, salvó el duro—porque aquella misma noche hízose amigo de Adolfo. «Era un tío de agallas, un macho de pelea como él, que dominaba el boxeo, si él poseía el jiu-jitsu, merecedor de que se le ayudara fraternalmente.» Y desde entonces le limpió el camino de abrojos, corrigiendo sus inexperiencias de periodista novel, enseñándole a sortear con astutos rodeos lo que ignoraba, adiestrándole en la ciencia de pasar

con garboso agibílibus sobre los asuntos dudosos, sin comprometerse con cándida temeridad, y descubriéndole las trapazas y maule-rías de que valíanse, para no incidir continuamente en el error, los del oficio. «Ser periodista de veras, no pseudo periodista, como los de *La Independencia*; ser periodista de los que consiguen imponer su nombre, era lo más difícil del mundo, porque había que almacenar nociones de todo y conocimientos serios de muchas cosas: geografía, matemáticas, historia, música, literatura, estrategia, arquitectura, pintura, leyes, medicina... Y sobre esto, de enorme importancia y de verdadera pesadumbre, mil trivialidades, mil naderías, mil futesas, que, en determinados momentos, podían ser la causa de la derrota o el origen del triunfo, aumentando lectores o restándolos. Así, convenía tener un poquito de polizonte para descubrir las artes pintorescas de los enemigos de la propiedad y contárselas al público; algo de aficionado a los toros, por si llegaba la ocasión de pintar cómo y por qué perdió una entraña interesante un lidiador de campanillas y una chispa de hombre de partido, a fin de meter bajo la nieve de la más imparcial información el rescaldo del apasionamiento... Y, finalmente, más que por comedidos, modosos y apacibles, se debían distin-

guir por entremetidos, curiosos, serenos, arriscados, perspicaces y valientes.»

Acostumbraban conversar en la redacción por las tardes, mientras hilvanaba don Bebe la edición de provincias, ayudado por Távora—a quien a cambio de tan penosa tarea le permitían explotar el huerto de las revistas de toros—, por Lasarte, que enviaba notas sobre el movimiento político, y por Barciel, que remitía los sucesos.

A las seis, con exactitud cronométrica, entraba majestuoso el olímpico don Benjamín. Don Benjamín Andara de Saavedra y Pérez de Armero, a pesar de su hobachonería impresionante, de su gesto sibilino y de sus bigotes gatunos, enhestados con dos libras de grasa, no era mas que un hígado; un hígado enorme, que segregaba la bilis a caño libre y que disponía de unos ojos ciegos para la belleza, y de una boca muda para la bondad, y de unas manos que sólo eran ágiles para cortar alas y para deshacer flores de ilusión. Don Benjamín—que creía dogmática su omnisciencia porque se había tragado unos volúmenes de Derecho, incomparable su prosa, mazorra y abstrusa, y sublimes, por lo didascálicos, sus somníferos «fondos»—, desde que demostró en un ensayito de novela que los avestruces tenían más perspicacia y más sensibilidad que él, despreciaba y aborrecía la literatura,

juego de ignorantes, de vagos y de locos, indignos de toda consideración. Al entrar, con una sonrisa protectora exhibía los dientes—unos dientes como fichas de dominó viejas, que él conservaba negros para que no deslumbraesen con su brillo—; se acomodaba en un rincón, tosía con tres pares de riñones y cien toneladas de grandeza, llamaba con un sorprendente grito de pavo real «¡Luiis!», aunque el llamado estuviese a un metro de sus lomos, y decía, con el rostro encapotado: «¡Las puertas!» Y ya su voz engolada de barítono, que tan bien pudo rugir en el Congreso una tarde en que estuvo a punto de pedir la palabra, no volvía a tronar. «¡Las puertas! ¡Cuidado con las puertas! ¡Que no se abran, que encajen a maravilla, que no dejen pasar ni una traidora ráfaga de viento!» Para Rebolledín, este pavor provenía de la prudencia del gerente, que, seguro, aunque no lo confesara, de que la bola de sus sesos era como un altramuz, no quería perderla en un estornudo.

Algunas tardes le acompañaba Virgilio, su pimpollo menor, un caballerito de nueve años, tan agradable como el cólera y tan inofensivo como la fiebre amarilla, a quien saludaban los redactores con cariñosa jocundidad, aunque hubieran dado el sueldo de seis meses por verlo bajo el rulo de una apisonadora. Vir-

gilio, modelo de pintoresca nequicia, era también notable por la perfección de su fealdad y por el desenfado gentilísimo con que ejecutaba las más aviesas brutalidades. Antes de nacer, harto sin duda del aburrimiento de la vida uterina, martirizaba a su mamá con tremendas coces, y al nacer, fué tanta su precipitación por el deseo de encabezar la lista de sus glorias, que se vino al mundo con la mitad de las narices que le correspondían. Pero si llegó con unas narices de tití, se trajo en cambio seis dedos en la diestra y la facilidad singularísima de rascarse los ojos por dentro introduciéndose en las fosas nasales, cortas y anchas, los índices, largos y flexibles. Por lo regular, su imaginación, despierta siempre, urdía primorosas barrabasadas mientras entregábase a tan distraídas operaciones mineras; realizábalas al dar de mano, y horas después comenzaban a ocurrir catástrofes en la redacción. Unas veces convertía un sombrero hongo en un erizo sembrándolo de plumas; otras veces, pegando obleas de colores vivos en un gabán, lo exornaba con vocablos tan elocuentes como «buey» o «burro», y cuando la inspiración afinaba su talento, vertía las botellas de tinta en los bolsillos de los abrigos, o con un puro que le hurtaba a don Boni, y que encendía como un veterano, iba abriendo preciosos redondeles en la seda de los

paraguas. Dueño de unas condiciones de espía tan portentosas como sus cualidades de soplón, obsequiaba continuamente a don Benjamín con sus curiosos descubrimientos. Un día denunció una de las bromas de Carlos:

—Papá—exclamó tirándole de un pie—, Rebolledo me llama joven Anduviera. Es un indecente.

El de los bigotes gatunos sonrióse y le dió a su voz, para contestar, las inflexiones más acariciadoras:

—No, hijo mío. No es un indecente. A los hombres como Rebolledín los calificamos en sociedad de ingeniosos. Apréndelo, tesorín. El señor Rebolledo, que se burla de tu padre porque tu padre le proporciona el pan, es un hombre ingenioso.

A la media hora, Carlos, que llegó alegre y que no sabía lo ocurrido, no sólo parloteó imprudentemente con el tragavirotes, sino que, al verle tomar un sello, no se pudo contener y le obsequió con una chanza:

—Mucho sello es ese, don Benjamín. Demasiado grande.

—¿Porrrr?...

—Porque es para el interior. Si fuese para el extranjero...

El majagranzas respingó como si le hubiese mordido una víbora, e inundó bajo un mangazo de bilis al poeta;

—Señor mío, ríase de sus iguales, si se lo permiten, y guarde sus humoradas, que son de pésimo gusto, para los que puedan recibirlas con buen humor.

—Pero, don Benjamín...—protestó Carlos, ruborizándose.

—¡Ni pero ni camuesa, señor Rebolledo! Y en lo por venir procure no conjugar mi apellido, que en tanto que yo viva será inconjugable. ¡Y cese aquí este diálogo!

Hizo una pausa llena de majestad, y, dulcificándose, añadió:

—Esto es un réspice, no una repasata.

Al oír el dislate, Rebolledo, empujado por el diablillo de la malicia, se atrevió a replicar:

—Réspice es igual que repasata, según el diccionario.

—¡Pero no según mi opinión, que no carece en absoluto de autoridad, señor temerario e insolente!

De buena gana le habría respondido el poeta con un mojicón; pero le hubiesen echado, y no se atrevió a pagar con unos días de inquietud y, probablemente, de ayuno el placer de haber magullado a un paquidermo.

—Es verdad—dijo metiéndose en el bolsillo la diestra, y con ella el ímpetu colérico que la pudo levantar—. Perdone usted.

El gerente, sin contestar, paladeando el triunfo, dió su grito de pavón:

—¡ Luis !

Y antes de que arribase el ordenanza brotó de sus labios, feróstica, la orden consabida :

—¡ Las puertas !

Pero al caballero Virgilio no le placía operar en colaboración con su noble padre. Satisfecho de su gallardo individualismo, presentía que la soledad engendra la fuerza, y maniobraba con la audacia y la agilidad peregrinas de un zorro solitario. A Luis, que, llevado a *La Independencia* por el hombre-hígado, era el servidor más importante de la redacción, le regalaba traidores pasteles rellenos de cabezas de fósforos y de polvillo de cristal, que le producían dolorosos retortijones ; al portero, que se miraba en unos gatos como el azabache, le proporcionaba el gusto de contemplar a sus mininos tan blancos cual si fuesen a recibir la primera Comunión, gracias a una pacienzuda y artística labor de brocha ; a la catala, le distraía con los frecuentes y atinados bombardeos de su cerbatana, y a Tobalito, la víctima de su predilección, le hacía vivir en perpetua zozobra.

Tobalito, hijo de un periodista a quien el hambre condujo a la tisis para que la tisis le llevara a la muerte, no podía contar cosas muy risueñas del mundo. Jamás le visitaron los Magos, jamás tuvo juguetes, jamás alegró el altísimo cuchitril que le servía de jaula con los

saltos y los gorjeos de un pajarillo. Su mamá—una pobrecita mamá que se arreglaba mucho de noche con objeto de que parecieran menos picudos sus hombros, menos angulosa su cara y menos lívida su tez, y que recogíase a veces bajo la mirada fiscalizadora del Sol—le quería ardientemente. De sus palabras dedujo Tobalito que acicalábase por él, que por él realizaba aquellas excursiones a las que ponía fin el día, y que para que él no se muriera como su padre iba consumiéndose ella en una misteriosa labor que hundía sus ojos y que alargaba su boca en un eterno mohín de repugnancia. La madre, que siempre arreglaba el almuerzo para el pequeñín al llegar, dormía con un sueño congojoso hasta la una o las dos; bajaba, al despertarse, por el angelito, que jugaba en el portal o en la acera, y ya no había quien la separase de él. La pecadora pensaba continuamente en su hijo con un amor que era su verdugo y su consuelo, y estremecida ante la idea de quedarse sin él, dedicaba todo su tiempo a prevenirle contra los peligros de la calle. «Por la calle volaban unos monstruos espantosísimos, con unas ruedas trituradoras, los tranvías, que se alimentaban con sangre de pequeñuelos; por la calle merodeaban unos diablos rápidos como el huracán, los automóviles, que invertían el caudal de sus fuerzas en deshacer criaturitas; por las calles trafagaban

unos inquisidores más crueles que tigres, más venenosos que víboras y más tercos que mulos, a los que llamaban guardias, de los que debían huír las mujeres infelices y los niños menesterosos.» Como Tobalín, por su desdicha, había comprobado la terquedad y la selvaticueza de un hidalgo guardia, portero del lóbrego edificio donde languidecía, creyó que eran ciertas las revelaciones de su madre y esquivó a los hombres del casco y se apartó medrosamente de tranvías y automóviles. Y con el peso de estos prejuicios, amparado por don Santiago, que fué camarada de su padre, entró de criadito en la redacción.

Su primera salida, luciendo ya la guerrera celeste de «botones», le hizo rectificar en parte principalísima los discursos maternos. Encaminábase hacia la Puerta del Sol para tomar un tranvía que le dejara en la calle de Goya, en el domicilio del gerente, cuando un inquisidor de los de sable y capote, dueño de una bocaza como una sima y de unos mostachos como una selva, se acercó a él y le detuvo. «¡Ay, Dios mío, que me come!», pensó Tobalín, cerrando los ojos; pero el guardia, seducido por la graciosa ternura de sus siete años, se lo comió a besos, y al saber adonde iba, le dejó en la plataforma de un coche, recomendándole al cobrador que le cuidara. «¡En un tranvía! ¡El, Tobalito, tan prudente, tan

enterado de la protervia de los tales artilugios, estaba en uno de los mayores, con la misma tranquilidad que si no supiera que se alimentaban con sangre de pequeñuelos!...» Con objeto de ablandar al cobrador—un chato sospechoso—para que no le arrojase a la vía, decidió sacrificar todo lo que llevaba, y pronunciando un moribundo «Goya» le entregó cincuenta céntimos; mas el chato, riéndose y preguntándole que si se había vuelto loco, le devolvió cuarenta y le agasajó con un bofetoncillo. Tobalín, confortado por estos descubrimientos y alentado por la cariñosa benevolencia de los redactores, comenzó a recorrer el camino de la felicidad... Y entonces aparecieron, para obstruírselo, dos monstruos: un dragón: el perro de López de Paredes, y un diablo: Virgilio.

«John», desabrido con todo el mundo menos con «la Trinidad» y con la familia de su amo, a Tobalín no le miraba con desabrimiento, sino con franco odio, con un odio bestial y cruel, que le arremangaba los labios y ponía al aire sus colmillos de fiera. Enemigo acérrimo de los pájaros, tal vez esperaba atraparlos rompiendo a dentelladas la guerrera del niño, azul como el cielo donde se mecían, y pasábase las horas en acecho de una ocasión propicia para arrojarse sobre él. Virgilio, mucho peor que el «bull-dog», unas veces se extraía de

su conato de nariz la luminosa idea de meterle entre las piernas un bastón cuando corría descuidado, para que en la porrada se estrellase, y en otras ocasiones le banderilleaba con alcayatas, tumbábale sobre chinchas de acero o le rociaba con un pulverizador cargado de tinta.

Para evitar estos desafueros, Tobalito buscaba amparo en Barciel, Garcés y don Boni, que se habían declarado sus protectores; pero valían tan poco los gacetilleros y era tan egoísta el gladiador... Había conquistado la amistad del pelirrojo por la presteza con que socorrió, salvándole la vida, al «tío de agallas», base del chiste que constituía su obra maestra. Una tarde, Garcés, que, invitado por el jefe de la agencia, había comido con el macilento personaje, entró en la redacción muy embozado, con chispas de maligna alegría en los ojos y con crispaturas de júbilo en la cara.

—¡Señores, atención!—gritó alborozado—. ¿Qué traigo debajo de la capa? Convido a «champagne» de la fuente al que lo adivine.

Le miraron, risueños, sus cofrades, y prosiguió:

—Os ayudaré. No es una doncella violada y asesinada, ni un cuadro de Velázquez, ni un recién nacido a medio devorar, ni la corona del rey de Inglaterra, ni la pluma tajante de nuestro director... ¿Qué es?

—Como no sea un besugo...—dijo Távora.

— ¡Qué ladrón! No le ha faltado un jeme para acertar. Es un hermanito de Galo.

Y sacó la pecera, en la que, un poco inquieto, se agitaba, rojo como la lumbre, «Barbarroja el vencedor», y todos—desde don Boni, que se puso las gafas para contemplar al pez, hasta Ariza, que lo proclamó redactor-jefe—aplaudieron la ocurrencia. Pero Garcés, insaciable, estrelló la pecera para agrandar su buen éxito, y sin Tobalín, que acudió con un jarro de agua en auxilio del «vencedor», hubiera conseguido su propósito de estudiar en la agonía de «Barbarroja» lo que había de ser la de don Bebe.

¡El pobre don Bebe!... Lo que eran Virgilio y «John» para el niño eran Távora y Lasarte para él. El chulo, que tenía el ingenio tan puntiagudo como si se lo hubiesen aguzado en cien presidios, y el catador de toros y toreros, pasodoble de carne a quien mantenían arrobadas—y robadas—las pupileras, urdían, a fin de matar los ocios de la redacción, chanzas y burletas, que no siempre acogía mansejonamente don Boni. Como era medio ciego, unas veces cogía el bombín sin ver que se lo habían amarrado con un bramante a la percha, se lo encasquetaba, y a los seis u ocho pasos, cual si un duendecillo tirase de él, se le salía de la cabezota; otras veces notaba que

los dos huevos duros que componían su merienda habían aumentado en peso de una manera increíble, y al intentar partirlos se convencía de que, por obra de algún vil encantador, habíanse convertido en mármol; y en muchas ocasiones se pasmaba al comprobar que su tabaco, al calor del bolsillo, trocábase en pólvora, que sus gafas, merced a unos papelitos taimadamente pegados a los cristales por el encantador, completaban su ceguera, que sus pañuelos producían lingotes de plomo y que sus cerillas, atacadas a la vez de locura—como afirmaba Lasarte, para explicar el fenómeno—habían perdido la cabeza.

Si el revistero conseguía quitarle las gafas—las de «vistalongui», como decía él—, acompañábale en calidad de lazarillo, le exaltaba, contrariándole al discutir cualquier cosa relacionada con el arte teatral—que era su flaco y su fuerte, si se le había de creer—, y cuando le veía entusiasmado y con cuerda para charlar unos minutos, parábase junto a un simón, maniobraba a fin de ponerle frente al penco, se escurría, y despedazábase de risa, a poca distancia, contemplando al orador, que no cerraba el grifo de su elocuencia hasta que los cocheros, a fuerza de brutalidades, le hacían comprender su error.

Pero las vayas más artísticas fueron la del incendio y la que, para indemnizarle, se le

dió después. Habían expulsado al corrector del periódico—un forajido que le atizó, sin pizca de respeto, varias patadas al can del primer accionista porque el goloso «John» quiso saber si los obreros tenían algo comestible bajo los pantalones—y sustituíale don Bebe. Una tarde, el chico de la imprenta, al entregar un montón de galeradas, formuló un ruego:

—El regente, que a ver si manda pronto el incendio pa que entre en la edición.

—Se mandará.

Y don Boni examinó las pruebas, y se apoderó de la que urgía y se puso a leer:

«ESPANTOSO INCENDIO.—Pánico indescriptible. — Pérdidas inmensas. — Muchas desgracias.»

—¡Caray! —exclamó compadecido.

—Pero ¿qué incendio es ese? —preguntó Távara, fingiendo una gran ansiedad.

—Lea usted alto, don Boni—suplicó Lasarte.

—Sí, hijos, sí. Quizá necesite ayuda Barciel. Ea, escuchen: «Aun no hace una hora que ha estallado un incendio de tal magnitud, de tan horrible violencia, de tan aterradora gravedad, que si el heroísmo de nuestros bomberos, y la energía de nuestras autoridades, y la serenidad del pueblo no lo impiden, Madrid tendrá que llorar una verdadera catástrofe.»

Don Bebe soltó la galerada para decir «¡ca-

ray!) otra vez, y, espoleado por sus compañeros, continuó:

—«Arden como dos gigantescas piras dos manzanas, y en estos instantes, para combatir el fuego con el fuego, llega al lugar de la tragedia la artillería. El incendio, que se originó en un vetusto edificio, en la casa de la calle de Fuencarral, número...»

El suplente exhaló una queja ahogada, levantóse despavorido y echó a correr como un loco. En el vetusto edificio que ya no existiría, en la casa de la calle de Fuencarral, tenía su nidada: su mujer, sus pequeños...

Durante quince días el primer premio de belleza de la Exposición de Barcelona, desfigurado por la ira, la amargura y el rencor, estuvo feísimo. Los módulos con que distribuía las claras linfas de su indulgencia fueron anegados y rotos por el turbio torrente de su cólera, y disparó los más vituperiosos calificativos sobre el pasodoble y el chulo, y abrumó con su desdeñoso silencio o con sus indirectas corrosivas a los demás redactores. Una tarde, interpelado noblemente por Rebolledín, que representaba a toda la comunidad, puso al descubierto la amargura que ennegrecía su corazón. «A él, tan cortés, tan humilde, tan poco picajoso, tan propicio a perdonar todo linaje de jangadas, no se le quería. Algunos parlambaldes se dedicaban exclusivamente a cons-

pirar contra su reposo, y el resto de los compañeros, en vez de reprender tan aviesa conducta, se divertían con sus farsas. Era, pues, odiado y escarnecido.» Y entonces fué cuando, gracias a la casualidad, que le había permitido a Rebolledo adquirir en una librería de lance un libraco de don Bebe, *Céfiros del Pisuerga*, le hincharon de alegría y de orgullo con la broma de compensación.

—Hombre—refunfuñó Carlos con un acretónico de disgusto y protesta—, eso que has dicho no está bien.

—Es una injusticia—apoyó el gladiador.

—¡Una «calucnia»!—afirmó Távara, quitándole las de «vistalongui» como un prestidigitador.

—No, no está bien—insistió el poeta—. Te queremos y te admiramos. Sin decírtelo, porque aquí no hay aduladores; pero esa dignísima conducta, dignísima, don Bebe, ¿no hace más meritoria nuestra admiración?

—¿Otra farsa?—chilló el primer premio, solispado y decidido a reñir.

Y Carlos, ya en la gran escena de su comedia, gritó también:

—¡Cómo farsa! ¿Qué es eso de farsa? Si son admiradores de un vate los que releen sus versos, los que se los aprenden de memoria ¿qué serán? Y ¿quién hay en esta redacción

que no sepa de carretilla tus *Céfiros del Pisuerga*?

—¡Rebolledo—amenazó trémulo de rabia el embromado—, mira que mis hígados son muy malitos!

—¡Ah! Encima, ¿amenazas? Pues voy a darte una lección, ingrato.

Y Rebolledín, con una absoluta impunidad, porque Benet no veía gota sin las gafas, abrió el libro, y con algunas leves vacilaciones, como si dudase al recitar, leyó una de sus poesías. Luego leyó otra Garcés, imitando a su amigo, y al instante Espina le arrebató el tomo, que después pasó a Lasarte, y en seguida á Tavora, y a los veinte minutos ni el más débil cefirillo del Pisuerga había dejado de perfumar con sus frescas alas la redacción. La redacción y el espíritu del viejo, que, con el estupor pintado en el rostro ante la milagrosa epifanía, oyó brotar sus versos de aquellos labios y los sintió fluir rumorosos y benignos como fontanas, y volar cándidamente alegres como jilgueros. ¡Sus poesías!... Las poesías de su cabellera negra y sus labios rojos; de su fe en los hombres, de su amor a la vida y de su confianza en la gloria; las poesías que le arrancaron besos a la boca maternal y que la novia escuchó entre suspiros; las poesías de su orgullo y de su inocencia, de su agresividad y de su ilusión, que él creyó enterradas en la

tumba de su madre, en la memoria de su mujer y en su propio corazón desencantado, no habían muerto. Gentes de inteligencia, escritores, guías de la multitud, las recitaban... Y don Bonifacio, con una angustia dulcísima, con un divino desfallecimiento, rompió a llorar.

Aquella noche, en celebración de la magna gentileza con que le habían regalado, los invitó a tomar un pisco-labis y los abrazó cien veces, y maldijo mil la torpe soberbia que no le había permitido comprender el acendramiento de la amistad con que le honraban. Garcés, que, escudándose en el consentimiento de Platón, comenzaba a inundar de vino su estómago, brindó por la fraternidad de los periodistas, varones-peldaños, que, con un desinterés imbécil y magnífico, ayudaban a subir a sus propios detractores, y después, con una humildad tan alcohólica como cristiana, sostuvo que entre los literatos, igual que entre las otras criaturas, la diferencia de poderío intelectual era tan leve que, exceptuando a los genios—papá Shakespeare, papá Cervantes, papá Goethe—, todos se podían hablar de tú.

—Que pongan peceras en las tertulias de plumíferos—agregó—, y a ver si hay algún guapo que no se apresure a zamparse en ellas. «Barbarroja» escribirá «fondos» y dramas.

Rebolledo protestó, al principio humorística-

mente—para exigirle al gladiador que incluyera entre los «papás» a sus gloriosos patronos don Benjamín «Anduviera» y don Santiago Lafón—y luego con seriedad. «No, no eran todos iguales. Había buitres y canarios, águilas y cacatúas, leones y burros. Y los buitres, las cacatúas y los burros medraban porque interesábase en sus triunfos la envidia. La envidia, que se tapiaba las orejas con objeto de no oír trinos y rugidos, y que tapábase los ojos para no ver alas. Por envidia, por una vil envidia, que nutrían la podre de la voluntad muerta y el estercolero de las ineptitudes, las claudicaciones y los fracasos, no se elogiaba mas que cuando se le podía robar al elogio su noble fulgor aplastándolo bajo una infecta paletada de cieno. Y así, encomiábase la inspiración de un poeta porque se podía añadir que era un sodomita desdichado, y la facundia elocuente de un orador porque se podía insinuar que se alimentaba de concusiones, y la fuerza patética de un dramaturgo porque se podía asegurar que, por sus vicios, vegetaba desastrosamente. Pero la inspiración, la elocuencia y la fuerza patética de los vates, los oradores y los dramaturgos que no tenían aficiones sodomíticas, ni instintos de bandolero, ni hábitos de rufián, se alababan muy tardiamente y sólo al cruzar las brumas del silencio la exhala-

ción de la victoria, porque la envidia, para elogiar, ha de morder.»

Se metieron en Fornos—donde Rebolledín había concertado una tregua—para rematar dignamente la velada, y por las impertinentes alusiones de Garcés, que había entrado en el período brutal de su borrachera, estuvo en un tris de convertirse en un drama el sainetillo de los «Céfiros». Por fortuna, don Bebé, un poco trastornado por las esencias taumatúrgicas del jerez y con la imaginación sahumada por el optimismo, ni sospechó lo que intentaba el zoilo con sus bellaquerías. Aunque en el café esperaban al sol, para zambullirse en la camita después de haberle saludado, personas de tanto fuste como Manfredi, caballeros de tan fina calidad como «el Galgo» y «el Caracol», personajes tan conocidos como el andrógino adorador de Oscar Wilde, y celebridades del juego, la prostitución y la estafa, que de un modo honesto se distraían conversando con otras columnas de la bribia, don Bonifacio sólo tenía ojos para mirar a un hombre de narices anchas, frente sombría, boca bezuda, mirada muerta y cabellos aborascados, que, hundido en un diván, babeaba con la atonía de la embriaguez.

—Pero ¿de verdad es Bellido?—le preguntó a Carlos.

—De verdad. Si estuviese fresco, te pre-

sentaría a él. Es dulce como una paloma y tiene la inocencia de un párvulo.

—¡Bellido! ¡Martín Bellido!—repitió Benet con religioso respeto.

Y con una mezcla enternecedora de ingenuidad y presunción, añadió:

—De ése sí que sabréis poesías. ¡Hasta yo sé algunas!

Martín Bellido, el excelso poeta, el innovador genial, el sembrador glorioso de emociones, en aquellos momentos estaba reducido a la humilde condición de tonel. Los venenos alcohólicos habían secado en su cabeza los estanques cuyas aguas se estremecían bajo la nivea nitidez de los cisnes, y habían asfixiado a las mariposas y a las alondras, y habían cubierto de lavas y cenizas los jardines donde languidecían de amor sus princesas y sus abates, y el creador peregrino, velada su inteligencia por un siniestro sudario, amodorrábase con mortal laxitud.

A veces, un bribión que le acompañaba—polilla de su generosidad y langosta de su bolsillo—levantábase y le despabilaba, con cierta originalidad, para que llamase al camarero.

—¡Oh hijo del padre Hugo y hermano de Verlaine!—le decía, besándole en la frente—. ¡Oh fauno divino! ¡No rindas tu robustez pánica!

El fauno divino enderezábase y con una bizzaría celestial golpeaba el mármol.

—¡Aquí, aquí!—mascujaba—. Milagrosas esencias, esencias milagrosas...

Se detenía, haciendo un gesto de niño acalenturado, y el truhán, con las pupilas anubladas, invitábale a proseguir:

—¡Sigue, desgrana tu perlería, oh liróforo!

—Milagrosas esencias, esencias milagrosas...

—¡Oh, bravo! ¡Oh, sublime!

Aplaudía con toda su fuerza el perdulario, presentábase el camarero, y el liróforo, que continuaba desgranando su perlería, desembarazábale el camino al gorrón:

—Esencias milagrosas, milagrosas esencias...

—¿Pide cognac?—preguntaba el camarero.

—¿No lo oyes? Quiere que sea «súper». Una esencia. Escúchalo.

—Traeré Fundador.

A Benet, que había escuchado con sorpresa, con inquietud y con ira, le arrancó la escena una frase condenatoria:

—¡Lastimosísimo, Rebolledín!... Prefiero ser poeta a mi modo.

V

La noticia—que se enganchó en las redes de Lasarte—produjo en la redacción el mismo efecto que un guijarro en una charca llena de ranas. «*La Independencia* se vendería en cuanto hubiese un idiota lo suficientemente atrevido para cargar con el negocio. Emilio y don Benjamín, que la habían comprado para emplearla como puntal en inconfesables empresas, y Lafón, que habíase unido a ellos para espigar en los campos de la política, estaban resueltos a librarse de su atroz e inútil pesadumbre.»

Don Boni se espantó. En veinte años que llevaba en el periódico, siempre con veinte duros de sueldo al mes—uno por cada trescientos sesenta y cinco días de condena—, había conocido a ocho caballeros en la dirección, había cambiado seis veces de convicciones, y había sentido otras tantas, al llegar los nuevos propietarios, el pavor de que prescindiesen de su pluma y le cortaran su carrera periodística. ¡Salir de *La Independencia*!... Don Bebe habría preferido morir. Necesitaba respirar el aire de aquel sumidero, recibir en el

nalgatorio las puñaladas de aquellos divanes fementidos, estudiar las mañas de aquellas traidoras sillas, contemplar las ringleras de aquellos libracos empolvados, tan inmóviles en sus estantes como los muertos en sus nichos, y arar cuartillas y planear dramas sobre aquellas mesas tan negras como la tinta y con aquella tinta más clara que las paredes. ¡Y otra vez el diario—el ingenio con los negros—se subastaría vergonzosamente!

Espina, plumífero de treinta duros, que, como había «llegado»—puesto que era redactor-jefe—, merodeaba por los Ministerios con la gazuza de un chacal; Távara, que sin el coto taurino, sólo exhibiéndose en calidad de ayudador podría alimentarse; Ariza y su compañero, que como no habían «llegado» andaban también a la husma de algún destinillo, y todos los demás, menos Rebolledo y Garcés, que tenían la esperanza de acomodarse, estaban empavorecidos y enervados. Aunque Lafón calificó de calumniosa la noticia, diciendo que la habían inventado en ciertas redacciones donde la creciente prosperidad de *La Independencia* causaba miedo, se relajó la disciplina, y los redactores, sin tranquilidad ni estímulos, aflojaron en su labor. Escribían para llenar el diario, blanda y desmayadamente; parloteaban mucho en secreto, sin preocuparse de la tos severa y despreciativa de don Benjamín

ni de las miradas de basilisco de don Santiago, y veían desfilas las horas haciendo conjeturas y suposiciones. El único que, sin perder la calma, se mantuvo firme como un peñón entre el oleaje de las impaciencias y los temores fué Montursi. El meritorio meritísimo, puntual como un acreedor a quien van a pagarle y tan laborioso cual el pelantrín que trilla y recoge su trigo bajo la amenaza de la lluvia, a las cuatro metíase en la redacción; dos minutos después, con los puños postizos a la orilla del tintero, empuñaba la péñola, y al minuto siguiente, soltando ya almíbar y melaza, hasta su bisoné parecía de cabello de ángel. No se paraba mas que cuando atarazábale alguna ingente duda.

—Rebolledo—decía—, perdona que te moleste; pero...

—Dí, hombre, dí.

—El águila, ¿es un ave?

—Claro, hijo de mi corazón. ¿Para qué lo preguntas, si eres el rey de la ornitología?

—¿No me engañas?

—¡Hombre, Montursi, no hay derecho!

—Es que una vez me hiciste escribir que los escarabajos eran aves..., ¡y tampoco hay derecho! ¡Y acuérdate de Jehová!

—¡Chico, Montursi, no seas rencoroso!

Carlos alargaba la cara, como si le hubiesen hundido cien puñales en el corazón, y el con-

fitero, después de confesar que había estado excesivamente duro, congraciábase con él haciéndole mil carantoñas, y tornaba a preguntar:

—Vamos a ver, Rebolledín. En serio ¿eh? ¡Sin guasitas! ¿Meteré el remo si escribo follaje?

El poeta soltaba la carcajada al oír la estolidez, y el revistero fortalecía su gravedad.

—No sé a qué viene esa risa—declaraba—. Tengo que describir una verbena; en la verbena, aunque organizada por gente del gran mundo, había arcos de follaje, de esas ramitas con hojas verdes a las que solemos llamar follaje... Pues bien; la palabra follaje..., ¡atiende, Rebolledín!..., la palabra follaje, ¿no es sospechosa? ¿Es completamente pulcra? ¿No tiene un significado... «sicalíptico»?... La risa no es una contestación, Rebolledín.

Para Galo no iban mal las cosas, puesto que tenía un destinillo y acababan de ascenderle y puesto que el invertebrado, perdido el chirumen y casi inútil de todos los remos, le había elevado a las vertiginosas alturas de director, redactor y ordenanza de la agencia, con el mareante sueldo de quince duros. Y, no obstante, el escultor de pisapapeles era uno de los negritos de Andara más preocupados por la adversa noticia, porque estaba seguro

de que a *La Independencia*, parte—aunque no muy principal—de la «gran palanca» periódica, debíale su entrada en el surtido tinelo del Estado, su categoría social, la admiración de sus amigos y hasta un poquitín de la ternura de su novia. Atosigado por la ansiedad, interrogaba de continuo a sus compañeros y reflexionaba largamente para medir la gravedad de los informes. «¡ Si adquiriese el diario un político de nombradía, con colaboradores de parnés, o un ricachón! » Porque a él lo que le inquietaba era que *La Independencia*, como cuando estuvo en poder de los clericales, se amustiara por falta de aceite acuñado y dejase a sus redactores en la obscuridad.

De esta inquietud, que no ocultó previsora-mente, aprovechóse Rebolledo para reírse de él, a la vez que le consolaba.

—¡ Chico, un notición como un trasatlántico! —le dijo una noche al entrar en la jamerdana, llevándoselo misteriosamente a un rincón.

—¿ Sobre la venta ?

—¿ Sobre qué ha de ser ? Es *The Times*.

—¿ Cómo ? —preguntó Barciel, asombrado.

—Que nos compren los accionistas de *The Times*; que *La Independencia* se convierta en el rabillo del primer periódico del mundo.

Galo, que recibió en medio del pecho una ola de alegría más grande que una montaña,

se cogió a Rebolledín, tambaleándose, para no rodar.

—Conque los ingleses—exclamó, con la vocella temblorosa.

—Los ingleses, los hijos de la pérfida Albión.

Hizo una sabia pausa, con objeto de que la curiosidad clavase todos sus dardos en Barciel, y poco a poco, con una indiferencia entreverada de disgusto, para darle verosimilitud a su relación, fué inyectándole el embuste. «No afirmaría él, porque él no afirmaba absurdos, que desde el punto de vista de la conveniencia material no saliesen ganando. Era público y notorio que en *The Times* daban como sueldo mínimo, cuarenta libras esterlinas, y aunque sus editores diesen en *La Independencia* la mitad, nadie le quitaría sus cien durazos al mismo Távora. Mas ¿a quién no le escocería trabajar en su país a las órdenes de extranjeros? Y ¿qué redactor de *La Independencia* no se estremecería de furor al verla dependiente, colonizada, esclavizada como otra India? ¡Oh el oro inglés!...» Galo hallábase tan rebosante de júbilo que por primera vez lucieron sus ojos con la serenidad del valor en el incendio de su cara; pero se contuvo, y hasta consiguió expulsar algunos borbotones de alegría, travistiéndola de indignación. A escape, con una agilidad de pensamiento y una

presteza de pluma que le favorecían raramente, despachó su tarea, y a los pocos minutos, con el gesto de los días solemnes, ocupó la presidencia de su tertulia, en el Universal, entre el señor Pastor y otro chamarilero de campanillas. ¡En la tertulia, junto a aquellos albañiles enriquecidos y aquellos profesores del cambalache, sí que era un Júpiter el gaceti-llero disecador! Admiraban su cabellera de lumbré, su alegría de cascabel, sus remilgos de aristócrata, su prudente reserva de hombre de Estado, la armonía de sus manchas y la temeridad de su rubí. Por su sabiduría, por su cautela, por su perspicacia, por la infalibilidad de sus aseveraciones, mirábanle como a un ídolo y nadie se permitía opinar sin haber bebido antes en las fontanas de su opinión. Cambalacheros y albañiles veían las piezas que Barciel recomendaba, y aplaudían a los cómicos honrados con su protección, y deletreaban los artículos que a él le parecían buenos, y encomiaban a los gobernantes que habían conquistado su benevolencia.

Aquella noche Galo rompió el fuego con escasa originalidad:

—Señores, un notición como un trasatlántico.

Sus idólatras hurgáronse las narices, se rascaron los morrillos y dieron otras escogidas pruebas de interés, mientras el varón infali-

ble miraba al trasluz el cognac que le habían servido, y el señor Felipe, con la llaneza de un futuro suegro, arriesgó una pregunta:

—¿Política?

—Sí, política. ¿Qué hay en el orbe que no sea política o que no esté relacionado con la política?

Alabada por los albañiles la finura lapidaria de la observación, prosiguió el gacetillero:

—Que nos compren los accionistas de *The Times*; que *La Independencia* se convierta en el rabillo del primer periódico del mundo.

Descargó una puñada sobre el mármol, y Pastor interrogó otra vez:

—Y tú ¿qué pierdes, Galo?

—Desde el punto de vista de la conveniencia material, nada. Al revés. Todo el mundo sabe que en *The Times* dan como sueldo mínimo ochenta libras esterlinas, que son dos mil pesetas. Un bonito sueldo mensual. Además, en los periódicos ingleses los accionistas costean un ambigú para que se harten los redactores, con objeto de hacerles sudar el quilo. Pero aquí suda uno el quilo y suelta el quimo y se achicharra la sangre sin ambigú y por tres perras chicas. De modo...

—Pues hijo, entonces...—insinuó el camarero.

—Entonces ¿qué?—repuso el periodista—.

El orgullo, la dignidad, el patriotismo, ¿no se cuentan? ¿No valen nada? ¿No hay mas que estómago?... Yo creo que no, señor Felipe. Con su permiso, me atrevo a creer que hay una cosa inmortal—digámoslo así, como los curas—que se llama alma, y también me atrevo a sostener que muchos yantares—digámoslo así, como los modernistas—que digiere el estómago se le indigestan al alma.

Hubo un murmullo de aprobación, y continuó Galo, acalorándose cada vez más:

—Yo no niego la «bonomanía», que diría «Voltaire», de los señores ingleses; pero que no me nieguen que son hijos de la pérfida Albión.

—Bien. Hijos, sí que lo son, Galo—confirmó el suegro—. Dobla esa baza.

—Y si son pérfidos, ¿qué harán con *La Independencia*? ¿No la esclavizarán como a otra India? Y ¿con qué ojos voy a ver eso yo, que me estrujo la sesera en el diario cargándome los editoriales, aunque el director, como es natural, sostenga que él los escribe?

—Bueno—terció comedidamente un camarada de Pastor—. Eso está amarrao. Pero ¿y las dos mil pesetas, señor Barciel? Un hombre que quie tomar estao ¿las tira así como así?

—¿Y las tiro yo? ¿No conozco yo mis obligaciones? Yo me sacrificaré haciendo lo que me manden. Y eso que la faenita que me van

a encomendar, según le ha dicho el embajador a Rebolledín, es de las de oro de ley. Corresponsal de guerra. ¿Eh? ¡Galope usted pegado a los generales, y suba usted en aeroplano más arriba que las nubes, y baje usted en submarino a los profundos infiernos, para que ganen millones unos «vivos» de Londres!... Pero no importa. Galoparé, y subiré, y bajaré, y no porque me paguen los gastos, y me den cuarenta o cincuenta duros al día, y me regalen al rematar cada campaña cinco potros, que es la costumbre, sino por seguir trabajando en lo mío, en *La Independencia*, que es la mitad de mi corazón.

—¡Ele!—gritó el señor Felipe.

—Pero dejad siquiera que me desahogue declarando que me gusta mi cocido más que los faisanes del ambigú y que... ¡no lo puedo remediar, señor Felipe!..., y que odio a Inglaterra. ¡No se me olvida lo de Trafalgar!

—Pues hay que ser más transigente, Galo.

—Con catástrofes tan bárbaras, no, señor Felipe. A Nelson lo tengo aquí—y cerraba los ojos, tocándose la nuez—clavadito como una espina.

—¡Más correa, Galo!

—¡Con Nelson, no, señor Felipe! Me acuerdo de Churruca, con lo que le quedaba de un muslo metido en un barril de harina para sostenerse, y diciendo toma candela y

zurra que es tarde..., y me vuelvo loco. ¡Loco de atar, señor Felipe!

—Calma, calma, Galo, que eres un «caba-
llesco» y un fuguilla. Allí se tocó a matar, y
se mató. Cosas de hombres. Pero aquello está
más que olvidao, porque agua pasada no mue-
ve molino. Y que si la humanidá fuera como
tú, lo del Callao, ¿nos lo perdonarían los in-
gleses?... Pa mí que ¡zape, minino!

Por aquellos días le ocurrieron a Barciel va-
rias cosas durejas y padeció algunos tropiezos
desagradables, que le traían cariacontecido.
Para servir a los clientes de Escalona enviando
novedades de mucho nervio y originalidad que
sedujesen al lector de los *Clamores*, los *Ecos* o
los *Faros*, suplía las deficiencias de la informa-
ción telegráfica de su diario con la abundancia
de noticias de que disponían los corresponsales
que eran también redactores de periódicos ri-
cos, conmoviéndolos con ruegos y golpes de in-
censario, engañándolos con graciosas socaliñas,
o burlando con mucha valentía y más falta de
aprensión la vigilancia con que pretendían frus-
trar sus asaltos. En aquella acérrima lucha, en
la que se conquistaba el triunfo anticipándose,
telegrafando los sucesos antes de que los su-
pieran los obligados a relatarlos, su zaina au-
dacia no retrocedía ante ninguna considera-
ción, y lo mismo pescaba lo que escribía con-
fiadamente un corresponsal, leyéndolo con el

rabillo del ojo, que se abatía como un gerifalte sobre unos apuntes abandonados, o que hacía desaparecer al menor descuido una cuartilla de importancia. Descomunal debía de ser la de una, marcada con un «Sensacional» gordísimo, que consultó, escondiéndose, uno de los periodistas del «trust», después de dar su conferencia, y Galo, que, aparentando mirar al techo, se comía con la vista el precioso papel, hizo unas gambetas de satisfacción al notar que su amo, rompiéndolo en dos trozos, lo arrojaba al cesto, y se apresuró a echarle la zarpa. Momentos después, amparando con las manos el oro que iba saliendo de su pluma, a fin de que no se aprovechara ningún pelgar de lo que le debía a la ajena imprudencia y a la previsión propia, escribía febrilmente, y por la mañana los *Faros*, los *Ecos* y los *Clamores* se engalanaron con la siguiente obra maestra:

«Lahore, 17.—Acaba de ocurrir una verdadera hecatombe. Los macedontes del virrey, atacados de hidrofobia, se acometieron con una furia tremenda y destruyeron el grandísimo jaulón que los aprisionaba. Después de comerse a las vestales, levantaron el vuelo y trasladáronse a la ciudad. La guarnición intentó sojuzgarlos, batiéndose con heroísmo, y gracias al acierto de la artillería se retiraron las horribles bestias. Los daños son enormes. Entre los macedontes y los artilleros han destruído media

ciudad. El gran rabino ha muerto y a su esposa le falta un pie. Ignórase el rumbo que han seguido las antediluvianas aves. Una mide diez metros de anchura y cincuenta de longitud. Todas tienen picos de loro—aunque no hablan—y alas de murciélago. Reina una indescriptible consternación.»

A las cuarenta y ocho horas llegaron a la agencia unas cartas que ardían en un candil: «Sus mentiras son intolerables. Ha puesto usted en el más espantoso ridículo a esta publicación, que por la humildad de sus medios se ha de conformar con chiquilicuatos tan incultos como usted. Nunca ha habido «macedontes»—¡qué barbaridad!—, y los mastodontes, que no fueron aves, señor, desaparecieron hace siglos. Si le faltan noticias, en vez de inventarlas estúpidamente, absténgase de telegrafiar.»

Galo rectificó gallardamente:

«Madrid, 19. — Noticias catástrofe Lahore, falsas toda falsedad. Transmitiólas un redactor esta agencia, que sido expulsado, después largas libaciones con ex general indio borrachín peor especie. Agencia, defendiendo buen nombre sus cultos, importantes periódicos, procurará entáblese reclamación diplomática. Efectivamente, comprobádose por sabios murieron todos mastodontes siglos ha.»

Esta rectificación y el telegrama descriptivo

de la hecatombe—que le costó a Barciel una rebaja de cinco duros en su sueldo, porque la agencia perdió un *Clamor* y dos *Faros*—hicieronse popularísimos entre los corresponsales, que martirizaban al enemigo de Nelson con preguntas capciosas y con pésames tan falsos como su rubí. Pero un acontecimiento hartó más grave, que vino a poner a prueba la solidez de su espíritu y el temple de su corazón, le restó importancia a estas malignas bromas. Un domingo, para acompañar a Conchita, se puso los zapatos de charol, el traje nuevo y la corbata de seda pura, y al pretender encajarse el «bombín», ladeadillo, a lo enamorado, vió que se resistía a servirle de tapadera. Se sorprendió, porque durante cuatro meses el «bombín» había sido el más dócil de los «bombines», y por si su resistencia a colocarse a lo enamorado obedecía a estar hecho con piel de castor sodomita, se lo quiso poner hacia adelante, a lo tunante. Tampoco se sometió el rebelde, que negóse a cubrir la coronilla de su dueño, con igual indomable tozudez, cuando ensayó encasquetárselo hacia atrás, a lo charrán, y entonces, el periodista, seguro de que la humedad, encogiéndolo, había inutilizado a aquel cobarde, adquirió otro hongo. Mas no lo adquirió ligeramente, como lo hubiese adquirido una criatura poco reflexiva, sino después de largas ho-

ras de meditación, que le aconsejaron elegir una especie de fragata capaz de salvarle en un naufragio, un chapeo «familiar» de esos que con la magnificencia de sus alas le permiten a los padres, en los días de lluvia, defender a los chiquitines. Lo arregló a su medida metiéndole en el hueco de la badana unos plieguecillos de papel, lo guardó, riéndose de la humedad..., y al otro domingo, el trasatlántico, que no se mantenía ladeado, ni hacia adelante, ni hacia atrás, sin la previsora ocurrencia del relleno de papel no habría podido ocultar bajo su mole el cráneo de su señor. El gacetillero comprendió de pronto, y quedóse anonadado: no se negaban sus «bombines» a cubrirle la cabeza; era su cabeza la que se negaba a que la cubriesen los «bombines». Su cabeza—¡oh aterrador portento!—, que crecía, que hinchábase como una fruta verde, y que sólo toleraba la presión del sombrerillo blando porque se estiraba y dejábala crecer con la forzosa indulgencia de lo desmayado y lo flojo. Observó que el abultamiento se le manifestaba en la frente, lisa antes como un baldosín y ahora abotagada como un vientre de cuarentona, y su optimismo impulsóle a pensar que de seguro el origen de aquella rara preñez sería un aumento de su inteligencia; mas el temor a que su cráneo, parecido ya a una escafandra, compitiese con un globo,

le llevó a la consulta de su médico, el cual, riéndose de sus aprensiones, le tranquilizó: «Tenía una periostitis; pero una periostitis tan hermosa que podía enorgullecer a los más descontentadizos. Poseía además unas cuantas legiones de fieras horribles, aunque invisibles, todas de la respetada familia del treponema pálido, y si su gratitud al Amor, que le hizo tal obsequio, no le aconsejaba mantenerlas en su sangre, con unos cientos o unos miles de inyecciones las combatiría con esperanzas de vencer.» Galo, dispuesto a la lucha, obtuvo una licencia de Lafón. Le reemplazaría Clausoles, al cual sustituiría Ureña en el Congreso, con la condición de que durante los primeros días le iluminara con su experiencia el propio Barciel.

Para Adolfo fué aquel un trago amarguísimo. Conocía a un par de docenas de oradores por los retratos y las caricaturas que publicaban los periódicos; sabía un montón de historietas, exageradas o calumniosas, en las que aquellos y otros señores portábanse como dignos cerdos, concienzudos borricos o agudos raposos; tenía noticias no muy claras de veinte o veinticinco diputados cuyo verbo resplandecía de una manera aleatoria, e ignoraba hasta la existencia de los demás representantes del país. Esto no le preocupaba. Ya le advertirían los compañeros que era Pérez el que

rugía cuando rugiese Pérez, o que era López el que increpaba cuando increpase López. Pero ¿cómo se las iba a arreglar para meter en las píldoras substanciosas del extracto lo que manifestaran aquellos caballeros? El, que no había podido seguir con el lápiz la palabra cansina de los viejos catedráticos, siempre reposada, sencilla y modosa, ¿seguiría la turbulenta, fiera, retorcida y orgullosa de los tribunos? El, que no había logrado coger tardísimos y humildes caracoles, ¿lograría apresar ligeros y altivos pájaros? Entró en el «templo de las leyes» con la misma pasajera estangurria que martirizábale antaño horas antes de los exámenes, y corrió hacia la tribuna al saber que la sesión había empezado ya.

—¿Viene usted por Clausoles?—le preguntó un mozo que se acomodaba junto al redactor de *La Independencia*.

—Sí, señor.

—Me alegro. ¿No es usted «Esaú»?

El mozo le miraba riéndose, lleno de simpatía, y Ureña, agradecido, le contestó, con impetuosa cordialidad:

—El mismo, compañero, para todo lo que usted mande.

Y en seguida le pintó su desconfianza:

—Pero lo que es aquí, ¡pobre «Esaú»!... No

conozco a nadie; no he escrito en mi vida una revista... ¡Me voy a tirar un planchazo!...

—¡Quiá, hombre! ¿Planchas en esta que-sería? Aquí los únicos que se tiran planchas son los amos del establecimiento. Hoy copie usted mis besugadas, variándolas un poquillo, y pregúnteme lo que quiera. Dentro de dos días las hará usted mejor que yo. Me llamo Pedro Encina. Buena madera, ¿verdad?

De los escaños ascendía el trompeteo de una voz agria, desapacible e iracunda. Adolfo oyó pedacillos del discurso: «Carretera odiosamente abandonada», «balastro que desaparecía...»

—¿No escribe usted?—le preguntó a Pedro.

—¿De ése? ¿No ha oído usted que dice «balastro» en vez de «balaste»?... No, hombre, no. De ése no se escribe. Es uno de los Cresos de la brutalidad. Uno. Hay muchos. Pero dispénsame ahora, amigo «Esaú», que voy a ver si mato a Zantilluelo.

Sacó un botecillo de cristal, lo destapó, escondióselo en la diestra, e inclinándose sobre el pupitre acechó a un prócer recalvastro, pequeño y gesticulador que charlaba con varios legisladores casi pegado al Catón de las carreteras. Al instante se agazapó sobre el pupitre inmediato otro periodista, y otro puño que ocultaba otro bote se posó con traidora prudencia en el antepecho, y poco

después ocho manos con ocho frasquitos amenazaban al pequeñín y treinta pares de ojos resplandecientes de malicia aciguataban al amenazado detrás de los que se proponían asesinarle.

—¡ En qué peligro está hoy !—exclamó Encina al ver que Zantilluelo se aproximaba.

—¿ Por qué ?—preguntó Adolfo.

—¿ Cómo que por qué ? ¿ No sabe que don Julián Quincoces de la Cerda, barón de Zantilluelo, no es un hombre ?... Pues no lo es. Zantilluelo es..., es un huésped de verija, un merodeador de los que viven en las partes pudendas. ¿ No entiende ? Más claridad. Es un insectillo de esos que tienen, según el diccionario, una media línea de longitud, que son vellosos y chatos, que carecen de alas—como los elefantes—y que disponen de unas tenacillas en las patejas...

—¡ Basta !—dijo «el Luchador»—. Ya sé.

—Por decencia le llamamos «la inglesilla voluptuosa». Bueno. Pues por vengar a varias jóvenes a las que ha dejado con el peso de su doncellez encima, después de haberse comprometido a librarlas de él, le hemos condenado a muerte. Y morirá como debe morir un insecto vellosos, chato y sin alas : bajo una gota de sublimado al ocho por mil. Verá usted qué brinco da y como rueda sin puntilla, hecho un pistonudo chicharrón.

Pero Zantilluelo se alejó con sus interlocutores, y sus jueces y verdugos guardaron los frasquitos. Poco a poco iban poblándose los escaños. Encina, con largueza en el donaire y parcidad en la murmuración ponzoñosa, fué describiendo a los «padres de la patria», repitiendo lo que se decía de ellos, y revelando, con alguna infidelidad psicológica, para bañar de gracia sus juicios, las verdades de que se había adueñado al estudiar sus caracteres. «En el *establecimiento* expendían centellas oratorias seis o siete esclarecidos ambiciosos y un par de ilustres chiflados, respetables por el candor de su fanatismo. Excluidos estos oradores y los seis u ocho diputados que, si no hablaban, escribían muy bien, los demás «padres» podían comer sin desdoro con la misma cuchara. Había muchos picoteros, con mugre en las intenciones y en el magín; muchos vanidosillos; algunos pulpos, que con sus tentáculos ahogaban a sus provincias; bastantes trepadores, como Lafón, que subían enredándose a un buen árbol; no pocos mineros, como don Benjamín, que embarnecían con el fruto de sus labores subterráneas, y ciertos duendecillos, como López de Paredes, que igual se escondían en una nube que en un sumidero.»

Unos siseos y una advertencia le cortaron el discurso a Encina.

—Tú, que está hablando Zantilluelo.

—¿Tempestad?

—¡Claro! Lleva más de diez minutos vomitando simplezas.

—Pues a la una, a las dos, a las tres...

Los periodistas cerraron la boca, acomodáronse en las posturas más correctas, y astutamente, con un candor en la mirada que habría vencido al más terco recelo, comenzaron a trabajar con sus fosas nasales. Al principio brotó de ellas una débil brisa, un blando soplo, que oreó la frente de Zantilluelo, acariciándola; después el soplo se robusteció y ráfagas amenazadoras hendieron el hemicíclo, y por último, las ráfagas, heraldos de la tempestad, fueron sustituidas por huracanes y ciclones, y merced a treinta narices portentosas pudieron creerse los diputados en el mar al oír los baladros del viento, los chasquidos de las olas, el ulular de las sirenas y el borbotar del agua entre los escollos. Los legisladores y el público de las tribunas se interrogaban con asombro, clavando la vista en los ventanales, y aunque Zantilluelo, hecho un Barceló, quiso resistir sobre el plomo de su discurso la furia de aquel océano, la indiferencia de la Cámara le obligó a sentarse.

—¡Naufragó!—dijo, riéndose, Encina.

Y como por ensalmo, amansáronse las olas, se aplacaron los vientos y cesó la tempestad.

«El Luchador», que no había utilizado la experiencia de Barciel, dejóle en libertad. Se reunían temprano en la redacción, tomaban café con don Bebe, y cuando el gacetillero se iba a lucir su escafandra y Benet inclinábase sobre las cuartillas, Adolfo, con una impaciencia que le avergonzaba, asomábase al balcón y, ruborizándose y temblando, saludaba a una señorita, que le devolvía el saludo, trémula y ruborosa también. Esta señorita, que habitaba en un lujoso edificio frontero al humilde donde se escribía *La Independencia*, se llamaba Rosina, y era una rosa. Una rosa caraguileña, con los ojos como dos lagos de miel, con los cabellos del rubio dorado de las espigas, con el cutis lechoso, con las caderas redondas y con los pechitos en flor. Todos los redactores jóvenes se relamían al mirar de reojo a la gentil mozuela; pero ninguno se atrevía a mirarla de frente, por miedo a su cuñado, el peligroso accionista don Emilio, a Trinidad, el esclavo de su cuñado, y a «John», el esclavo de Trinidad. Ureña, aunque poco tímido para afrontar riesgos, hubiese imitado a sus camaradas, por prudencia; mas cuando supo quiénes eran los dragones descomunales que defendían a la rosa estaba ya tan enamorado, que ni pensó en corregirse. Convencido de que esperar que le correspondiera habría sido absurdo, contempló a la mocita—

igual que de niño contemplaba a la luna en el espejo pavonado del pozo—como a algo inasequible, que ni siquiera le permitiría exprimir el jugo agri dulce de una desilusión. Pero si la palabra felicidad carecía de sentido, si sólo se encontraba luz en la trama sutil del ensueño, ¿por qué había de resignarse él a no hermosear su existencia con las locuras de la fantasía?... El no tendía sus redes como un garzón rapante, ni emulaba a esos ladinos trapacistas que atraen alondras con el cimbel matrimonial. Buscaba la dicha en el amor, no en el dinero, y veía en un tálamo no el artificio que apuntala y refuerza una máquina ruinosa, sino el ara donde la pasión, con sus dulces sacrificios, troquela el linaje. Tal vez el corazón de Rosina dormiría en la cárcel de seda de su pecho, como la Bella Durmiente en el palacio encantado del bosque... ¿Por qué no soñar que él lo despertaría?

Una tarde la miraba embelesado, inerme, aplastado por la violenta imposición de los sentidos, y de pronto las pupilas de Rosina encontráronse con las suyas, y los ojos sedientos del muchacho refrescáronse en los lagos de miel. Aquello duró un segundo; mas el segundo sobró para que Eros encendiese su divina antorcha con el resplandor de dos almas y para que su fuego comenzase a destruir cuanto se oponía a su unión. Al día siguiente

los ojos de Rosina esperaban a los del joven y no huyeron al recibir su mirada, sino que se cerraron, como para conservar su calor; y ya todas las tardes el resplandor ardoroso de los ojos negros se dulcificó al hundirse en la serena claridad de las pupilas meladas. Graves y tímidos, con una gravedad que entristecía sus rostros y con una timidez que los empurpura-
ba de vez en cuando, se comían con la vista, agrandando perfecciones y amplificando lindes, y quedábanse embaídos en las ansias de la mutua contemplación. De este período del embelesamiento pasaron al de las sonrisas—trueque de relámpagos carmesíes—, que duró dos semanas, y de las sonrisas pasaron a los gestos. Y por último, Adolfo, después de escribir veinte borradores larguísimos y elocuentísimos, que le parecieron de una pobreza indigna y de una afrentosa falsedad, redactó una carta en la que puso toda la ternura, toda la sinceridad y todo el fuego que pudo extraer del nectario de su corazón, y se la mandó a su rosa.

«Señorita: Debo de estar loco, porque, a pesar de los abismos que nos separan, la quiero a usted. Es como si un cardo miserable nacido junto a una carretera y sujeto para siempre al polvo se prendara de una libre y gentil golondrina. Usted volará, porque su destino es volar, y yo seré devorado algún día

por el negro asno de la miseria. Los cardos tienen ese final. Pero como también dan flores, porque así lo dispuso la piedad de Dios, quiero enviarle a usted las nutridas por mis entrañas—azules, como los pensamientos que inspira su celeste belleza—, para que acompañen y perfumen a este ruego: No siga asomándose al balcón, no me mire, no me devuelva mis sonrisas. La fatuidad del pobre cardo no es digna de la misericordia del lindo pajarillo. Mas sepa usted que si deja de asomarse al balcón, o de clavar en mí sus ojos, o de sonreír cuando me mire, no tardaré en suicidarme. Ríase de mi incongruencia y perdónemela. Ya le he dicho que estoy loco.»

La respuesta de la muchacha fué la preparación de un madrigal: «Me he comprado una alhajilla para que le conteste. Con gemelos la verá usted muy bien.» Adolfo apoderóse de los del crítico, los graduó, y en cuanto la golondrina rubia abrió sus puertas, la aprisionó entre los cristales. Una Rosina que él no había visto jamás, una Rosina de nieve y de púrpura, tan frágil que tal vez se fundiría al calor de un beso, miró hacia sus balcones, cerró los ojos un poquito, y después, encendida como una guinda, sacó una joya de un estuche y mientras aleteaban sus párpados y se estremecían sus pechitos en flor, prendiósela en el raso gris de la blusa. La contestación no

pudo ser más elocuente, puesto que la joya era un pulido cardo de oro con lindas florecillas de esmalte azul.

Desde entonces, a pesar de «John», de Trinidad y del accionista, que constituían una triple amenaza; a pesar de don Benjamín, tío y ex tutor del pajarillo rubio, que voltearía con sus bigotes al que pretendiera sacarlo de su cárcel, y a pesar de los periodistas, que befáronse de sus primeras audacias y que palidecieron de envidiosa cólera al saber su triunfo inicial, fueron novios. Con sus compañeros no guardó muchas consideraciones Ureña, que ya que no podía impedir los comentarios aviesos, quiso evitar las alusiones malignas y las insinuaciones irrespetuosas. Távara fué el yunque elegido por la suerte para soportar sus martillazos.

—¡Qué!—le dijo una noche—. Parece que toreamos por las afueras con la gracia de Dios, amigo.

Adolfo le replicó, displicentemente:

—No sé que es torear por las afueras.

—¡Vamos, que usted sí que las usa de «vista-longui», so guasón! ¿Conque no sabe lo que es torear y está usted haciendo una faena que ni Paquiro?

—Yo no sé quién es Paquiro.

—Y don Juan Tenorio, ¿tampoco sabe quién es?... ¡A que niega el gachó—exclamó

dirigiéndose a los demás plumíferos—que toma varas la gachí y que se tima con él!... ¡Arza, «vistalongui»!

Muy pálido, contraído el entrecejo y metálicamente enronquecida la voz, acercóse Ureña al pasodoble de carne y le escupió al rostro las palabras:

—La persona a quien usted se refiere no es una «gachí», sino una señorita. Y no se «tima» porque no es como su madre de usted. Y no «toma varas» porque no se parece a su padre de usted.

Távora, atolondrado por el golpe y sin fuerzas para devolverlo, retrocedió empavorecido.

Callaron todos unos instantes, y por fin, el chulo, con mucha templanza en el tono y escogiendo las expresiones, rompió el silencio: «Adolfo se había ido del seguro, puesto que Távora ni siquiera pensó en ofenderle. Entre compañeros era lícito bromear. Su exabrupto hería a la redacción en masa.» Pero «el Luchador», riéndose del comedimiento hipócrita de Lasarte, se mantuvo en su actitud:

—Las groserías no son lícitas, y no las he de tolerar. Y si manchan a la persona de que aquí se ha hablado impertinentemente, las castigaré de tal modo que nadie olvidará el castigo. Y dejemos esta cuestión.

Y la dejaron, entre otras razones porque Ureña al exigirlo tenía, según el revistero,

dos calaveras en las niñas de los ojos. ¡Había, además, en el periódico tantos manjares de tentadora frescura que ofrecíanse a los colmillos de la murmuración!... Zantilluelo, «la inglesilla voluptuosa», conquistado por don Benjamín, iba a meter unos miles de duros en la caja de *La Independencia*, que navegaría boyante, como un valeroso corsario, en los mares del periodismo. Robustecida la disciplina, los redactores, pendientes de la tos severa de Andara y de los mandatos rigurosos de Lafón, trabajaban febrilmente. A las tres había cuartillas en las cajas para nutrir dos diarios como *Le Temps*, y los plumíferos, de parola con el director, trazando planes para lo por venir o luciendo gracias y habilidades, se divertían como unas criaturas. Por lo general, hacían el gasto Barciel, que imitaba a muchos animales, y Rebolledo, que, actuando de explicador o comentarista, ilustraba lírica o satíricamente las imitaciones.

—Señores—exclamaba Rebolledín—: como en esta casa no hay ningún espíritu superficial, el talento del señor de «Barbarroja» no provocará ninguna burla. Todos sabéis que uno de los mayores milagros del arte es la evocación, y que más poderoso es el artista mientras resucita más sensaciones y despierta más recuerdos. Y en este punto, ¿quién aventaja a Barciel? ¿Quién ha observado, y estudiado,

y reproducido con más loable aprovechamiento el croar de la rana, el rebuznar del asno, el mugir del buey, el relinchar del potro, el voz-
nar del cisne, el rebudiar del jabalí, el parpar del pato, el gruñir del cerdo, el rugir del león y el zurear de la paloma?... Nadie, señores míos. Oídle, cerrad los ojos, escuchadme, y soñaréis.

Abandonaba el tono enfático—como siempre que se dirigía al del rubí—, y dándole unas palmaditas, le ordenaba cariñosamente:

—Rebuzna, hijo.

Un rebuzno estentóreo, de garañón en celo, o un rebuznillo de buche jovial, asombraba en sus retratos a Pi, Cánovas y Monescillo, y el poeta proseguía:

—¿No os ha llegado al alma la endecha? Supongo que no rechazaréis la trompa del burro ni protestaréis de sus expansiones líricas. La romanza del asno, breve, vigorosa, enérgica, nos debe conmover. Es el canto de la esclavitud alegre y resignada; el canto de la humildad, la bondad y la mansedumbre. Ay, si tuviésemos la virtud del borrico y si aguantásemos los palos con su paciencia inalterable y las reconvenciones con su dulzura angelical, ¡cómo ganaríamos el cielo!... Escuchad siempre un rebuzno con idéntica respetuosa atención que las palabras de un moralista. Gruñe, Galo.

El de la escafandra se extraía genialmente de la gorja, los pulmones y el estómago una serie de ruidos desapacibles y amenazadores, cavernosos o agudos, y Carlos, en éxtasis, se empapaba en su belleza antes de hablar:

—¡ El gruñido, señores !... ¡ Apretad los párpados, por Dios, y sacudidle un buen alda-bonazo a vuestra fantasía ! ¡ El gruñido ! ¿ No os invade una gran placidez ?... Estáis en una aldea, en un corralón, frente a una pocilga... Un pingüe gorrino del color del cobre, con una inmensa cogullada y un vientre que se desborda, gime de voluptuosidad atracándose, con los ojuelos entornados. Las gallinas cacarean; las avispas revolotean borrachas de sol; los palomos se arrullan... Y de pronto suena una campanita —¡ tintilín, tintilín !—; y de pronto aparece un hidalgo, tan digno como el cochino, que dice: «¡ Jesús, qué calor !»; y de pronto se oyen unos gritos de mujer: «¡ Cuidado con las ortigas, señor cura !»... ¿ No os enternecéis ? A otra cosa. El mayido, el cacareo y la escala del ruiseñor, Galo.

Mayaba, cacareaba y trinaba el imitador, y al extinguirse los aplausos añadía Rebolledín:

—Ideas completamente opuestas le sugieren al espectador o al oidor culto el mayido, el cacareo y la escala del ruiseñor. El mayido es la hipocresía que adula y acecha, el hambre que reclama, el dolor que suspira, la feroci-

dad que se endulza. El cacareo es la memez que canta su triunfo, la soberbia que se entontece, la vanidad que se desborda. «Ya puse un huevo, ¡oh, milagro! Ya puse un huevo, por el mismo sitio que ayer.» El cacareo, gracias a nuestro glorioso gerente, es el himno triunfal que más se escucha en esta redacción. Y por último, la escala del Rebolledo, digo, la escala del ruiñón, es la generosidad, el desinterés, la armonía, que caen sobre todos nosotros, los sensibles y los pedernalinos, como cae el agua de las nubes igual sobre la fertilidad de las glebas que sobre los peñascos estériles.

Cuando se iban, Barciel, que no se retiraba hasta las cinco, para que si ardía medio Madrid o le aplastaban las narices a un sereno lo supiesen los lectores de *La Independencia*, se dedicaba a sus trabajos literarios o suspendía con sus confidencias a Adolfo, sujeto en la jamerdana por el placer de contemplar frecuentemente los balcones de su ídolo. Como «el Luchador» le había contado sus amores al del rubí, éste, agradecido a la confianza, rompió el muro de su discreción, y después de ponerle al tanto de su vida, le entregó el caudal de sus secretos. Galo estaba seguro de que había venido al mundo para triunfar, y contaba con que sus múltiples talentos—que hacían de él un «cajón de sastre»—, unidos a

su férrea voluntad y agrandados por su metódica preparación, le conquistaran la gloria y la fortuna. El enemigo de Nelson, que a los diez años tañía la guitarra, que a los quince compuso una mazurca para cornetín y que a los veinte fundó nada menos que tres Sociedades teatrales, quiso ser filósofo, y se dedicó a pensar con todos sus redaños; mas convencido muy pronto de que la metafísica sólo engendraba en su cabeza neuralgias, dejó de pensar, y abandonó la filosofía por la literatura. Tan ahincadamente laboró en su nueva carrera, que en plena juventud dispuso de un arsenal de conocimientos maravillosos, y sin reventarse derrochando el cacumen, sin atormentarse zambulléndose en el mar de la ciencia, puesto que su tarea se redujo a cortar y a coleccionar. Y así, cortando y coleccionando con la agudeza, el tino y la hondura de los entendimientos superiores, llegó a saber que las focas de Terranova carecen de pelo; que Panamá es el nombre indígena de un pez que abunda en el mar Caribe; que una araña se come al día veintisiete veces lo que pesa; que las lechuzas no pueden mover los ojos; que Napoleón nunca le confió a ningún general chato una empresa de importancia; que el ópalo más grande del mundo tiene diez y siete onzas; que el pelo rojo es el que más tarda en caerse; que las jirafas,

siendo mudas, disponen de setenta centímetros de lengua; que en Berlín se paga al Municipio por tener gatos; que en Arabia hay una planta que hace reír a los que huelen sus flores; que tres mil quinientas abejas dan un peso de un kilo y que cada una produce media cucharada de miel al año; que en Tasmania hay perros que no ladran, y que en Noruega no hay conventos; que una mosca deja, en una sola estación, veinticinco millones de hijos, y que un topo devora en doce meses veinte mil gusanos; e infinidad de cosas más que, por lo útiles y sorprendentes, eran de un incalculable valor.

Pero Barciel, sin desdeñar la batalla periodística, dedicaba la espuma de su genio al teatro. Aspiraba a ser el regenerador del «género chico», y había planeado unas cuantas zarzuelas «a lo Ibsen», con tesis atrevidísimas. Tenía una en el telar, medio rematada, que la noche de su estreno provocaría el suicidio de todos los «currinches» dotados de algún decoro. Bajo el título simbólico *Las flores del jardín*, Galo demostraba que en el mundo—el jardín—hacía falta escoger con exquisita penetración las mujeres—las flores—, para que un enamoramiento irreflexivo no destruyese, con la felicidad, el alcázar cristalino del honor. La idea, bellísima y de cautivadora novedad, presentábase en algunas

escenas severamente engalanada con el estilo del moralizador, y se escondía en numerosos pasajes tras la careta del satírico, jocunda y burlona; mas se eclipsaba en determinados trozos, sin lustre y sin relieve, por deficiencias de la musa del regenerador, y estos eclipses peligrosísimos le aconsejaron al del rubí buscar la ayuda de Adolfo.

—Yo—le dijo una noche, después de hablar largamente de la zarzuela—tengo inspiración, y si me pongo a hacer quintillas tengo aún más, porque entonces disfruto de lo que los críticos llaman estro. En las quintillas y en las redondillas de sátira soy hasta un poco Juvenal, y levanto ampollas con mi fusta. Pero, en cambio, la poesía «sentida» no me sale, ni se me ocurren asuntos «sentidos». Pensamientos como el de la golondrina y el cardo—que, dicho sea entre paréntesis, podía servirnos para hacer una zarzuela monumental—no brotan en mi cabeza. Y versos con una medida rara que no sea de mi invención, no los sé escribir. Vea usted este «monstruo». Es para el dúo del Fraile y la Pimpinela, y me lo ha dado el maestro, que ha escrito ya la música. Oiga usted:

—Tengo un novio que parece un animal.

—Catapál.

—Y te digo que conmigo

No te vale tu prudencia genital,

¡So morral!

—¡Ay, Pimpinela de mi vidal
—¡Ay, sí
—¡Ay, Pimpinela de mi dulce amor!
Toma un suspiro,
Toma un suspiro,
Y dame una rosa
De Jericor.
—¡Amor!

—Suená—exclamó concisamente el provinciano.

—¡Que si suena! Como que es bárbaramente teatral. Pero, sin quitarle la teatralidad, ¿de qué modo se pone eso en cristiano? El Fraile se mete en el jardín detrás de los soldados de cuota, los toreros y los chulos del organillo, para robar unas flores. Entra uno de los guardas, Bruit, que es un elefante y simboliza el pudor, y lamentase con la Margarita de los escándalos que ocurren en la espesura. Viene después el Burro que se comió la vergüenza porque era verde, que declama unas redondillas preciosas, ofreciéndole su amistad al Fraile y que le recomienda a la Pimpinela, y en seguida, solitos la Pimpinela y el Fraile, principia el dúo... y pierdo yo la razón. Porque ¿cómo va a soltarle ella al frailazo lo de «conmigo no te vale tu prudencia genital», si el Fraile de la obra es más impudente que un mono? Pues ¿y lo del novio «animal», y lo del «catapal», y lo de la rosa de «Jericor»? Pero, amigo, hay que perdonárselo todo

al maestro por su «bonomaní» y porque es un músico de bandera.

Accedió Adolfo a surtir al autor de poesías y asuntos «sentidos» y prestóse a poner en castellano las herejías del músico de bandera, y esta colaboración y el servicio que le hizo al poco tiempo descubriéndole que no se decía «bonomaní» sino «bonhomie», acendrarón de tal suerte la amistad que le profesaba Galo, que éste no vaciló en revelarle el mayor de sus secretos y el de más importancia, porque en él fundamentábase la fe que tenía en el triunfo. Había insinuado Ureña que el talento del compositor tal vez les produjese unos miles de reales, y Barciel se echó a reír.

—El escandalazo—afirmó rotundamente—lo armará la letra, no la música, porque la letra es mía casi toda. Y esto no lo aseguro por humillarle a usted, que vale más que yo, lo declaro, sino por animarle.

Se dió unos golpecitos en las mejillas, y añadió, con ingenua petulancia:

—El misterio está aquí.

—¿En los carrillos?

—Debajo.

—¿Pues?...

—Se lo voy a decir, Ureña. Le quiero a usted fraternalmente y me fío de usted. Yo... soy un poco fenómeno.

Sonrióse modestamente, y prosiguió:

—Nadie lo nota, porque es difícil de notar, y yo, enemigo de darme pisto, me callo para no martirizar a los envidiosos. Pero... no soy un hombre como todos los hombres, amigo Ureña.

—¿Pues?...—repitió, quedándose boquiabierto el provinciano.

—Porque en vez de masticar con la quijada inferior, como usted y como el propio rey, mastico perfectamente con la superior.

—Pero ¡si eso es imposible!

—¿Imposible? Fíjese usted.

Tiró el gacetillero unos mordiscos al aire tan seguro de que movía la mandíbula superior, que Adolfo no le quiso contradecir, y continuó hablando triunfalmente:

—¿Se ha convencido usted? ¿Soy como los demás hombres?

—Y... ¿cuándo advirtió usted esa singularidad?

Galo volvió a reírse.

—Si lo gracioso es que no la advertí yo. Fué Rebolledo, que es más observador que el diablo. «Chico—me dijo un día después de comer—, enhorabuena.» «¿Por qué?» «Pues porque mascas con la mandíbula superior.» Me quedé frío. Y siguió Rebolledín: «Ya me había parecido que no triturabas los alimentos como los simples mortales... Pero... ¡como es tan prodigioso lo de masticar con la man-

díbula superior!... Y hoy he visto que sí, que masticas. ¡Enhorabuena!» Y me la dió de verdad, porque Rebolledín es un corazón de oro, y me enteró de que hasta la fecha sólo una criatura había masticado con la mandíbula superior: el celebérrimo escritor inglés Goldsmith, autor de *El viajero*, que no fracasó nunca, porque, según parece, los que disfrutamos de esa particularidad tenemos la virtud de seducir a los públicos.

Y Adolfo rióse por dentro de la cándida idiotez de su colaborador; pero, sin darse cuenta, con una fe aun más risible que la que envalentonaba a Galo, empezó a confiar en el triunfo de *Las flores del jardín*.

VI

El idilio, como todos los idilios, avanzaba sobre montones de rosas y escalas de sol, ansioso de morir dulcemente con el hartazgo matrimonial. Ureña había adquirido una golondrina de oro y esmalte, igual que el cardo, y besándola con delicadeza y ardor, a fuer de amante respetuoso y encendido, mientras Rosina acariciaba las flores de su planta alegórica, veía discurrir el tiempo, quemándose con plácida conformidad en la hoguera de la ilusión.

Una tarde, al entrar con precipitación en la jamerdana, porque se había retrasado, Luis, el siervo predilecto de don Beniamín, le detuvo para decirle que don Emilio aguardábale en el despacho del administrador, y Adolfo, con una intranquilidad que le hizo palidecer, penetró en el santuario de la catala. En el rostro impenetrable de Paredes alboreó una sonrisa, y aunque los ojos parecían maldecir en tanto que la boca festejaba, serenóse el provinciano y esperó calmosamente, dispuesto a la defensa.

—Tenemos que hablar despacio—declaró el accionista.

Ureña, invadido otra vez por el recelo, quiso aplazar la conversación:

—Si no es urgente lo que me ha de decir, hablaremos mañana. Ya es hora de ir a la tribuna.

—Usted no irá más a la tribuna.

El recelo del mozo se convirtió en pavor al oír la respuesta, y volvió a palidecer, imaginando que Emilio le llamaba para despedirle. Y como, por los vínculos familiares que le unían a su novia, era el único varón a quien acataba en el diario, en vez de replicarle altivamente le contestó con humildad:

—¿Tan mal lo hago?

Paredes, dándole una prueba increíble de amistad y benevolencia, se echó a reír.

—No, hombre, no. Lo hace usted admirablemente. Pero a usted hay que utilizarle en trabajos de mayor enjundia.

¡Le elogiaba! ¡El mal sujeto, la criatura de nieve, el amo desdeñoso, el hombre inquietador, le obsequiaba, primero, con una carcajada, como a un igual, y después, elogiándole con llaneza, le prometía su protección... ¿Por qué? ¿Para qué? ¿A cambio quizás de que rompiese con Rosina? Una ola de sangre inflamó la cara del «Luchador», y con

los puños apretados furiosamente contúvose para oír con claridad su sentencia.

—Ahora—prosiguió Emilio—no es oportuno tratar de tales pequeñeces. Le he llamado a usted, seguro de que es usted un caballero, para suplicarle una cosa y proponerle otra. Lo que le suplico es que no se asome al balcón, para evitar murmuraciones que perjudican a mi cuñada.

—Yo...—dijo roncamente Adolfo.

Pero el hombre de nieve, que en aquellos momentos era de brasas, le interrumpió con autoridad:

—Usted perjudicaría a mi cuñada si continuase el balconeo. Ya sé que le ha dado usted una lección a Tavorilla y al granujazo de Lasperte; pero el chismorreó continuará, y hay que impedirlo. Y hecha la súplica, voy a pasar a la proposición: ¿Quiere usted que le presente en mi casa?

Ureña, atolondrado, se figuró que no había oído bien. «¿Presentarle en su casa? Presentarle equivalía a sancionar el noviazgo. ¡Luego él!... Pero ¿y si se burlaba Emilio?» Mas la seriedad del accionista era absoluta cuando le preguntó, después de una pausa:

—¿No quiere?

Y entonces el mozo, turbadísimo, en una riolada de frases inconexas, nacidas de la unión de sus escrúpulos con su honradez, ver-

tió cuanto embalsaba en su corazón y en su cerebro: «El se había enamorado de Rosina seducido por su belleza... Su belleza de serafín, de azucena, de lirio, enloqueciéndole, había logrado hacerle olvidar que ella estaba en las cumbres sociales y él en los abismos. Luego, necia y dolorosamente, con la tontería de un cardo que ambicionara el amor de una golondrina, había seguido queriéndola; pero con un platonismo desesperanzado, con un desinterés tan grande como la resignación que le inspiraba la certeza de que nada los podía unir. El sabía que las princesitas no se apasionan de los pastores mas que en los cuentos, y ni en los instantes de más agudo delirio había pensado en un matrimonio que le diera gloriosa realidad a sus vesanias sentimentales.»

Paredes se burló un poco de él y de los poetas—hombrecillos apocados que sólo tenían imaginación frente al tintero y que cara a cara con las personas alebrábanse, desprovistos de toda fantasía—, y le animó hablándole con llaneza y bondad:

—Ni usted es un pastor ni mi cuñada una princesa. Claro es que Rosina, con su figura, con su virtud y con sus ocho mil duros de renta, está en condiciones de casarse con un muchacho de sólida posición; pero la solidez de las posiciones más firmes, ¿no se suele que-

brantar infinitas veces? ¿Y no vale más que un rico perezoso y abrutado un pobre activo y con sal en la mollera?... Yo afirmo que sí. Y porque lo creo no he contrariado las inclinaciones de mi cuñada, y la casaré con usted, a escape, si el trato robustece su cariño, como es de esperar.

Adolfo vivió desde entonces cual si soñara. Lo mismo que uno de esos príncipes que después de sufrir mil penalidades, encantados por el odio de una bruja, sálvanse merced al amor de una princesa que los desencanta, y gustan de todos los placeres que les robó la fatalidad, saltó el mozo de la miseria a la abundancia, de la obscuridad a la luz, de la melancolía al júbilo. Entró algo cortado en la casa de Emilio—que a él le pareció suntuosa como un palacio real—, y su timidez, acrecentada ante la hermosura matronil de Luz, la hermana de Rosina, hasta enfrió los primeros cumplidos que tuvo para la gentileza de su novia. Durante un rato no se preocupó mas que de esconder sus puños con grietas y sus tacones torcidos, avergonzado por el lujo que le rodeaba, y sin la ternura de su golondrina, que rendíase a él ante sus familiares con magnánima generosidad, no habría conseguido escaparse del potro a que le amarró su orgullo. Sin justificación, porque allí no había quien se lo lastimara. El criado, un solemne criado con li-

brea gris, que poseía unas botas con soberbios tacones, le ayudó a quitarse el gabán tan respetuosamente como si hubiera servido a un emperador; Paredes estuvo afectuosísimo con él, y la matrona—rareza increíble—le saludó ruborizándose y no le volvió a mirar mas que a hurtadillas y con un temeroso encogimiento. «A él, a un pobrete como él, le miraba con poquedad una señora que tenía la opulencia de Juno, que hundía sus zapatitos de hada en tapices fastuosos y que cubría el mármol de sus carnes con sedas, holandas y terciopelos.»

La extravagancia de Luz le sorprendió; pero su vida en aquellos días estuvo tan llena de acontecimientos sorprendentes y venturosos, que no tardó en olvidarla. Una tarde, al sonar las seis, metióse en la redacción el olímpico gerente; desahogó el hígado lanzando unas cubetas de hiel sobre los periodistas; acomodóse en su rincón; tosió con cien toneladas de riñones; moduló su pasmoso grito de pavo real—«¡Luis!»—, y al acudir el ordenanza, en vez de chillar: «¡Las puertas!», dijo:

—Que estos caballeros tengan la comodidad de marcharse, y el señor Ureña, que ha entrado en la administración, la amabilidad de venir.

Obedeció Adolfo, que encontróle menos encapotado, menos sibilino y menos omnisciente, y Andara—¡oh prodigio!— enseñó el do-

minó usado no para morder, sino para sonreír, y le tumbó de espaldas con unas pruebas de benevolencia tan absurdas en su boca como un escapulario en el pecho de un caimán:

—Señor don Adolfo Ureña, o amigo Ureña, o, mejor, querido Adolfo, que así es como le debo y le quiero llamar, puesto que va a ser mi sobrino: ante todo deseo manifestarle, con la sinceridad que ha informado, informa e informará todas mis acciones, que me felicito por su ingreso en mi familia. Y sentado esto le diré que debe ir... podando, sí, esa es la palabra, podando su camaradería con los redactores, gentezuela poco recomendable, a fin de que pueda desmocharla lo más pronto posible. Usted es ya de los nuestros, de los directores, no de lo dirigidos, y le conviene renunciar a ciertos afectos, si los siente, por desgracia. ¿Nos complacerá usted?

A Ureña le pareció injusto y ridículo el consejo, y decidióse a no aceptarlo; mas, por no reñir con el majagranzas, contestó afirmativamente. La entrevista, sostenida con afectuoso respeto por «el Luchador» y con indulgente amabilidad por don Benjamín, duró cerca de media hora, y por fin el tragavirotes, después de recomendarle con insistencia que viese a don Santiago, la remató con su pintoresco alarido:

—¡Luiis!... ¡Las puertas!

Don Santiago no estuvo amable ni le enseñó los dientes a la nueva potencia directiva, porque, pareciéndole esto poco, le mostró veinte veces el galillo con sus carcajadas y le obsequió con la espuma de su repertorio de gentilezas. El cómitre de ojos de dragón que dilataba las narices y partía las sillas a punta-piés, ensayando rugidos, para que ante él se inclinaran las frentes, habíase trocado en un compañero servicial y bonachón, en un alegre bromista, en un cordial amigo, en un afa-ble camarada, que en vez de estomagar con embustes vanidosos divertía con donaires y regocijaba con ofrecimientos cariñosísimos. Lo más substancioso de la conversación, como ducho parlamentario, hábil en graduar los efectos oratorios, lo reservó el hacendista para el final:

—Ya sabe usted—manifestó—que *La Independencia* todavía no es un gran periódico. Trabajamos en una tierra muy cansada, que necesita mucho mantillo de talento para producir y que no lo puede pagar equitativamente. Por eso usted cobrará por ahora setecientas pesetillas.

Adolfo, que cobraba setenta y cinco, se quedó estupefacto. Le ascendían a ciento cuarenta duros, le daban la enormidad de setecientas pesetazas—y no «pesetillas», como, em-

pleando un diminutivo de prócer, decía Lafón—, y aun les parecía poco.

—Hágale una visita a Marcos—dijo, despidiéndose, el director—, y trátele sin piedad. Y hasta luego, si viene usted. ¡Ah! Se me olvidaba. Que don Benjamín desea que haga usted poesías. ¡Déle usted gusto, Adolfo, que es una persona excelente! Y a mí... obséquieme con un favor. ¿Se acuerda usted del articulito de las avispas?

—Se referirá usted al de las abejas. «Mis abejas» se titulaba.

—Justo, sí, «Mis abejas». Bueno. Pues que vuelen esas abejas, y que claven sus agujones, y que inunden el periódico de miel. Yo no quise publicar el artículo, se lo declaro en confianza, porque Rebolledo, que es envidioso, al ver que usted triunfaba quizás se hubiera marchado.

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Claro, inocentón! Pero que se vaya, si le parece.

Al entrar en el despacho de Valdivia acordóse Adolfo de la primera vez que entró en la administración. Como aquella tarde, la catala, con su nariz ganchuda y sus ojos redondos sobre un montón de papeles, examinaba facturas y recibos; pero no le habló con sequedad y grosería, manoseándose la cresta, ni le forzó a esperar, sino que, levantándose de un

salto y mirándole con sumisión perruna, ofrecióle su asiento—el trono administrativo, que abrumaba con su majestad a los zullatintas—, mientras le adulaba con una serie de muecas de un servilismo prodigioso.

—Asiento, señor «de» Ureña. Tenga la bondad. Ya me han ordenado... lo que usted se figura. Sí, señor, señor «de» Ureña. Pero honre mi sillón, don Adolfo.

Honró el sillón el buen «de» Ureña, a quien parecióle tan justo apearle el tratamiento a la catala como consentir que el oficinista le sahumase con el honorífico «don», y encaróse con él, ocultando apenas el desabrimiento bajo la urbanidad:

—Oiga, Valdivia: me hacen falta unos cuartos.

—¿Nada más que unos cuartos, don Adolfo?

«El Luchador» miróle desde las botas a la cresta altivamente, y replicó:

—Y usted, ¿qué sabe a lo que yo le llamo unos cuartos?

—¡Ah, ah, qué bueno!—chilló entre chorretadas de risa el administrador, como si hubiese oído un chiste admirable—. ¿A qué le llamará unos cuartos don Adolfo? ¿A dos mil pesetas, por ejemplo?

Otra vez se quedó pasmado el mozo. «¿Dos mil pesetas?... ¿El mismo que se negó a entregarle quince por su rondel le ofrecía dos

mil? Y sin morderle, sin protestar, sin gemir siquiera ¿se las daría aquel miserable?» Pero el miserable no había acabado:

—¿Es poco?—exclamó tomando por una repulsa el silencio del joven—. Le puedo facilitar hasta tres mil cuatrocientas pesetas. No hay más en caja.

—Sobra—dijo Ureña con un leve temblor en la voz—. Me arreglaré con dos mil.

—Ahí van. Un billete de mil, otro de quinientas y cinco de cien.

Se despidió con un saludo más seco que un esparto, y con los billetes en el bolsillo del pantalón, por miedo a que le robasen la cartera, corrió hacia la calle. Luis, que le acechaba en el portal, le detuvo. Era un zampartotas andaluz—hijo de uno de los electores de Andara—, que había venido a Madrid para hacer fortuna, y don Benjamín le protegía a su modo. Cuando llegó hizo que le admitieran en un establecimiento de pompas fúnebres, y manejando féretros y escoltando difuntos se ganó la vida una temporada. Pero Luis, doncel poco providente, bastante veleidosillo y muy superficial, no se preocupó de adquirir el severo empaque exigido por su cargo, y para que en los entierros no mayara «javeras» como un «calorri» ni se echara a un lado la peluca como si fuese una monterilla, expulsó su patrón. En el domicilio del gerente, donde fué

colocado de ayuda de cámara, portero y mozo de comedor, no se atrevió a cantar; mas su altruísmo aconsejóle convertir a las doncellas y a la cocinera en amas de cría, a fin de que mejorasen de acomodo, y «Anduviera», velando por la moral, metió a la finísima alhaja en el estuche de la redacción.

—Norabuena, don Adolfo—dijo plantándose frente al periodista—. Me he enterao, y lo selebro. Ya me ha dicho el arministradó que cuando yeve agua se la dé a usté antes que al propio señor Espina. Yo me alegro. ¿Pa qué voy a desí otra cosa?

Y todos, excepto Rebolledo, Barciel, don Bebe y Montursi, que se alegraron de verdad, felicitaronle como Luis. No obstante, el crítico, el chulo informador y Távora procuraban hablar con él lo menos posible; don Benjamín le contemplaba cogitabundo algunos momentos, y los demás le acogían con la temerosa reserva que suelen inspirar los amos. Pero «el Luchador» nada notaba. Con una alacridad que triplicábale el talento, encarcelaba los condores de sus ideas poéticas en los relicarios de oro de sus sonetos, y, aplaudido por Lafón, hacía que sus abejas zumbaran en las columnas del diario. Las mismas abejas que le rechazaron un día libaban el jugo de las mismas flores que fueron pisoteadas en la redacción: los crisantemos luctuosos, los pensa-

mientos funerarios, los eglógicos miosotis, las rosas lujuriosas, las campanillas inocentes, las violetas púdicas... Mas los insectos periodísticos eran alabados, y lo de llamarle miosotis, como un griego, a las pamplinas parecía un rasgo de erudición, y lo de calificar de lujuriosas a las rosas y de púdicas a las violetas encomiábase como un refinamiento de poesía. Ya Adolfo nada tenía que ver con el «Esaú» detenido por demente, ni con el Ureña creador de «Don Nicolás Gansos», becado y escarnecido por idiota. Adolfo, caballero proficiente destinado a disfrutar de mil sinecuras, había triunfado por el prestigio de sus bigotes, por la esbeltez de su talle, por el encanto de su labia, y como su victoria le ponía en condiciones de perjudicar, merecía respeto.

El victorioso—que hallábase un poquitín desvanecido, pero que conservaba la blandura de corazón—, acordándose de que Barciel no sólo le había hospedado, sino que se brindó a prestarle el rubí para que lo luciera la tarde de la presentación a su golondrina, al cambiar de alojamiento le regaló cien duros para que no le doliese tanto su marcha, y rogóle que le permitiese obsequiar con una sortijuela a Conchita. Mudóse, gracias a Galo, que encontró dos piezas lujosas, a la calle de Peligros; se equipó en la sastrería del vapo-roso y lánguido Luisito López de Paredes,

que le escogió un gabán despampanante y unos chalecos atortoladores, y con tan experto profesor, que dióle algunas luminosas conferencias sobre el modo de llevar el frac, de anudarse las corbatas y de ponerse de una traza distinguida los guantes, comenzó a recorrer los lugares frecuentados por el señorío.

Las tardes las pasaba junto a Rosina, en un saloncito desde cuyos balcones se veían, cuando los de la redacción estaban abiertos, el retrato de Pi y Margall, la mesa del pestífero redactor-jefe y el busto de don Boni, que, con una laboriosidad silenciosa de buey, araba cuartillas, y el retrato, la mesa y el busto hacíanle sentir al «Luchador» el placer egoísta del viajero que frente al mar, desde una alcoba tibia, asiste al combate de los marinos contra las aguas encrespadas.

Luz pasaba cortos ratos en la habitación leyendo folletines casi siempre. La matrona no era tan hermosa como a primera vista habíale parecido. Tenía los pechos papandujos, api-longados los párpados y sin lozanía la tez. y unas hebras cenicientas maculaban en los aladares la negrura de sus cabellos, que raleaban ya en las sienes. Igual que el día de la presentación, la Juno seguía ruborizándose al saludarle, hablaba con molesta parvedad y le miraba de reojo, escrutadoramente y de una manera enigmática: con lástima, con desdén,

con piedad, con temor, con agradecimiento... Ureña, buscando un resplandor que le permitiese esclarecer sus dudas sobre los pensamientos de la tácita señora, afanábase para mezclarla en sus diálogos; pero estos intentos, sollispando a Luz, inducíanla a retirarse.

El resto de la familia no encocoraba mucho a los prometidos. Luis, que levantábase tarde, no los favorecía nunca con su presencia; el gerente sólo hacía una visiteja semanal—y de médico—, «para perfumarse—según decía madrigalescamente—con los capullos del idilio, que se transmutarían en rosas al calor del próximo epitalamio», y «John» no entraba con excesiva frecuencia en el saloncito para gruñirle con ferocidad al novio. Algunas veces irrumpía en la estancia Emilio, y dejábale entrever a Ureña las sinuosidades de su carácter ignífero y helado, aspérrimo y dulzarrón. Unos días, respetando la amorosa plática, espiábalos cauteloso, con un gesto dolorido de envidia y de celos, que alargaba sus labios como un hocico de animal de presa, y otros interrumpía la parla y bromeaba con Rosina, besuqueándola y manoseándola con la inocente libertad de un abuelo.

—¿Pero no te da vergüenza, muñequilla?—exclamaba, dándole azotitos en lo más pomposo de su persona—. ¿Para qué te quieres

casar, si eres un «bebé» de escaparate? ¿Es que vas a servir para el matrimonio?

La muchacha, temblorosa como una llamita, debatíase entre sus brazos, insultándole con una risa poco sincera:

—¡Suéltame, Emilio! ¡No seas bárbaro! ¡No te luzcas! ¡Si no tienen gracia tus atrocidades! ¡Ea, déjame, que me lastimas!

En una ocasión estuvo Paredes tan pesado, que la golondrina, después de golpearle con sus puñitos para que no la sobara, en un segundo en que la cólera la dominó, le pidió auxilio a su novio:

—¿No me defiendes?—gritó—. ¿Te da miedo?

¿Miedo?... Aun vibraba el vocablo deshonroso, y ya «el Luchador» había avanzado de un bote, con la elasticidad de una pantera, hacia el ofensor de la mocita, con una bruma en el cerebro que imposibilitábale para reflexionar. ¡Y qué carcajadas acogieron su arremetida! ¡Con qué clarineos la celebró Emilio y con qué tierna jocundidad de campanillita de custodia la agradeció la muchacha!

—¡Mira, mira si tengo quien me defienda!—le dijo nerviosamente a su cuñado, entre borbotones de risa.

Y Paredes, riéndose también, y con tantas ganas que se hundía las uñas en la carne para dejar de reír, replicó, encarándose con Adolfo:

—¡Qué bruto! ¡Pues no me quería pegar!...
¡A que llamo a «John» para que lo despedace!...

Rosina, en calma ya, protestó:

—Muy bonito. Necesitas que te proteja el perro.

—Como tú necesitas que te ampare tu novio, cobardona. ¿Qué te figurabas? ¿Que pelearía yo con él, siendo un redactor de mi periódico? ¡No, caray! Que emplee la fuerza que saca de mi dinero en reñir con «John».

Ureña le escuchaba atolondrado, sin saber si aquello era una chanza que debía aplaudir o un ultraje que debía castigar; pero una comedida y cuerda interpelación de Paredes restauró el equilibrio en su espíritu:

—¿Pero qué le ocurre, hombre? ¿Qué cara es esa? ¿Se imagina que voy a llamar al «bull-dog»? ¿Es que con usted no se puede chancear?... Lo lamentaría, porque yo, que soy muy serio con los extraños, con los míos soy muy bromista. Y a usted le miro como si le hubiese engendrado mi padre.

Adolfó se avergonzó de su arrebató y declaró con rendida cortesía que sólo se había propuesto seguir la broma, y que cortaríase la lengua si ofendiese a su protector, y la mano, si se levantara contra él. Mas no quedó satisfecho. «¿Qué animal selvático y ferocísimo agazapábase en sus entrañas, preparado a tru-

cidar al que despertase su ira? ¿Por qué entenebrecía su alma aquella bestia negra, incubadora de pensamientos dañados, de ciegos ímpetus y de celos innobles? ¿Qué monstruo habíale hecho ver su fantasía en Paredes, tan honrado y tan benigno?... Aquel caballero, que le duplicaba la edad a su Rosa, la había criado como a una hija. Ofenderse porque le demostrara paternalmente su cariño era una indignidad de malsín.»

Pero quería tanto, tanto, a su Rosina... Percibiendo el calorcillo de su cuerpo, fragante como un jardín, y hundiendo la mirada en sus pupilas, quedábase embebecido, con un mutismo de encanto, o charlaba horas y horas contándole impresiones, descubriéndole proyectos, confesándole flaquezas... Así, a retazos, sin ilación, narrándole unos días desventuras de su infancia y dolores de su adolescencia, con la simplicidad con que su memoria los resucitaba, y hablándole otros de lo que sus luchas futuras le debían producir, no quedó un recoveco de su vida anterior que no conociese la novia, ni una esperanza de la que no participase. Adolfo estaba seguro de que su existencia había de ser muy fértil en bienes, porque todo cambia, y porque él, que hasta entonces sólo pudo registrar desdichas, sabría labrar su destino con los irresistibles martillazos del esfuerzo. «Su juventud había

sido una pesadilla. Cuando murió su madre, recogióle un pariente de la infeliz mujer, sujeto de una sórdida vulgaridad, que le robó hábilmente su fortuna y que le trató como a un advenedizo. No olvidaría las maulas del avieso camastrón, ni la crueldad de su prole, roñosa y fullera, que mirábale como a un lacayo, ni la rigurosidad de aquel pueblucho, criadero de tresillistas holgazanes, pelantrines borrachos y hembras gorrinas, que burlábase de él porque prefería estudiar a partir faroles a pedradas, defender solos, cortejar a rústicas doncellas y enriquecer a taberneros merdellones.»

La golondrina manejaba también el piquito para sacar a la luz sus recuerdos. Mas salpicaban su vida tan escasos incidentes dignos de contarse... «Una vez se desbocaron las yeguas de su coche; otra vez se cayó al salir del Real, y se despuntó un colmillo; otra—eso fué muy gracioso—le tocaron veinte duros a la lotería, y los acababa de cobrar cuando se los quitó un ratero... Y no podía referir más aventuras. Su tío Andara las había mimado mucho. Emilio, muy dadivoso, pero hombre de orden y de pesquis, había aumentado el caudal.» Y aquí terminaban sus confidencias. De cómo vivían, de cómo eran la matrona y su marido, de cómo se trataban en las intimidades del hogar y de cómo mirábanla a

ella el hombre de pesquis, la gorda Luz y el esbelto Luis, no se le ocurrió nunca decir una palabra a Rosina, que contestaba evasivamente si en sus inquisiciones referíase a tales puntos su galán. «¿ De qué modo quería que fuesen ? ¿ De qué modo quería que la trataran ?... Eran amables y buenos; llevábanse bien; hasta Luis—el más díscolo, a pesar de su alcorzamiento exterior—, transigía con sus caprichos, lleno de benevolencia... ¿ Qué iba a ocurrir en una casa donde no había preocupaciones y donde se le rendía culto a la honorabilidad ? »

Lo de culto a la honorabilidad, por desgracia, no tardó en ser desmentido. Hallábase Adolfo en uno de sus instantes de embellecimiento, refrescando su mirada en los lagos de miel de la golondrina, cuando un singular estrépito los sorprendió. Oían un sordo jadeo, un angustioso patalear, unos ahogados gruñidos de lucha.

—¿ Qué es ?—preguntó Rosina palideciendo.

Y antes de que su novio la pudiera tranquilizar, bramó una voz enronquecida por la cólera :

—¡ Suelta !... ¡ Tira el cuchillo, «sarasa» !

—Es Pedro—exclamó la mocita.

Salieron a escape, y en el pasillo vieron al solemne criado que, perdida la solemnidad y en la actitud de un púgil, vomitaba blasfemias

e insultos, y a Luis, que, con huellas de sus garras en la camisa rota y en la pelambre revuelta, no parecía entonces un efebo quebradizo, sino un demonio, en cuyos ojos erraban las chispas del asesinato.

—¡Cállate!—barbotó esgrimiendo un puñal que había cogido de una panoplia.

Y como el criado, loco de indignación, seguía acusándole de sodomita en los términos más desgarrados y soeces, con una rabia que centuplicaba sus fuerzas saltó sobre él para apuñalarle. Pero el de la librea, que había reculado ante el acero, al ver que su enemigo le acometía, se transformó. Todos los oscuros instintos, toda la feroz animalidad de la vieja raza humana resucitaron en él, y, como si viviese en los tiempos prehistóricos, en un socavón del mundo—todavía aterido bajo los hielos, sin luz de inteligencia y de belleza—, huyendo de los monstruos que con un simple movimiento de su cola le podían triturar; atacando a las bestias con sus uñas y sus quijadas de bestia; como si la necesidad, el trabajo y el dolor de miles de generaciones, al través de los siglos, no hubiesen inventado con los instrumentos que sirven para hermosear la vida los útiles para contener, herir y matar, recordó que sus mandíbulas brindábanle unas armas cortadoras, y se aproximó de un salto al señorito, y, como un mastín que sigue el

vuelo de una mosca y la coge en el aire, esquivó una arremetida y ágilmente, estirando el cuello con la rapidez de un resorte, de una dentellada le arrebató el puñal.

En el suelo y bajo las botazas de su vencedor, hubiese perdido el boquirrubio la lindura de sus facciones, porque el pasmo no le consentía a Ureña socorrerle, si la oportuna llegada de Trinidad no le hubiera librado del que le heñía a puntapiés. El favorito de «John», para no gastar saliva en balde, cogió al criado por el pestorejo, llevóle en volandas cual si fuese un perrillo, y le tiró por las escaleras tranquilamente.

Después, encarándose con Luis, murmuró con respetuosa cortesía:

—Ha debido usted pincharle. No se puede ser tan bueno, señorito Luis.

«No, no se puede ser tan bueno», afirmaba el mozalbete, otra vez lánguido y vaporoso, dándole la razón. «Por haberse confundido, tomando su benevolencia por debilidad y su tolerancia por temor, había pensado aquel siervo miserable que le estafaría amenazándole con la calumnia. Pero a él le encorajaban las amenazas. Ya estaría convencido el calumniador.»

Estas aseveraciones, que sólo para tranquilizar al «Luchador» dejaba caer el de los versos «delicuescentes», ni siquiera achicaron la

impresión terrible sufrida por Adolfo. «¿ Con qué vil gentualla convivía su novia? ¿ Sobre qué légamo tenía que levantarse con sus alas impolutas? ¿ Qué abominaciones ocurrían en aquel hogar, asilo de su candor?» Socarrado por el fuego de las sospechas, inquirió pesadamente, con taimada astucia; pero la doncella, que no sabía más que un pajarito sobre las bellaquerías que insinuaba, le desconcertó repitiendo como si fuesen palabras inocuas algunos de los terminachos que voceó el de la librea, y acabó por romper a llorar, herida por el cilicio de la interrogación. Y aquellas lágrimas, que aproximaron más que todos los juramentos los corazones de los novios, juntaron sus bocas por primera vez.

—¿ Qué piensas de mí?—le preguntó luego la muchacha, aun estremecida y ruborosa—. Me das pavor. ¿ Qué temes que yo no alcanzo a comprender?

Y Adolfo sintió hasta remordimientos, y se propuso arrojar de sus entrañas al espíritu vil de las conjeturas infundadas, los ímpetus temerarios y los recelos ruines. «¿ Por qué atormentarse con barruntos de una insensatez villana, que a cada paso destruía la realidad con sus confortadoras demostraciones? ¿ Por ventura había algo podrido en su imaginación? ¿ No podría él apoyarse para vivir en la sanidad de su alma?» Pero el miedo a que se la

encapotase la prosperidad, por una de esas ironías que con tanta frecuencia lesionan a las criaturas, pasó. Olvidado el penoso incidente de Luis, Emilio fortaleció su confianza dándole prisas para la boda. «Llevaban dos meses de relaciones—una eternidad para él, enemigo de que le encasquetasen gorros—, y convenía ir pensando en la terrible golosina de la bendición del cura». Andara le hostigó también, recomendándole de nuevo que visitara a don Santiago, el cual hizo que Valdivia le anticipase quince mil pesetas, y mimado por familiares y camaradas comenzó a enriquecer su nido, ya sólida y lujosamente puesto. Aquellos días, Ureña, zamarreado por mil impresiones, hundido hasta la garganta en miel y atolondrado por el mismo zumbador aleteo de la felicidad, vivió como en una nube. A Barciel, que estrenó en la Zarzuela *Las flores del jardín* y que fué aplaudidísimo por la escena sentimental del Cardo y la Golondrina y frenéticamente aclamado por el dialoguillo juvenalesco del Fraile, el Burro que se comió la vergüenza, y la Pimpinela, le obsequió con un manojo de claveles cuyos tallos agobiaban monedas de cinco duros; a don Boni, que había heredado treinta mil pesetas, le regaló un cofrecito de plata repujada para que las guardase; a Garcés, que había roto el bastón en uno de sus torneos, forzóle a aceptar una caña magnífica;

a Tobalito le vistió de pies a cabeza para que no fuese siempre cohibido bajo sus arreos de «botones», y frente al «Galgo» con sus águilas de Upmann y al «Caracol» con sus tirillas cadavéricas, ablandóse más de una vez.

Tan grande era su misericordia, que a Távo-ra y a Lasarte, que se encomendaron a su generosidad, los socorrió sabiendo que le calumniaban, y tan firme era su benevolencia que ni Orellana se la hizo perder. A raíz del aprieto en que le puso la celebérrima invención de «Esaú», no se vengó del farsante, porque su venganza, al descubrir la verdad, habría inutilizado los ladinos planes de Rebolledo; mas juró castigar al trapacista con tal dureza que no olvidara nunca la sanción. No había vuelto a ver a tiro de sosquín o de saliva-zo al vendedor de nubes, que le huía escamadillo, y sorprendióse al anunciárselo Luis en la redacción. Silverio Orellana, el madrileño casado, castísimo, bebedor, pobre y millonario, no debía de explotar por aquellas fechas más que el negro de hollín, porque su rota camisa, que seguía siendo de algodón, no se arrugaba orgullosa bajo un chaleco de terciopelo, sino que avergonzábase bajo un chalequín de alpaca, que no se reía, como su antecesor, del engreimiento de la cadena de oropel.

—Don Adolfo—dijo otorgándole el «don»

que merecía su ascenso en la escala social y fingiendo que se enjugaba una lagrimilla—. Aquí me tiene usted... Aquí tiene usted a esta carne para que la corte como un cuchillo. Pero no vengo por mí; vengo por mi mujer, que es mi honor, mi vida y mi gloria. Usted, que se va a casar con una azucena, está en condiciones de comprenderme.

Después de este proemio vino una desgarradora historia. «La deplorable irreligiosidad de Madrid había agotado el filón de los milagros de San Isidro, y su asombroso estudio producía menos que la chamarasca poética de los *telarañistas*... Para afligir a los verrugos que enriquecíanse estafando a la parroquia de los cafés, y para alimentarse al mismo tiempo, representaba con cierto garbo un sainetillo que no carecía de donaire. Metíase en los lujosos; cenaba, burlándose del aliño de los platos, a fin de azorar a los camareros; salía, sin que nadie le detuviese, porque dejaba en prenda a su esposa, y luego no sólo le permitían marcharse a su mujer, al verla gemir, intranquila, por la tardanza del marido, sino que elogiábanla por su ternura conyugal. Pues bien: descubierto el vengador artificio, su costilla—¡tan señoril!—lloraba—¡y esta vez sin que la elogiasen!—bajo las uñas de un camarero, y sucumbiría de vergüenza, entre rudos polizontes, en el Argel de la horrible delegación.

si él no la rescataba». Adolfo, asqueado, renunció a limpiarse las botas en el nalgatorio del charrán, y recordando que gracias a su embusterísima vena fué el «Esaú» que le llevó a ser vecino de su rosa y que le puso en el sendero de la felicidad, le despidió entregándole un billete.

Y llegó por fin el día de la boda, y «el Luchador», que ya era «el Vencedor», vióse en la iglesia rodeado por escritores célebres, periodistas notables y políticos de fama, y oyó el «sí» animoso de Rosina, y el rumor del discurso con que el obispo edificó a los invitados, y hallóse después en la casa de su familia, en el severo comedor y en los suntuosos salones, y recibió enhorabuenas y agradeció plácemes y devolvió sonrisas. Tan turbado estaba y tan dentro del corazón y de los ojos tenía la imagen de su novia, que no reparó en la nerviosidad de Emilio, tan helado siempre, ni en la pesadumbre excesiva de la matrona, ni en la solemnidad de Andara, que lucía más cruces que un domador de leones, ni en el gracioso pergeño de Barciel, que presentóse con una levita tan holgada como si llevase a «Barbarroja» en su pecera, entre los faldones, y se lo fuese a sacar por el chaleco, a estilo de prestidigitador. Acompañaban a Galo don Boni—más premio de belleza que nunca con su ostentoso atavío—, Rebolledín, que estrena-

ba su levita, y Garcés, que se presentó tarde en la iglesia y que pasmó a los caballeros y amedrentó a las damas con la variedad de los verdugones morados, verdes, negros y pajizos que dábanle a su rostro el aspecto de una careta de salvaje.

La aventura que así le había hermoseado, prolijamente narrada, fué lo único que por algunos instantes sacó a Ureña de su hechizo: «El tenor que se ganaba los garbanzos mugiendo zarzuelillas, el *vivíparo patihendido de cuatro estómagos*, había *bordado* el papel del Burro que se comió la vergüenza, en *Las flores del jardín*, y él lo dijo honradamente, y hasta añadió que atizando cornadas se luciría más que repartiendo coces, convencido de que este aditamento engrandecía el elogio. ¡Sí, sí!... Horas después, en una escuela que hacía también merecedor del título de guarro, le demostraba el tenorcete que la humanidad es desagradecida y anunciábale una soba descomunal. Y aquella tarde, sin retroceder ante su ropa, que era de gala y no de pelea, le había agredido, como si no se hubiesen hartado de aporrearse el día anterior».

—Y ¿para qué?—agregó—. ¿Para llevarse lo suyo?

Cuantos le escuchaban, contemplándole la «careta», pensaron que «lo suyo», lo del tenor,

era el pellejo del crítico; mas éste prosiguió imperturbable:

—Es forzudo y no es blanco, y me atizó con un garrote pavoroso; pero como no sabe ni la A en esgrima y yo domino la polaca, ¡pin, pin!, le desvirtué todos sus leñazos, y ya ven ustedes: en la cresta, ni me tocó.

Terminada una gustosa refacción, retiráronse casi todos los invitados, y por la noche, más humana sin la albura resplandeciente de sus azahares y sus sedas, Rosina—que con los arreos de novia semejábase a un serafín—presidió una cena de la que sólo disfrutaron los de la casa, don Benjamín, la respetable estantigua que compartía su lecho y don Santiago. Llegó después la escena de las recomendaciones, no muy pesada, porque el gerente se limitó a advertirle a Adolfo que se había comprometido a defender y a amparar a su sobrina; vino el capítulo de la separación, sobrio, sin muchos gemidos ni muchas lágrimas, pero con un raro ardor en las pupilas y con una singular angustia en los abrazos, y por último, Andara y su mujer dejaron en su nido al joven matrimonio.

En el cuarto no los aguardaba más que Isabel—una vieja, especie de ama de llaves, que del domicilio de los Paredes se había trasladado al de Rosina para regir a la servidumbre—y la novia, que, muy pálida, estremecía al leer

las invitaciones que fulguraban en los ojos impacientes del marido, se entretuvo un rato con ella. Pero en cuanto dijo Isabel que la cocinera y las doncellitas ocuparían sus puestos por la mañana, que todo hallábase en su punto y que ninguna preocupación debía molestar a la señora, apagóse la conversación, y la golondrina, sin recursos para prolongar la espera, vióse obligada a seguir a Adolfo.

En el umbral de la alcobita tuvo un instante de medrosa vacilación.

— ¡Todavía no! — suspiró quejándose—. Anda, charlaremos un poquito. ¡Sé bueno!

—Pero, alma mía, ¿qué temes?

—De ti, nada. Si yo sé que no hay hombre como mi maridito... Si nadie tiene su nobleza ni su delicadeza...

—Lo que nadie tiene es un corazón tan locamente enamorado como el mío. Tan ardiendo está por ti, que me achicharra el pecho y me enciende la sangre y me la convierte en luz... ¡Algunas veces me figuro que me voy a consumir ardiendo como una antorcha!... A ese peligro es al que le debes temer.

La cogió en brazos, y besándola con precipitación frenética y con reposada dulzura, como un amante rijoso y como un marido tierno, entró en la estancia. La golondrina, con los labios golosamente alargados, pero con la pureza de una pequeñuela mejor que con la

voluptuosidad de una mujer, recibió agradecida la cálida lluvia, y de repente, conturbada por un mansísimo dolor de renunciamento, que la sacudía sin manifestarse en la tempestad de los sollozos, rompió a llorar.

—¡Quiéreme mucho! — gimió abrazándole convulsivamente—. ¡Quiéreme, que no me han querido nunca! ¡Nadie, nadie me ha querido! ¡Ya ves si soy pobrecita!

Adolfo no contestó con palabras, sino con besos, y aplastó su boca sobre la de su golondrina para beberle el alma, y deleitóse al catar el agridulce jugo que vertían, colmados por la zozobra del pudor, los bellos y apacibles lagos de miel.

—¡Quiéreme mucho!—repitió la novia—. ¡Siquiera porque soy muy pobrecita y no he querido a nadie más que a ti!

—¡Pero, mi gloria, vida mía, no llores tú! ¿No estás con tu marido? ¿No te idolatró?

Y la volvió a besar, porque no encontraba términos suficientemente expresivos para animarla y porque sus ojos nublábanse también. ¿No era cosa de milagro lo que le acontecía? Tres meses antes estaba en un vertedero, junto a un cómico monstruo al que le crecía la cabeza y en la vecindad maloliente de unos ratones, privado de dinero y de amor, y ahora lo tenía todo: una virgen que le adoraba, una pingüe hacienda, una sólida posición en

el mundo... Sus pies se hundían en un tapiz más blando que los vellones de un corderillo, su cuerpo acomodábase entre sedas, y sus miradas, después de inflamarse con el fulgor del oro, apagábanse en la blancura del lecho, adornado como un altar. Y la visión del lecho, espoleando sus apetitos viriles, le infundió la audacia precisa para que sus dedos temblorosos, con gustosa violencia, desalojasen los botones y desamarrasen las cintas con que el pudor le cerraba el paso a la fecundidad.

Rosina, que, llena de perplejidad, no se había opuesto a sus manipulaciones, al verse sin blusa, en la semidesnudez del corsé, protestó espantada:

—¡No, no!... ¡Todavía no!... ¡Luego, Adolfo!...

Mas Adolfo, deslumbrado por la nitidez de un cuello de azucenas y por la albura de unos hombros delicadísimos, siguió apartando obstáculos con redoblada precipitación.

—¡No, por la Virgen!... ¡Por tu madre, Adolfo!... ¡Espera!... ¡Tenemos que hablar!...

¿Hablar, pudiendo besarse, enlazarse, confundirse, arder en una divina llama que hiciera uno de sus dos cuerpos?... No; ya no se debía hablar. Y, sin escucharla, sorbiéndole en los labios las súplicas, las protestas, los quejidos del miedo y las reclamaciones atribu-

ladas de la pudicia, próxima a morir, rasgó encajes y presillas, y soltó lazadas, y tiró de cordones, y, de pronto, mal sujeto el cumplido corsé, estiróse, abultándose como si fuera a estallar, y se abrió, impelido por la masa que oprimía, y saltó entonces de su cárcel, con la elasticidad de una pelota, un vientre túmido, enorme, puntiagudo, que se desbordó palpitando, al empuje de la vida que albergaba, entre los sollozos y los gritos de la novia, que con sus manitas procuraba contenerlo.

«El Luchador» estuvo algunos instantes pasmado, sin caer en lo que aquella deformidad significaba y sin explicarse la actitud de Rosina, que, a sus pies, con el rostro descompuesto, impetraba piedad.

—¡Perdón!... ¡Perdóname!... ¡Ten lástima!... ¡A nadie he querido más que a ti!

«¿Perdón?... ¿Lástima?... ¿Por qué?» Eran tan grandes su asombro, su turbación y el envedijamiento de sus ideas, que no comprendía. «¿Perdonar?... ¿Qué falta, qué crimen?» Pero la pelota desbordada y palpitante, el baldón irrisorio de músculos y piel, el picudo vientre, de una fealdad afrentosa, abovedado por el corpezuelo de su inquilino, parecía contestarle con su rotundidad desvergonzada y viva, y de súbito rompió la obscuridad de su cerebro una molécula de luz, y se

agrandó hasta convertirse en una llama, que con claridad escalofriante le hizo comprender.

—¡Perdóname, por caridad!—continuó implorando Rosina—. ¿No tendrás lástima de mí?

«Y de él ¿quién la tendría?» Levantóse, apartándola de un empujón, con un ímpetu de bestia castigada que procura huir, y gritando roncamente sin hablar, vacilando, con gestos de loco, sacudido por una angustia que le arrancaba silbidos a su laringe reseca y que obligábale a manotear como si se asfixiara, recorrió la habitación hasta que el bailoteo de sus músculos derribóle en una silla. Relámpagos de ideas cruzaban su imaginación. «No era la muerte aquello; era algo mucho peor que la muerte: era la deshonra, la befa, el vilipendio, la burla, el escarnio... Le habían elegido para tapar sabía Dios qué puercas abominaciones, y los muy viles no le habían cazado con el espejuelo del interés, como a los pillos, con quienes hay que pactar, sino cogiéndole por el corazón, como a los tontos, a quienes se engaña sin riesgo. Y él—¡pobre mentecato!—lo llenó con todas las ascuas de su fantasía y lo puso ardiendo sobre aquel frío montón de podredumbre.» Anonadado, aplastado, dispersas sus energías, sin valor para moverse ni fuerzas para llorar, se quedó fijo en su mujer. Veíala entre nubes de plomo, huyendo de un

sátiro que la alcanzaba y que la poseía; en el saloncito de Paredes, entregándose a Trinidad y a «John»; en una honda caldera, prostituyéndose a un jorobado con patas de araña; en un camino, bordeado por esqueletos de árboles a los que se enroscaban serpientes ciegas que escupían ceniza, comerciando carnalmente con un monstruo de pezuñas de buey y cuerpo de caimán, que tenía las facciones de Andara; en un cuartel, en una sima, en un arroyo, en un prostíbulo... Y en todas partes, la meretriz, con el rostro enharinado y lleno de lunares de tinta, con los senos teñidos de escarlata y con los pezones sangrientos, se retorció lujuriosamente, en posturas de una lascivia morbosa, con hombres, con brutos o con animales monstruosos de pesadilla. Luego, en su desvarío, vió con la diafanidad de los alucinados que el vientre se hinchaba, que trocábase en una pústula inmensa y que, transparentándose, permitía divisar a un personaje de pus que semejábase al sátiro, al perro, a la araña, a los monstruos y a los hombres, y, vencida su afasia por el pavor, dió un alarido y comenzó a hablar entre sollozos.

—¡No, no puede ser!—gritó con un dolor frenético—. ¡Es que he perdido la razón! ¡Sería demasiado infame, demasiado infame, demasiado infame!... ¿Verdad, Rosina? ¡Dílo tú!

—¡Perdón!...

Rechazó la palabra con un alarido sobrehumano, desgarrador y tembloroso.

—¡Nooo!... ¡No!... ¡Perdón, no!... ¡No lo pidas!... ¡Díme que estoy loco!... ¡No pidas perdón!

Apretaba los puños sobre la cabeza de su mujer, con los ojos encarnizados y la respiración estertorosa, y la rabia, que iba invadiéndole al oír sus plañidos, le empezó a aconsejar.

—¡Dí que eres deforme!—exclamó.

—¡Adolfo!

—¡Dílo!—rugió zamarreándola—. ¡Dí que eres una enferma repugnante! ¡Dí que ese asqueroso vientre es una enfermedad, no un crimen! ¡Habla, habla!... ¡Eres una enferma, una repugnante enferma, pero nada más! ¡Eso está vacío! ¡Porque si no... ¿comprendes?..., si no, lo vaciaría yo ahora! ¡Como Dios está en el cielo! ¡Lo vaciaría, lo vaciaría!

—¡Mátame!—gimió la muchacha—. ¡No me quejaré! ¡Besaré tus manos! ¡Lo merezco, por mi hipocresía!... ¡Pero callé porque temí perderte..., y te adoraba y te adoro!

«¡Le adoraba!... Aquel pecinal de carne, a cuyo lado la más vil ramera habría parecido honesta; aquel horrendo arquetipo de livianidad, aquella cínica pelandusca... ¡le adoraba! ¡Y se lo decía con aquella boca, fábrica de

embustes, que no había modulado una verdad, apoyada por aquellos ojos traidores que fingían hasta cuando alargábanse los labios para recibir glotonamente la caricia de un beso húmedo y mordedor!» Una risa llena de sarcasmo confundióse en su garganta con los sollozos, y el urente rayo de la crueldad zigzagó en sus pupilas.

—¡ Sigue, barrigona! ¿ Con quién dormías al empezar a quererme? Y para llegar a la adoración que confiesas, ¿ con cuántos te has acostado?

Rosina, con la voz entrecortada, habló de unas excursiones campestres, de una tempestad que dispersó un día a sus compañeras, y de un labriego que la encontró en el bosque y que, brindándose a auxiliarla, consiguió que entrase en un chozajo, donde la forzó.

—Y volverías muchas veces al chozajo ¿ eh?... ¡ Dí que sí, para que tu folletín sea tolerable!

Al accionar la rozó con la diestra, y como si el contacto con su piel le hubiese enloquecido, la derribó de una puñada y echóse sobre ella gimiendo de angustia, y aullando de celos, y llorando de ira, y la golpeó bárbaramente. En la cara de raso, en la morbidez de los hombros, en la tersura de los pechos, en el tabernáculo del vientre, en las caderas redon-

deadas por la maternidad, en el sexo, que pareciale una llaga y no una flor...

La pecadora, con una suerte de voluptuoso dolor, recibía el castigo sin intentar la defensa.

—¡Mátame! —murmuraba—. ¡Es mejor! ¡Mátame!

—¡Sí, te mataré!—bramaba Adolfo—. ¡A ti y a tu bicho!

—Es lo mejor.

—¡A ti y a tu bicho!... ¡A ti y a tu bicho!... ¡Qué ha de nacer en mi casa este bicho!... ¡Va a nacer en la calle! ¡Lo voy a tirar a la calle! ¡Porque te voy a tirar a la calle!... ¡A la calle con la basura! ¡Basura, basura, basura! ¡Asco!

Sus puños, incansables, batían como martillos el cuerpo de la pobre golondrina, que se encorvaba inerte, con chapetas en el rostro y manchas purpúreas en los costados heñidos y en el pecho bataneado. La camisa, rota, caía sobre la enagua, y la desnudez de aquella carne, que «el Luchador» había pensado devorar a besos, le llevaba al paroxismo de la furia. ¡Aquella carne que se habría crispado de placer en luchas eróticas, que habría sido mancillada por contactos protervos, que habría sido fecundada por descuido, en un segundo de bestial salacidad, no obstante las pueras precauciones de la malicia!... ¡Era justo romperla, arrancarle la piel, desbaratarla, macerar-

la!... Pero de improvviso, en la boca, percudida, abrióse una grieta, y de la grieta escapóse un goterón de sangre, que tembló un punto en la barba, y desprendióse, y, dejando una estela bermeja, se escondió entre los senos, y Adolfo, como si el goterón hubiera sido un torrente y la estela un río en el que se pudiese ahogar, se levantó y, otra vez como una alimaña que procurase huír, gritando roncamente, vacilando y manoteando cual si se asfixiara, fué a tirarse en una silla.

La novia arrastróse con lentitud hasta sus pies, y conteniendo los plañidos, con una humildad de cordera, reanudó sus ruegos:

—¡Mátame, si no me has de perdonar! ¡Lo prefiero a vivir sin ti! ¡No quiero ni puedo vivir sin ti! ¡Te juro por la salvación de mi alma que eres el único hombre a quien he querido! ¡Seré una esclava tuya!... ¡Déjame junto a ti, en un rincón de tu casa, y no me mires mas que para insultarme ni te acerques a mí mas que para pegarme, aunque me quede ciega de llorar! ¡No importa! ¡Con que me perdones a la hora de mi muerte, seré feliz!

Ureña, espoleado en su cólera por la misma humildad de la mujer, iba a agredirla de nuevo; pero el goterón-torrente no sólo le detuvo, sino que barrió en parte las nieblas de su razón.

—Vístete—ordenó con sequedad.

Intentó protestar Rosina, y le arrojó a la cara su ropa.

—¡ Vístete o vas a la calle desnuda!... ¡ No quiero tías a mi lado!... ¡ Pronto, pronto!

Fué a ponerse el corsé, y arrebatóselo de una garfada.

—¡ No! Que se vea la tripa. ¡ Ligera!

La infeliz se abrochó la falda, cubrióse con un abrigo y un velo y salió de la alcoba. En el recibimiento, Isabel, con los ojos turbados, pero con la voz firme, les interrogó:

—¿ Van a salir ahora los señoritos?

—Vamos a salir —replicó Adolfo—. ¿ Lo sospechaba usted y por eso no se ha acostado?

La vieja, sin contestar, encendió una bujía, y sosteniéndola con una mano que no temblaba, les precedió.

—Tenga cuidado con los escalones, señorita—dijo—. Apóyese en mí.

Abrió la puerta, y como si no sospechase lo que acontecía, o como si le pareciese lo más trivial del mundo, despidióse con una recomendación afectuosa:

—Tápese bien la señorita. No se puede jugar con el tiempo.

Mas la señorita, con fuego en la piel y en el corazón, tan insensible al frío como una llama, cruzó unas calles, y entró en la de Villanueva, acuciada por su marido, y encontróse en el portal de su cuñado, y subió como si

estuviese bajo el influjo de un sueño magnético, y hallóse, por fin, frente a su cuarto. ¡ Su cuarto otra vez! ¡ Su cuarto de soltera, después de haber alhajado un nido!... Un sollozo se le hinchó en el pecho y fué a estallar en su garganta, inundándole la boca de hiel.

Adolfo la miró con sañudo desprecio, oprimió el botoncillo de marfil, y aun sonaba el timbre cuando Emilio apareció ante sus ojos. Detrás se encogía Luz, más blanca que la cal, y en último término veíase la catadura siniestra del camarada de «John». El buen mozo, que durante todo el camino había estado puliendo la frase gallarda que laminaría a Paredes, la olvidó, trastornado por la cólera, al encararse con él, y sólo acertó a decir una vulgaridad:

—¡ Ahí tenéis a esa púa indecente!

El cuñado retrocedió cual si la palabrota hubiera sido una espada que le hubiese tocado en el cuello; mas en seguida tornó a su sitio junto a la puerta, y alargó sus labios, resuelto a sonreír, y endulzó sus ojos, y, ya con su careta de benigna frialdad, se dirigió a la muchacha:

—Entra.

Pero la golondrina, como asustada de su perfil de réprobo y de la adusta inmovilidad de Luz, rechazó la invitación, abrazándose a su marido, deshecha en lágrimas, y Adolfo,

ganado de nuevo por la brutalidad, de un envión la hizo caer a los pies de la matrona. El rostro de Emilio sufrió igual terrible cambio que la montaña en que se abre un volcán, y, rota la cadena que sujetaba sus pasiones y fundido el hielo de su expresión, flamearon sus pupilas ferozmente, y se transformó su boca en un hocico de tigre, y una sevicia demoníaca iluminó y alteró de una manera convulsiva todos sus rasgos.

—¡Eso—mascujó—no es de hombres ni de caballeros!

Ureña no pudo contestar, porque percibió algo así como un hervor de caldera y vió cruzar el pasillo con el ímpetu de un rayo a un proyectil amarillento que le atacó de un bote, clavando en él dos brasas en las que resplandecía un encono infernal. Era «John», que agredíale, por fin, con su mandíbula de proa, más temeraria y más violenta que nunca, decidido a asesinarle, y sólo tuvo tiempo para coger al bruto por la gorja, para alzarlo, horrorizado por el seco ruido de una dentellada que no le acertó, para atontarlo, estrujándolo con toda su energía contra el herraje del barandal, y para precipitarlo con furioso empuje por el hueco de la escalera. Oyeron un golpetazo y un lúgubre gáñido, y ya no volvió a sonar el colérico hervor.

Adolfo, cual si se hubiese librado de la misma Huesuda, con sus vacías cuencas, su capa

de humo y su brillante segur, respiró a sus anchas y reanudó incisivamente el diálogo:

—¡ Lo que no es de hombres ni de personas honradas, sino de gentuza, es azuzar un perro!

—¿ Y quién lo ha azuzado?—preguntó López de Paredes.

—¡ Usté, señor Ureña—aseveró con rudeza Trinidad—pegándole a la señorita!

—¿ Es usted uno de sus queridos?

El hombrazo dió unas trancadas hacia el buen mozo, que se dispuso a recibirle como al «bull-dog»; pero una orden de Emilio evitó la lucha:

—¡ Trinidad, márchese! ¡ Que no se lo tenga que repetir!

Calmado por el riesgo, el hocico de tigre volvió a parecer una boca humana, y las demás facciones, bajo la tiranía de la voluntad, recobraron su aspecto frío e indiferente.

—Los escándalos—exclamó con su cortesía helada—son inútiles y de mal gusto. Le ruego a usted que se tranquilice, que reflexione, y que cuando sea dueño de su razón venga a hablar conmigo.

—¿ A hablar?—repitió Ureña, con una sonrisa punzante.

—A hablar. Entonces podrá usted hablar y escuchar, y entonces escuchará lo que yo, faltando a mi deber, no le dije antes de la boda, porque me lo impidió el cariño que le profesa-

ba esa infeliz. Y ahora... tenga la bondad de retirarse. Yo se lo suplico.

—¿Por qué no me acompaña?—propuso «el Luchador» en tono sombrío.

—Por miedo.

—¡Ah! ¿Confiesa usted?...

—Confieso que temo acompañarle. ¿Necesitaré repetir que son inútiles los escándalos?... Dentro de unos días estaré a su disposición.

—¡Mañana..., o no me voy!

—Bien. Mañana.

Bajó Adolfo con el criado que había sustituido a Pedro; saltó para no pisar al can, que yacía en el último peldaño, con la cabezota bajo el vientre, y junto a la portería tropezó con un bulto y oyó confusamente unas palabras. El bulto era Isabel, que le ofrecía las llaves del cuarto, y las cogió de un modo maquinal, y salió, y alejóse. Primero, como si le persiguieran, caminó con una celeridad de fuga, repitiendo la intimación amenazadora con que había finalizado la entrevista: «¡Mañana..., o no me voy!» Y estremecíase de júbilo al pensar que horas después, arreglado el lance por dos camaradas, se lanzaría contra Emilio y partiríale el corazón, y le veía caer gimiendo como una mujerzuela y morir llorando de susto, y contemplaba a la matrona con sus cuatro pelos en revolución, sin corsé y con sus ubres de vaca rozándole el ombligo, al lado del ataúd, frente al

barrigón picudo de la golondrina, y figurábase a continuación, el entierro y se refocilaba con los comentarios de la multitud: «Es justo lo ocurrido. A un hombre como Ureña, ¿se le puede engañar? ¿Por qué no le reveló Paredes que su cuñada, una vulpejilla, había sufrido un tropezón? ¿Se imaginaba tal vez que Adolfo, por ambición, por miedo, por egoísmo, transigiría?... ¡Pues bien muerto estaba el miserable, cuyas dos orejas merecía como premio su matador!» Y el matador, que había limpiado con sangre su honra, ascendía, mimado y temido, mientras soterrábase su mujer, que al poco tiempo, igual que la pechugona, sucumbía asesinada por un chulo cuyos favores disputábanse las dos plepas.

Se echó a reír, felicitándose de poseer un temple que le proporcionaría la fortuna; pero a los dos segundos un nubarrón expulsó de su cerebro la alegría de la flecha de luz que lo iluminó. Se había portado como un cobarde, como un bellacuelo sin dignidad... «¡Ahí tenéis a esa púa indecente!» Fué todo lo que se le ocurrió. Lo que se le hubiera ocurrido a un faquín, a un zapaterillo, a un hortera... Y luego humillóse luchando con el «bull-dog», y luego empleó su fiereza en unas sonrisillas y unas frases irónicas, y luego toleró que el Paredes, hablándole con la superioridad de un amo, le aconsejara que reflexionase. ¡Reflexionar en un

caso como el suyo !... ¿ Para qué ?... ¿ Para que su venganza dependiera de la suerte ?... ¿ Para que Emilio, buen esgrimidor, le acuchillase con una absoluta impunidad ?... Y ya no vió desplomarse el cuerpo de su enemigo, sino su propio cuerpo, y su fantasía le presentó a un Ureña desfigurado, que paseaba el sambenito de sus hondas cicatrices alampando de hambre, y que alborotaba la maligna dicacidad del vulgo. « ¡ Ahí va ese buey, hartó de que lo lidien y con unas cuantas pinchaduras !... ¡ Duro con él, que ni siquiera derrota ! » Y le agredirían los malvados, y le acometerían los envidiosos, y le acosarían los procaces, y la medrosa chusma, villanamente neutral, de los que no oyen más voz que la del egoísmo reiríase si, acorralado, vomitaba el alma... ¡ Ah, no ! ¡ Morir sin vengarse, no ! ¡ Caer sin derribar a los que le habían empujado, no !... ¡ Hundirse en cieno sin cavar antes la fosa de los que le habían hundido, no !... Se detuvo, orientóse y retrocedió a la carrera, perfilando un plan maravilloso. Subiría, llamaría prudentemente, para que no se pusieran en guardia, y, a fin de que le dejaran pasar, representaría el papel del cristiano sumiso... « He hecho mal... Perdonadme... He recobrado la razón... » Paredes, disimulando el regocijo, cerraría la puerta— ¡ la puerta que no volvería a abrir !—y atravesaría, precediéndole, el recibimiento, y cruzaría el

pasillo, y meteríase en su despacho y se repantigaría en su sillón, y entonces él, cada vez más humilde, repetiría: «He hecho mal». Pero ¡ con qué aire de león cogería, de un salto, un machete de la panoplia, y qué carcajada le arrancaría su miedo, y con qué desenfrenado deleite hendiría el tronco del forajido, y cegaríale a puntazos, y ya sin vida destazaríale como el mejor jifero!... Y después, con las suelas ablandadas por su sangre, y con sangre en el rostro, en las ropas, en las manos y en el machete, saldría de la estancia y buscaría a Trinidad, y caería sobre él como un fantasma rojo, y al primer machetazo rodaría la cabeza del hombretón. Y al instante, sin misericordia, sin piedad, inexorablemente, degollaría al criado, y a la vieja alcahueta, y a la crasa Luz, y enseguida pondríase a operar a su esposa... ¡ Oh qué inaudita, qué increíble, qué soberbia operación!... Como los cazadores que talan una espesura para sorprender y matar a un bicho dañino, él abriría aquel vientre, y desgajaría aquellas entrañas, y extraería de su pringosa cueva al personajillo de pus, engendrado por hombres o por monstruos, y patearía su odiosa blandura. Y en el acto, terminada su labor, se suicidaría arrojándose a la calle.

Había llegado ya a la casa, y palmoteó para

que acudiera el sereno, que no tardó en aproximarse.

—¿Ocurre algo, señorito?—preguntó con servil oficiosidad.

—¿Por qué?

—Como el señorito se ha casado hoy...

A Ureña, súbitamente amedrentado, se le borró de golpe todo su plan, y contestó de un modo confuso, cual si le acusaran y pretendiera sincerarse:

—Sí; mi mujer está un poco indispuesta, y por eso, por si...

—Voy a abrirle. Le acompañaré hasta arriba.

La fineza del sereno, como si él fuese un criminal que pensara huír y no un caballero decidido a suicidarse, le acabó de empavorecer.

—¡No, no! ¡No abra!... Más vale no alarmarlos...

—Pero...

—No. Si he venido por darle gusto a mi mujer... Ya se habrá repuesto, seguramente, y no es cosa de levantar a la familia.

—Lo que el señorito quiera.

—Sí. Sería un disparate.

Le dió unos céntimos y se marchó avergonzado. «La familia!... ¡Se había atrevido a hablar de la familia el muy farsante, y había dicho «mi mujer» sin que la lengua se le pu-

driese en la boca!... ¡Y había mentido por temor a un sereno, por evitar los comentarios de un infeliz a quien su propia insignificancia le impediría herirle!... ¿Qué haría, pues, ante sus iguales? ¿Mentir también? Pero ¿cómo?... ¿No le tendría más cuenta encomendarse a la verdad y sucumbir o vencer abrazado a ella?...» El pensamiento le animó. Su historia, narrada con sinceridad desde el prólogo dulcísimo del cardo y la golondrina hasta el epílogo infame de la preñez, conmovería a las gentes. Podría escribir una obra maestra dejando gritar a su dolor, a su sarcasmo, a su ironía, a su furia y a su desdén, y esa obra maestra serviríale de pedestal a su honor y sería un muro en el que estrellaríase la calumnia. Sí, batiríase con Paredes, y el lance justificaría la publicación del artículo.

Una palmada cariñosa y un saludo de admiración y de alegría cortaron su soliloquio mental.

—¿Pero es usted, amigo Ureña?... ¡Pues si yo le creía junto a la muchacha más preciosa de Madrid!... ¿No se ha casado usted hoy?

Adolfo miró al «Galgo», que era el magnate que le interrogaba, y no se atrevió a negar.

—Hoy, sí.

—Entonces... Porque sería el colmo de la «pendonería» que usted en la noche de boda...

—No suponga nada, Arévalo. Se ha caído una vieja que sirve a mi mujer hace muchos años, se ha herido...

—Y fué usted por un médico—añadió el trapacista—. ¡Ya decía yo!

—Ahora vengo de avisarle.

—Pues le dejaré en su casa, para que no se aburra por el camino.

Ureña protestó; mas el «Galgo», enardecido por el deseo de cazar alguna de las piezas que llevase en el escondrijo de la cartera, le alargó un emboquillado de los de oro y pegóse a él.

—¡Si me hace usted un favor!—dijo—. Acaban de «limpiarme» en una timba, y estoy que bramo. ¡Cinco billetes! ¡El puchero a la funerala hasta que Dios se acuerde de Diego Arévalo!

Conque se hubiese acordado por mediación de Adolfo se habría ido el truhán; pero «el Luchador» habíase desprendido de lo poco que llevaba para gratificar al sereno, y no podía substituir a la Providencia. Comprendió que, ansioso de sacar tajada, no le dejaría hasta que se encerrase, y se espantó. ¿Qué hacer? ¿Dar vueltas con el petardista, exponiéndose a que sospechara el fracaso de su boda? ¿Ahuyentarlo a bofetones? ¿Y qué conseguiría?... Vagar, aterido como estaba, despeado y con los nervios en dolorosa tensión, era ab-

surdo; ir a pedirle hospitalidad a un compañero sería humillante; refugiarse en un café equivaldría a lidiar con cincuenta «Galgos»... ¿Por qué no entrar en su casa, ya que nadie había en ella?... Repondríase, descansaría, meditaría, y con las ideas en orden y el cuerpo fortalecido acudiría al «terreno del honor», seguro de representar su papel con decoro. Decidióse, y apretando el paso llegó en pocos minutos a su vivienda.

—Bueno, amigo Arévalo—exclamó secamente—. Hasta que nos veamos.

—¿No va usted a facilitarme unos duros?

—Ahora me es imposible. He salido sin dinero.

—Está bien—replicó el tuno con la misma entonación que si le hubieran estafado—. Hay que jeringarse. Así es la vida.

—No llevo, amigo Arévalo—repitió Ureña—. No es tacañería. Es imposibilidad de servirle.

—Ya, ya. Si le creo a usted. Pero ¡hay situaciones tan horrorosas!... Usted, que ha luchado, lo sabe. Y es muy triste que mañana no coma un hombre de mi categoría, habiendo tantísimo cornudo millonario que se atracará.

La imaginación descompuesta de Adolfo descarriló al sufrir el choque de la palabrota, y el mozo, cual si hubiese escuchado el más cruel insulto, levantó la diestra, y de una bo-

fetada descomunal abatió al faramallero, que hallábase desprevenido.

—¡Canalla, ratero, miserable!—gritó sacudiéndole puntapiés—. ¡Repite esa indecencia!

Pero Diego, cuyas operaciones jamás habían tenido un fin tan desastroso, rodó ante su verdugo con la destreza de un picador amenazado por una res, y levantóse, y no con la agilidad de galgo con que perseguía a los duros, sino con el ímpetu de una liebre en peligro, corrió como si llevase un automóvil en cada pie.

Caldeado Ureña por la ira, subió resueltamente, y entró en el cuarto, y metióse en su despachito, rezongando aún colérico. «¡El gran ladrón!... ¡Cornudos!... ¡Cornudos!... ¿Se era cornudo por voluptuosidad? ¿Deseaba alguien tan bellaca vegetación para sus sienes?... Pues entonces, ¿se podía zaherir a los burlados?... ¡El demostraría, abriendo en canal a varios insolentes, que no!» Parecióle oír un ruido, y después de escuchar con el miedo pueril de una criaturita, turbado y trémulo, empezó a recorrer la casa, armado con un artístico puñal que le servía de plegadera. Registró la habitación de Isabel, amueblada casi con lujo—lo que denunciábale su condición de celestina—; la de las doncellas, que, con su menaje nuevo, olía a pino y a barniz; el salón azul y oro, de una solemnidad jocunda de capillita; el comedor, de soberbia caoba, con aparadores en los

que fulgían el cristal y la plata; el cuartito de baño, los gabinetes y el dormitorio... En el dormitorio, el perfume dejado por Rosina era tan penetrante, que se sobresaltó temiendo verla aparecer... Junto al lecho, blanco y áureo como un altar, había una silla derribada, y a pocos pasos, sobre el tapiz, destacábanse las curvas lujuriosas del corsé, más duro que una coraza. Deslucían el raso unas manchitas purpúreas que iban ya obscureciéndose, y, al contemplarlas, el cerebro de Adolfo tornó a entenebreecerse con una cerrazón de tempestad.

—¡De la golondrina!—dijo en voz alta—. ¡Sangre de la purísima golondrina!... ¡La purísima, la castísima, la inmaculada!... ¡Sangre suya en su corsé!

Lo cogió y, como si le enervase su fragancia, llevóselo a los labios y lo besó entre sollozos de ira, estremecimientos de vergüenza y espasmos de placer. Al frotarse con la tela que había aprisionado los pechos de la mocita, invadía una laxitud morbosa, y de un rincón, hasta entonces ignorado, de su espíritu, emergía una fuerza que le arrastraba hacia la claudicación, que inflamábale el deseo con imágenes viles y que le corrompía, haciéndole padecer y gozar al mismo tiempo con nefandas figuraciones. Pero aquello duró poco. Se impusieron la salud de su carne y la limpieza de su alma, y librándose del torpe regodeo medular,

tiró el corsé y lo acuchilló con un odio insensato, y con idéntica exaltación que si la sangre hubiese salido a oleadas por cada brecha, robándole la facultad de discernir, arremetió como un bruto contra todo lo que veía, y apuñaló el «altar» y esparció la suave lana de los colchones, y hendió o astilló la madera de los muebles, cortando o agujereando, además, su cuero o su seda, y pateó los cuadros, y destrozó la cristalería y la porcelana con igual ahinco que si pelease por defender su vida. Para que no se alarmase la vecindad, realizaba su tarea destructora sin dar golpes, arando y cavando con el acero y aplastando y torciendo entre los vellones, a fin de que no gruñese el vidrio, ni gritara el metal, ni se quejara la caoba, y de puntillas, desmelenado y sudoroso, trasladábase del comedor al despachito, y del salón al recibimiento, y de la alcoba a los gabinetes, con más prisa que si temiera que le prendiesen antes de rematar su labor.

Por fin, rendido de machucar, partir y romper, se engurruñó como un pájaro enfermo en una butaca, y recordando que horas después debía batirse, quiso descansar. ¡Mas era tan difícil descansar!... ¡Había tal encono en aquellos aparadores con chirlos, en aquellas mesas con jabeques, en aquellas sillas destrozadas, en todos aquellos objetos desflorados, deslucidos o rotos por su cólera!... Seguro de que le

asesinarían si se entregaba al sueño, levantóse, y para combatir la debilidad que le iba dominando, intentó reparar sus bríos con unos trozos de ternera y unos pasteles; mas escupió la ternera, que, como si tuviese gusanos, le supo a podre, y los pasteles produjéronle tan fieras náuseas que desistió de comer. En cambio descorchó una botella de cognac, y bebió como no había bebido nunca, y, con una rapidez increíble, los nubarrones fuliginosos de su cerebro tiñéronse de escarlata y pensó con audaz alegría en el combate, y luego, al convertirse en azul el tono carmesí, acarició ideas plácidas que aplacáronle y le confortaron. El sería un cornudo; pero un cornudo tan altivo como Napoleón, tan bondadoso como Carlos IV y tan genial como Víctor Hugo. Siempre se había ufano de tener algún parecido con el autor de «Nuestra Señora de París», y para comprobarlo nuevamente, se miró al espejo; mas el espejo, como si estuviese encantado, no reflejó la brava y gentil imagen de aquel Ureña lleno de lozanía que trastornaba a las mujeres, sino la figura de un varón trasojado y pocho, envejecido y lamentable, que tenía más gruesos los labios y la nariz que «el Luchador», más chupadas las mejillas y menos tersa la frente. Menos tersa; pero sin abultamientos ridículos e infames.

—No, no se ven. Nunca se ven—exclamó

gravemente—. Puede uno pasear sin peligro de que se rían los burlones y los malvados.

Pasear, y si no pasear, porque sus piernas se blandaban como si se las hubiesen des-huesado, salir. No iba a conformarse con permanecer en aquella madriguera, donde ni dormir conseguía, en la noche de sus nupcias. Hubiera sido demasiada resignación, demasiada mansedumbre... Un doncel se enamora tan ciegamente, que toma por un talle de junco un talle de tinaja; recibe las bendiciones, se encierra con su ídolo, descubre la traición, y mientras la meretriz—que escapa de la muerte a costa de unos trastazos—se refocila, quizás con su amante, el doncel escarnecido, a los tres meses de una castidad fidelísimamente guardada, se acomoda en el tinado que alhajáronle y espera al día mugiendo como un becerrillo... ¡Ah, no! El no toleraba que le confundiesen con el personaje irrisorio de una fábula milesia. Sentíase con los ánimos precisos para sobreponerse a su amargura y para desdeñar su desastre, y alquilaría una daifa y tendría el suficiente rejo para gozar con ella de parte del amor que le habían robado.

Cogió todo su dinero, apuró lo que restaba de cognac, bajó la escalera vacilando, y en una berlina que tuvo la suerte de encontrar se dirigió a un prostíbulo. Dos o tres mujeres que jugaban a las cartas en una salita le aco-

gieron con serviles carantoñas, y él, instintivamente, eligió a la de menos carnes, y la siguió a un dormitorio, y hasta que estuvieron encerrados no se fijó en que fulgían en su cara aguileña unos ojos como lagos de miel, bajo el tejadillo que simulaba una cabellera del color de las espigas maduras.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó con súbito interés.

—Me disen «la Peque». En Cádi, que es mi pueblo, me desían «la Pollita». Chiquiyo, ¡es más presiosísimo Cádi! La tasita de plata.

—Bueno. La tacita. Pero ¿cómo te llamas?

—Si es curiosidá... Porque te asvierto que aquí no soy más que «la Peque». Me yamo Rosita.

—¿Rosina?

—No, hijo mío. Rosita. Me pusieron Rosa, y soy Rosita, como otras son Carmelitas, o Lolitas, o Coralitos.

Su llaga espiritual, insensibilizada hasta entonces por el alcohol, tornó a dolerle. ¡Rosita! ¡Casi como Rosina, y rubia, y frágil, y con los ojos melados!... ¿Pareceríase también «a la otra» en... en lo demás?

Formuló agriamente la pregunta:

—Oye: ¿no estarás embarazada?

La de Cádiz se sonrojó como la más púdica doncellita.

—¿Embarasada?... Pero ¡qué cosas «te se»

ocurren!... ¿Es que te gustan las embarazás?

—¡A mí!

—¡No te enfurruñes, hombre! ¿No podrías ser tú un poyito caprichoso?

—¡Me dan asco!

—Pos de mí no te dará.

Exhibió un vientre recogido y lechoso, de una tersura de mármol, y Ureña se aplacó. Sí, valía más que su mujer. Era menos raposa, más leal, más franca... Honradamente, sin engaños, alquilaba su cuerpo, de líneas armoniosas, y vendía sus caricias; pero sin traicionar a nadie, sin destruir el honor de nadie... Con dinero, tal vez habría sido una criatura sin tacha, que hubiese aromado un hogar con el perfume de su virtud y que hubiera embellecido la existencia de un esposo. Y «la otra»...

La muchacha cortó sus reflexiones con una dulce invitación:

—Anda, ven, nene.

Pero Adolfo, con un descaecimiento letal, no la obedeció, y la ramera le empujó hacia el lecho bromeando gárrulamente:

—¡Vamos, litri, panfilón!... ¡Fuera esa chaqueta!... ¿Te has enserrao conmigo pa dejarme toavía más refeá de lo que soy?... ¡Tendría que vé!... ¡Y con er tilín que me ha hecho er sosaina este!...

Le besó en los labios y retrocedió con mucho donoso mohín, aspaventada y risueña.

—¡Ay, ay, que oló!... ¡Ay, madre, que oló!... ¡Pero si te has sampao una bodega en la barriga! Si tuviéramos confiansa, te desía curda. ¿Te lo digo?

—Y cornudo—respondió «el Luchador»—. No se me ven los cuernos; pero son de a vara.

—¿Sí, guasón?—dijo, siguiendo la chanza la meretriz—. Pos sí que son grandes, curdela. Y presiosos, como to lo que Dios le ha dao a mi niño. Porque... ¡cuidao que eres guapo!

—Un toro de buena lámina.

—¡Un hombre hasta ayí! Con esa «fila», ¿quién te iba a engañá?... ¡No hay reaños tan requetenegrísimos!

Ureña se excitó:

—¿Y si yo lo merezco? ¿Y si yo soy uno de esos granujas que se casan por comer?

—¡Ca! No lo eres.

—¿Y qué sabes tú? ¿Por qué no he de ser un «fresco» sin vergüenza y un cabrón consentido? ¿Estás segura de que voy a pagarte?

Rosita hizo un gesto desdeñoso:

—¿Y qué?

—¿Y si te robo lo que tengas?

—¡Pero si yo te doy hasta el corasón, gitano!

—¡A un tío tan indecente, tan asqueroso, tan blanco!... ¡Y yo quería batirme como un ca-

ballero!... ¡Batirme, cuando hasta las piedras se reirían de ver a un buey con un sable!... ¡No, don Adolfo, no!... ¡Usted debe cornear, usted ha nacido para ganarse la pitanza como un toro y para morir de un volapié!

Había una angustia tan desgarradora en sus palabras y un sarcasmo tan acedo en sus risas, que la meretriz se conmovió. No, no se expresaba así un borracho, ni era hija del vino la crueldad traspasadora de aquellas burlas que chorreaban sangre. Aquel mocito no necesitaba desfogar el sexo, sino desavahar el corazón, y lo piadoso era tratarle con blandura caritativa. Casi avergonzada de su desnudez, y con un gesto melancólico, cual si los gritos del obscuro dolor que la emocionaba hubiesen roto el letargo de sus íntimos dolores, se arrebujo en la colcha y aconsejó maternalmente:

—No te insultes así, chiquiyo. Esas son cosas feas, que no sirven pa ná. A mí también, una temporaiya, cuando me perdieron, me dió la ventolera por echarme la culpa de tó: de mis pecaos y de otros pecaos que no eran míos. La pena, ¿sabes?... Guiyauras de la pena, que roe por dentro como un gusano... Hasta que me convensí, y ajugué ar gusano.

—Pero tú—objetó Adolfo—eres una persona y yo soy un buey. Un cochinado buey escritor. Por cierto que le voy a cambiar el título a mis croniquillas. Las titularé «Mis mugidos»,

en vez de «Mis abejas». ¿No te parece? «¡ Mis mugidos!...» ¡ Múu, múu!...

—¡ No hagas eso!—suplicó, abrazándole, la rubia.

Mas Ureña simuló el toque de clarines que anuncia la salida del toro, y continuó mugiendo, y pidió que llamasen a un torerillo para que lo lidiara, y por fin rompió a sollozar, y convulso, con una amargura que no admitía lenitivos, dejó escaparse a borbotones el relato de su tragedia, y acariciado por unas manitas que temblaban de compasión, y por una voz misericordiosa y por unas lágrimas abnegadas, quedóse traspuesto en el regazo de la prostituta.

VII

En la redacción el único que se enteró de la catástrofe fué Rebolledo. Al día siguiente de la boda, llamado por la gaditana, que favorecía-le con su amistad, se personó en la mancebía, escuchó espantado lo que habíale ocurrido a Ureña, y de acuerdo con la meretriz le aconsejó que renunciara a vengarse y que, para no escandalizar inútilmente, emprendiera un viajecillo. Adolfo, aplastado por su desgracia, no se resistió, y a las veinticuatro horas, gracias a su compañero, que, con el auxilio de Isabel, recogió en el cuarto abandonado lo que le pertenecía, metióse con la pelandusca en el tren de Portugal.

Los murmuradores, entretanto, continuaban despachándose a su gusto en *La Independencia*, y se habrían aplicado meses enteros a la sabrosa labor de arrancarle a túrdigas la piel al «cazador de dotes» si una empresa más divertida no hubiese monopolizado la actividad de los urdidores de chuscadas ingeniosas. Tratábase de conseguir que Barciel y don Boni, que no se querían mucho, envenenados a fuerza de malignos embrollos, llegaran a agredirse.

El principio de la ojeriza que había levantado un murallón entre dos corazones tan netos era puramente literario. Don Boni, autor de *Favila*, drama de ideas y de símbolo, cuya lectura no resistió ningún farandulero, dispensaba todas sus simpatías a los dramaturgos que agitábanse, como él, en la obscuridad, y desdeñaba o combatía a los bañados por el resplandor de la victoria. Mientras Barciel compuso *Las flores del jardín*, y mientras peleó para que leyese la obrita y la admitieran, no tuvo el destructor de Nelson un partidario más leal ni más fervoroso que el padre de *Favila*; pero la inesperada admisión de *Las flores* enfrió el entusiasmo de Benet, y su resonante triunfo, que le pareció el colmo de la absurdidad y de la injusticia, le trocó en el enemigo más formidable de Galo.

Al del rubí, hasta que no se rompieron las hostilidades, no le preocupó gran cosa la actitud de don Bebe. ¿Qué era don Bebe?... Un periodista ignorado e ignorante, un fúnebre inflador de telegramas, un tristísimo sujeto que se moriría sin catar un elogio ni un aplauso. ¡*Favila!*... ¡Bueno estaba el simbolismo del disparatado dramón!... «*Favila*», un modrego inculto que dilapidaba sus millones, sus bríos y su salud, sucumbía de hambre... El hambre, de la que se había burlado sin piedad para los hambrientos, era el oso que le devoraba. Bar-

ciel tenía en su tinillo cerebral una zarzuela, que escribiría cuando reventase el viejo, infinitamente superior. Titularíase *Favila y el oso*, y en ella, «Favila»—el trabajo—daríase un banquete con el oso—el capital—; pero estallaría, después, de una indigestión. Y esa ¿era coche o calesa? ¿Cabía más astucia?... Contentos los espectadores del paraíso, «encantados» los de las butacas... y loco de júbilo el autor, que se enriquecería en un vuelo.

Ya había empezado a enriquecerse. La gracia humorística de Bruit y el donaire juvenalesco del Burro que se comió la vergüenza entusiasmaban a los públicos, y el novel autor, con el billeteo atestado, no se parecía en nada al gacetillerín que estremecía al toser sus jefes y que se azoraba, humilde y respetuoso, ante los compañeros que gozaban «de firma». También él, en una noche, de un solo empujón, cogiendo y violando a la gloria, había conseguido conquistar «la firma», y pisaba recto, y expresábase con valor y majestad, y no humillaba su frente—lisa, pulida, sin perioritis—ni al encararse con los varones de prestigio más fascinador. La victoria—que no le encontró preparado para recibirla con severa calma—interrumpió el buen funcionamiento de alguna de las ruedecillas de su máquina cerebral, y a partir de la interrupción, el fabricante de pisapapeles tuvo «cosas». Jugaba,

convencido de que la particularidad de su mandíbula le impediría perder, y ganaba casi siempre; pavoneábase como un diabólico seductor entre las damiselas del coro, para darse el gustazo de abrumar con su indiferencia a las que se le rendían, diciéndoles que la armadura de una pasión hacía invencible su castidad; bebía como un tonel sin fondo, y fustigaba al clero con un agreste y maniático tesón, seguro de que la gente de sotana le asesinaría por haber satirizado a los frailes en su zarzuela.

Una tontería que cometió empujado por esta chifladura fué la causa de que don Boni, que le acechaba como un lobo, rompiese las hostilidades.

—El día menos pensado—dijo Barciel una tarde en la redacción—vais a tener que dedicarme las seis columnas de la primera plana.

—¿Piensas escribir una tragedia mejor que «Otelo»?

—Escribirla, no. No me da por la tragedia. Representarla a lo vivo... es posible.

Le miraron todos, y el dramaturgo, dejando caer sus palabras como si fueran brillantes, prosiguió:

—Ayer me han querido asesinar.

Hubo unos segundos de callada admiración, y en seguida diez bocas, más afectas a la bur-

la que a la piedad, le interrogaron bulliciosamente :

—Pero ¿quién? ¿Cómo ha sido?

—¿Por qué razón?

—¿Por celos?... ¿Por envidia? ¿Por odio?

Barciel aguardó a que se restableciera el silencio, y con reposado tono comenzó a narrar :

—Por envidia, y por odio, y por rabia, y por miedo y por todas las malas pasiones que quieran ustedes. Salí de aquí a las dos, tomé chocolate en el Colonial con unas artistas...

—¡Ah, camastrón, voluptuosote!—exclamó el crítico.

La inoportunidad de la torpe ingerencia irritó a sus camaradas, que protestaron con acritud :

—¡Hombre, Garcés!

—¡Por Dios, Garcés!

—¡No jorobes, Garcés!

—Decía—prosiguió Galo, orgulloso de la ansiedad con que le escuchaban—que tomé chocolate en el Colonial con unas artistas, sin ninguna idea voluptuosa, amigos, y añadiré que me dirigí pian, pian, a mi casa, más solo que la una, para trabajar pacíficamente. Me fuí por la Carrera, y en la misma Carrera escuché unos pasos, y volví la cara, y excuso decirles que maldito si me regocijó el ver a un cura. «¿Adónde irá este pajarraco?», me pregunté. Seguí, prevenido, como es natural, porque de lila no tengo ni una pestaña, y continué oyendo los

pasos. Torcí por la calle del Príncipe, y torció también el grajillo; me detuve y se detuvo; cambié de acera y me imitó; volví a detenerme para encender un cigarro, y él encendió otro; aligeré y anduvo con más prisa... Con tales detalles, ya comprenderán ustedes que no tardé en descifrar la charada. El pajarraco iba adonde fuese yo... y no para aplaudirme por *Las flores del jardín*... Conque reflexioné, y no muy alegre, porque no se me ocultó que el peligro era gordísimo, y yo no me las doy de guapo, no muy alegre, resolví lidiar el toro, ya que estaba en la plaza. Con decisión, pero con habilidad. Es decir, sorprendiendo yo al toro y no dejándome sorprender por él. ¡Y vaya si le sorprendí! Despacito para que me alcanzara, pero con cien ojos y con las intenciones de cien hienas, le hice cruzar Atocha, y le metí en mi calle, y le dejé avanzar, y cuando menos podía esperarlo, me eché encima de él y le puse el cañón del revólver en la cabeza... «¡Atrás o mueres, tío canalla!...» ¡Señores, si le hubiérais visto! ¡Qué chillido de rata!... ¡Qué salto de cigarrón!... ¡Y qué velocidad de expreso!... Un bandido que me iba a asesinar, que por la espalda me hubiera asesinado tranquilamente, ¡huía como una mujerzuela! ¡Así son de cobardes, señores!

Antes de que, desvanecido el asombro de los plumíferos, formulase alguno de ellos la

más liviana objeción, estalló la ira de don Boni:

—Pero eso ¡es idiota!

Galo se pasmó.

—¿Cómo idiota?—dijo.

—¡Idiota! ¡Ha atropellado usted a un pobre cura! ¡A un infeliz que regresaría de auxiliar a un enfermo!

—¿De auxiliar a un enfermo?—preguntó irónicamente Barciel—. Entonces ¿por qué huyó?

—¡Porque le tomaría por un forajido! ¡Si le puso usted el cañón del revólver en la cabeza! ¿No iba a correr?

—Yo no tengo facha de forajido.

—¡Toma! Claro que no.

De tal desprecio estaba teñida la réplica, que Barciel, picado, la rechazó indirectamente con un tono fanfarrón y procaz:

—¡Pero me sobrarían riñones para serlo!

—¡A mí!...

Se encogió de hombros don Boni, muy tranquilo bajo el escudo de su desdén, y el del rubí, viendo que su fanfarria no le alteraba, esgrimió el acero de su ironía:

—No es mía la culpa de que su drama continúe en el cajón.

Esta vez dió en el blanco.

—¿A qué viene esa necedad?—gritó el dra-

maturgo desconocido con los ojos fuera de las órbitas.

—¿Y la de usted, defendiendo a los curas para molestarme?

Don Bebe se quitó las gafas, las limpió, en vez de descalabrar con ellas a su adversario, reflexionó mientras las pulía y contestó propiamente para evitar el choque:

—Más vale callar.

—¡Más vale!

Pero aquello no fué un tratado de paz, sino un armisticio, y los beligerantes preparáronse para la pelea. Como los dos creían haber quedado en situación poco airosa, sólo cambiaban las palabras precisas y espiábanse, dispuesto don Boni a patear al gacetillero en cuanto le ofendiese, y decidido Barciel a heñir a su contradictor si tornaba a irse del seguro. Mas en horas consiguió el odio lo que la amistad no había conseguido en años, y el creador de *Favila* y el padre de *Las flores* aprendieron a mirarse con respeto. A Galo no le parecía el vejete tan ridículo, y por temor a que, enloquecido de cólera, le acometiera, procuraba no excitarle. Y Benet, recordando lo del cura, pensaba que embravecer a un sujeto que dormía con el revólver era peligroso.

Tan saludable medrosía hubiese prolongado indefinidamente el armisticio, para bien de las Letras, si el superdemonio de Lasarte y Tá-

vora, su edecán, no se hubieran propuesto reírse a costa de los dos pobrecillos corderos. Una vez, el chulo, que por casualidad consultó el diccionario, tropezóse con una palabra que le llamó la atención.

—Oye, Tavorilla—le dijo a su compinche—. ¿Tú sabes lo que es cornaca?... Pues en la India le llaman cornacas a los que guían a los elefantes.

—Bueno... ¿Y qué?

—Que si don Boni se entera de que Galo va diciendo por ahí que es su cornaca..., quizás le tire algún derrotejo.

Távora saltó de alegría.

—¡Sí, hombre, sí!... ¡Es una ocurrencia de riñón de mico!... ¡Y que en el diccionario habrá la mar de insultos que nadie conozca! ¡Yo buscaré!

Y aquel mismo día, con la inocente complicidad del léxico académico, empezaron su proterva campaña.

—¡Bueno está ya, criatura!—le recomendó el chulo al revistero con afectuosa violencia—. No es pa tanto.

—¡Es pa más! Y a Galo, en cuanto me vuelva a faltar, le sobro yo, cortándole la cara. ¡Por éstas! ¿Qué tengo yo que ver con don Boni? ¿Es que le voy yo a estrenar la obrita?

Benet se intranquilizó.

—¡ Ah! ¿ Figuro yo en ese episodio?—preguntó con afectada calma.

—¡ Pero si no ha habido ningún episodio!—afirmó Lasarte—. Que éste, sin mala intención, porque se alegra de que suban los amigos, habló del estreno de *Favila*; que a Galo, que es rencoroso y que no le perdona a usted lo que le soltó por el atropello del cura, se le indigestó la noticia; que se atrevió a declarar, refiriéndose a usted, que hasta los gatos querían zapatos; que éste se molestó, que tuvieron una agarrada y ahí acabó el pleito.

—¿ Conque hasta los gatos quieren zapatos?—repitió don Boni, reconcentradamente.

—No, no quiso ofender a usted—aseguró el chulo—. Y la prueba es que dijo que se alegraría de que gustase la obra porque él había sido el cornaca del autor.

—¿ Y qué es cornaca?—exclamó Tavorilla—. ¿ No será un camelo?

—¡ Quita! Será consejero, o crítico o algo así.

Aún no habían salido de la redacción cuando cogió el diccionario Benet y se puso a hojearlo febrilmente. Cornaca, cornaca... ¿ Significaría consejero? ¿ Le habría deshonrado aquel tuno enorgulleciéndose de haberle dirigido?... ¡ Ah, vive Dios!... Cornaca, cor, cor... ¿ Significaría algo más humillante?... ¡ Ah! ¡ Por fin! «Cornaca. Hombre que en la India

y otras regiones de Asia doma, guía y cuida un elefante.» ¿Un elefante? ¿No se había equivocado?... Se aseguró las gafas, volvió a leer y levantóse rojo como un pimiento.

—¡Ah, vil!... ¡Ah, charrán!...—gritó aterrando a Tobalito—. ¡Mi cornaca! Un ridículo perseguidor de curas, ¡mi cornaca!... El autor de un engendro, ¡mi cornaca!... Y yo... ¡un elefante!... ¡Te acordarás, como me llamo Bonifacio Benet!

No le pareció decoroso agredir a Barciel sin explicaciones, de súbito, como un matón, ni vender a los compañeros que le habían denunciado su bellaquería, y para obligar a su adversario a que, con su propia cólera, le abriese el camino de la venganza, decidió exacerbarle con indirectas y alusiones de tal ponzoña que no las pudiese tolerar. Apenas se presentó Galo, con su flexible a lo chulo y su capa bordada de banderillero, se apoderó de las tijeras para hundírselas en los intestinos si esgrimía el revólver, y acometió:

—¿Verdad, compañero—preguntó, dirigiéndose a Espina—, que hay cornacas muy inferiores a los elefantes?

Espina, ignorando lo que era un cornaca, no supo qué decir, y don Boni continuó, reventando de fiereza:

—Pues sí, los hay. Y hay canallitas que se figuran que son domadores de elefantes y no

pasan de ser unos cochina-
zos! Y hay elefantes que son unos caballeros.
¡Unos caballeros! ¡Y lo sostengo aquí y en
París!... Ya me comprenderá usted, amigo Es-
pina. «Alguien» me comprende ahora, y me
basta.

Pero como el aludido oíale con igual indi-
ferencia que el que oye llover, el bravo don
Bonifacio, a fin de arreciar el ataque, le dis-
paró una flecha satírica, de terrible eficacia.

—Sí, señor. Conozco yo a algunos elefantes
dignos de ser comparados con el Cid, y a cier-
tos cornacas de guardarropía, embusteros y
chulapones, que no merecen más que un pun-
tapié.

Levantó un remo, disparó al aire el punta-
pié para reforzar su aseveración, y con gran-
dísimo júbilo de Távora y su amigote y no
menor sorpresa de los demás, entonó «el chu-
lapón» con el buen oído y el gracejo de una
rana, alterando maliciosamente la letra:

“Con la capilla colocada así,
Y muy ceñido y justo el pantalón,
El chulapón pasea por Madrí
Luciendo todo lo que Dios le dió.,,

Tan profundamente hirió a Barciel la flecha,
que su vanidad, chorreando sangre, le azuzó
contra el viejo; mas su cordura le contuvo.
Un señor que se permitía asegurar que eran

unos caballeros los elefantes, ¿estaba en su juicio? Y a un loco ¿se le debía tomar en serio?... Guardó, pues, la ofensa en el cajoncillo cerebral de las vindicaciones pendientes para no olvidarla, y se marchó. Pero a las pocas horas su vanidad volvió a ser herida.

—Chico, ¡qué estupidez la de don Boni!— exclamó Lasarte—. Y es que desde lo del cura no te traga. Vete con cuidao, ¿eh?...

—¿Me va a pegar ese besugo?

—Hijo, no. Ya sé que para ti es poco hombre. Pero te busca la lengua. Hoy se ha pasado el día llamándote sicofante. Ve con cuidao.

En cuanto desapareció el chulo abrió el diccionario, el de rubí, y buscó la palabra. «Sicofante. Impostor, calumniador.» ¿Calumniador? ¿Constituía una calumnia su afirmación de que no se había estrenado *Favila*?... Entonces ¿qué deseaba el indecente cegato? ¿Reñir? ¿Pretendía que lo transmutara en un pisapapeles?... Y sí quería reñir, porque no metíase una vez Galo en *La Independencia* sin que le canturrease «el chulapón», con alteraciones en el texto, ni transcurría una semana sin que le ofendiera, aplicándole una voz de significado obscuro. Gracias a la bondad de Tavorilla y de Lasarte se enteró de que, según don Bebe, escribía como un «fulidor», y sólo le elogiaban por «carientismo»; y cuando

le reveló el vocabulario que fulidor equivalía a ladrón y que carientismo era una figura que consistía en disfrazar ingeniosa y delicadamente la burla, su prudencia comenzó a mollar. ¡No, no debía consentir tales insultos! ¿Acusarle a él de plagiarlo y añadir que la crítica le tomaba el pelo?... ¡No, vive Dios!... ¡No pasarían semejantes indignidades sin la adecuada respuesta! ¡Ya lo vería el viejo envidioso!

Pero tal amenaza le habría entusiasmado, porque la mayor ilusión de don Boni se cifraba en ver irritado a su enemigo para abalanzarse contra él a la primera injuria y librar a su espíritu del peso de un encono que le envenenaba las fuentes de la alegría. Tan fieras denuncias le habían hecho su fidelísimo Távara y su honrado Lasarte, que Benet, horro de benignidad y limpio de misericordia, estaba resuelto a despedazar a su adversario. Con las tijeras, con las uñas, con los dientes... Como un caballero, o como un asesino... En el campo del honor o en la calle... Lo que le interesaba era acabar con él, porque su resistencia para recibir baldones habíase agotado. ¡A él, al autor de *Favila*, tachábale de mentiroso el inverecundo gacetillero, y decía que criticaba *Las flores* porque era un animal «no cojudo» y un «vítulo marino»! ¡Vítulo, becerro, y no cojudo, castrado!... ¡Ah, canalla,

canallazo, canallón! ¡ Pronto te enterarías de si el becerro marino se podía catalogar entre los capones!

Seca la pólvora y encorajados los enemigos, la conflagración no debía tardar, y no tardó. Una tarde, habituado ya don Boni a que Barciel no le replicara, lanzó su reto lírico:

“Con *la capita* colocada así.
Y muy ceñido y justo el pantalón,
El chulapón pasea por Madrí,
Luciendo todo lo que Dios le dió.,,

Mas el de la quijada excepcional, que tenía en la oreja la mosca del «fulidor», habíase preparado, y rompió también a cantar con las intenciones más negras que las alas de un cuervo:

“A mí los hombres guapos
De tu fachenda,
Me sirven de entremeses
Pa la merienda.,,

¡ Por fin!... ¡ El cobarde, el infame, el memo orgulloso, replicaba!... La inminencia del choque paralizó unos segundos a Benet, restándole ánimos. Se temía a sí mismo; le temía a su violencia de ciclón... Pero se repuso, y afirmándose las gafas, interpeló a Barciel:

—¿ Soy yo el de la fachenda que va a servirle a usted para la merienda?

Galo, encrestadillo por rabia y por decoro, no se echó atrás.

—¿Y soy yo—preguntóle audazmente— el chulapón de la capita colocada así?

—Capa usa usted, y de chulaponería no hablemos, rico.

—¿Rico?... ¡Ay, qué monada!... ¡Qué mono es este... fulidor!

Don Boni avanzó hacia el gacetillero.

—¿Qué es eso de fulidor? ¡Yo soy un hombre, y un hombre cojudo! ¡Y usted no es cojudo ni hombre! ¡Usted es un vítulo!

Garcés, Rebolledín y Espina, que contemplaban la escena, mirábanse con asombro. ¿Qué palabras esgrimían aquellos desdichados?... Cojudo, fulidor, vítulo... ¿Qué galimatías era aquel?... Pero la curiosidad que la actitud de los disputadores les inspiraba impidió que terciasen con alguna observación.

—¡Yo soy tan hombre como usted—rugió Galo—, y no consiento carientismos!

—¡Ni yo aguanto «camelos»!

—¡Ni yo permito voces!

—¡Ni yo admito permisos, idiota!

—¿Idiota?—replicó Barciel, más blanco y más fúnebre que un cadáver.

Pero don Bebe, creyéndole achicado, le bombardeó con una chaparrada de dicterios.

—¡Idiota, y elefante, y besugo, y envidioso,

y blancote, y majadero, y chulo, y gorrino y canalla! ¿Qué hay?

El autor de *Las flores*, con mucha parsimonia, aunque estaba un poquitín trémulo, sacó el reloj, y con una solemnidad que le hubiese envidiado Parra, dijo pausadamente:

—Son las seis menos tres. A las seis se me habrá acabado la paciencia, y si no me respeta usted, le cruzaré la cara.

—¿Conque me pegará usted a las seis?— repuso Benet, consultando su longines.

—¡En punto!

—¡Pues en punto son en mi reloj!

Y el padre de *Favila* se afirmó sobre sus plantas, y se tiró hacia adelante con la ceguedad de un pedruzco, y sonó un bárbaro estallido, y cayeron a tierra Barciel, alcanzado por la terrible bofetada, y don Boni, derribado por el ímpetu con que la atizó.

En el acto se concertó el desafío, y a la mañana siguiente encontráronse en el Frontón Benet, con sus padrinos Montursi y Távara, y Galo con los suyos, que eran Rebolledo y Espina. Garcés, elegido, por su experiencia, para dirigir el combate, presentóse con la buena cara del que va a presenciar un espectáculo más letífico que entristecedor; pero enfurruñóse al ver que ni siquiera disimulaban el miedo los rivales. Barciel, desmazelado, con cuatro verdugones en el descolorido rostro, desalen-

taba con la expresión de sus ojuelos, que nunca se habían parecido más a dos criaturitas temerosas de achicharrarse, y don Boni, debilitado, mustio, con un pavor que a cada momento mordía en las entrañas, pedía compasión con sus hondos suspiros. Montursi, tan atribulado como los dramaturgos, arriesgóse a hablar, de sopetón:

—Señores, yo creo, con perdón de ustedes, que esto es una herejía. Ustedes son hermanos; todos nosotros somos hermanos... Y exponerse a morir por una disputa sin trascendencia...

Don Boni y el del rubí, con una lividez de difuntos, le escuchaban llenos de ansiedad y le aplaudían con los brincos alborozados de sus corazones. «Sí, tenía razón. Era absurdo que dos hermanos se degollaran.» Mas para Garcés lo absurdo hubiera sido que se reconciliaran, y obligó a callar al meritorio.

—Señor Montursi—gritó imperativamente—, usted no ha venido aquí para molestarnos con sus pampiroladas, ni su misión consiste en deshonar al caballero que representa. Si usted tiene cerote, don Bonifacio no tiene cerote. Conque deje usted a estos caballeros cumplir con sus obligación.

¡Oh, la obligación!... La obligación exigía prescindir del «cerote», como decía el

zoilo, y engrandecer el disgusto de la disputa con el dolor de la pelea, y agravar el daño del bofetón con el peligro de muerte de la estocada. ¡Las cosas que hubiera sacrificado Benet por retirar el golpe, y las que habría concedido el de la quijada estupenda por declarar que no lo recibió!... Pero el deber forzábales a guardar silencio, y en silencio empuñaron las armas, y colocáronse frente a frente, y obedecieron la orden homicida.

—Adelante, señores.

¡Adelante, ya que no se podía huír! ¡Adelante, y no para brindar un agasajo fraterno, sino para conseguir, acuchillándose como dos milites furiosos, que se apagara la luz en las cabezas de donde brotaron *Las flores* lozanísimas y el *Favila* arrebatador!... El sonido de los sables, avivando la idea del riesgo, les despabiló instantáneamente. Necesitaban defender la vida. Una torpeza, una vacilación, un segundo de desmayo, y la Hedionda hincharía su horrible fardel. ¡Ah, no!... Había que triunfar, porque el triunfo era indispensable, y Barciel, pequeñín, flaco y ligero, comenzó a brincar, avanzando o retirándose, esgrimiendo su terrible aguijón con taimada malignidad, mientras don Bebe, grandote, gordo y pesado, permanecía inmóvil como una estatua del honor. Esta inmovilidad del tosigo Benet fué envalentonando poco a poco a su

enemigo, que, con la esperanza de la victoria, rompía los grilletes del recelo y atacábale con ardoroso rencor, ensayando tretas, amagándole con estocadas y tajos, batiéndole el hierro con bríos y aturdiéndole con una lluvia de reveses y cuchilladas. Don Boni, dominado, cejó con penosa lentitud, e incapaz de agredir, decidió mantenerse a la defensiva. Pero ¿cómo? Su arma, que él pretendía que fuese un yunque, ablandábase ya bajo el martillo; le pesaba el brazo, le dolían los dedos, desobedecíanle los pies, se le anublaban los ojos, y sus pulmones expulsaban el aire con igual jadeo que los fuelles de una fragua... ¿Cómo resistir? ¿Cómo sostenerse frente a aquella ardilla, frente a aquel cigarrón incansable, avieso y agilísimo, que cada vez saltaba con más vigorosa elasticidad?... ¡Ay, si hubiesen reñido, no cual dos caballeros, sino cual dos honrados ganapanes, sin más instrumentos mortíferos que los que les dió la Naturaleza!... ¡Con qué gusto, sujetándole entre sus garras, le habría oprimido el pescuecete de abubilla, y le habría arrancado sus greñas de panocha, y le habría hecho escupir el alma a puñetazos y puntillones!... ¡Y, por la maldita caballerosidad, tal vez la tuviese él que escupir!... Porque Galo, enardecido y sereno, lo mismo que si quisiera conquistar el galardón de una batuda, botaba

como un funámbulo, y, cual si esgrimiese mil aguijones, amenazaba por todas partes a su rival. Don Bebe, que ya había visto el hierro junto a su nariz y junto a su garganta, pensó con angustia que, segundos después, en cuanto sus fuerzas se agotasen, asesinaríale Barciel, para impedir que *Favila* se estrenara, y, estremecido por este horrible pensamiento, con un furor tartáreo, que le convirtió en un orate, tiró su arma, apoderóse, cogiéndola por la hoja, de la que manejaba el del rubí, al que atrajo del rudo tirón, y, prendiéndole por la cabeza con el brazo izquierdo, empezó a machacársela con el puño del sable.

Los padrinos corrieron hacia ellos, y Garcés, escandalizado, se puso a gritar:

—¡Alto!... ¡Alto!...

Pero don Boni no estaba en condiciones de respetar a nadie, y se zulló en la autoridad del crítico.

—¡Alto, cuando lo mate!—rugió con las carúnculas del cuello enrojecidas—. ¡Cuando acabe con él!

Barciel bramaba de dolor y de espanto.

—¡Sujetadle, que me desnucan!... ¡Por Dios, por Dios!... ¡Socorro!...

Y sin la energía de Montursi y Rebolledín, que, luchando a brazo partido con Benet, arrebatáronle su presa, hubiese iluminado el sol la satírica meollada del gacetillero.

Descalificado don Boni después de su brillante aunque arbitrario triunfo, experimentó en su modo de ser una mudanza que, desdichadamente, no tardó en cambiar el rumbo de su vida. Como si al dar una bofetada y unos golpes hubiera trocado su corazón de paloma por un corazón de lobo, el premio de belleza perdió su ponderación, su magnanimidad y su paciente indulgencia, y se hizo díscolo y puntilloso y dicaz, y adornó sus fatuos discursos con los arrequives de un jaque. Todas las ofensas que había ahuchado las quiso devolver, y desdeñó a Espina, y maltrató a Lasarte, sin miedo ya a las sanciones del honor, puesto que vegetaba fuera del mundo de los caballeros. El caudalillo heredado, pres-tándole un aplomo que nunca había tenido, le ensoberbeció de tal manera, que ni ante el olímpico don Benjamín humillaba sus ojos desafiadores. Y contra don Benjamín, precisamente, contra un bloque de granito, fué a chocar para destruir en un momento el fruto de su labor periodística.

Una tarde, el ingenioso Virgilio, harto de atormentar a Tobalín con sus artificios usuales, se hundió el índice de la diestra en la naricilla, y, hurgándose por dentro el ojo, se puso a reflexionar. Poco después se alargaba de júbilo la boca del interesante caballerete,

que, satisfecho de su maquinación, buscó a su triste y sufrido esclavo.

—Morral—exclamó con el aticismo que había mamado—, ya sé lo que eres tú.

—Déjeme usted, señorito Virgilio—suplicó Tobalín.

—¿Qué es eso de señorito?... ¿Nada más que señorito, asqueroso botones? ¡Me tienes que hablar de don, porque yo soy tu amo, y te ahorcaré cuando llegue a ministro, so morral!

—Bueno, don Virgilio, déjeme usted.

—¿Porque me digas don voy a dejarte?... ¡Quita, granuja! Y te voy a decir lo que eres. Tú eres un cochino anuncio. ¿No se te cae la cara, morralón?... Antes de entrar aquí, ibas por la calle vestido de zorro.

—¡No es verdad!—afirmó Tobalito.

—¡De zorro, de zorro!... ¡Te vió mi papá! ¡Niégalo, y se lo digo para que te ponga en la calle y comas piedras! De zorro, de zorro. Llevabas en la boca un gallito, y en la mano un pendón con el anuncio de una peletería. ¡Cuidado que tienes poca vergüenza!

Al injuriado se le arrasaron los ojos.

—Yo he vivido siempre con mi mamá—gimió—. Y no hubiera salido de zorro y con un gallo en la boca, por nada. Eso no es decente.

—¿Y es decente salir de botones?... ¡No!

¡Y sales de botones! Y ahora te vamos a poner el título del periódico en la espalda, más abajo, la calle, y en los fondillos, el número de la casa. Un número como un melón..., porque tú eres un cochino anuncio, so morral.

—Eso no puede ser. En los fondillos no me ponen a mí un número.

—Sí te lo ponen, morral.

—¡No me lo ponen!

Se desfiguró de tal modo, que el pequeño de Andara se creyó en el deber de formular severamente una advertencia:

—Como llores, te zurro. Y una vez te comiste el gallito, con plumas y todo, indecente hambrón. Por eso te echaron los peleteros. Lo sé.

Mas Tobalín no le oía ni pensaba en llorar. Tobalín, rumiando lo que habíale anunciado su verdugo, veíase ya con la cifra espantosa en los fondillos—dos números como dos melones—, escoltado por perros que le ladraban, y por «golfos» que burlábanse de su afrenta, y tanta doblez y tan descomunal perfidia subleváronle y le hicieron partir las cadenas de su esclavitud.

—¡No me pondrán los números!—afirmó con viril energía—. ¡Y el que me los quiera poner, será un morralazo y un puerco ladrón!

Virgilio estuvo unos segundos como el que ve visiones. Aquella pulga, nacida para su

diversión, aquel hambriento despreciable, ¿se había atrevido a calificar de morralazos a los que le llenaban la panza?... ¡Oh, cómo iba a cobrarse de la injuria!... Escupióse en las manos y se las restregó, y ya preparado para reventar a guantadas a su siervo, le quiso infundir un saludable terror, con objeto de que soportase el castigo con más timidez que de costumbre.

—Y si te los pusiera mi papá, ¿sería también un morralazo?

La respuesta fué como un tiro:

—¡Y un puerco ladrón!

—¡Mi papá!

Tan inaudita, tan increíble, tan absurda era aquella insolencia, que el caballero Virgilio, desazonado y descompuesto, metióse ambos índices en la nariz, para combinar alguna diablura ingente. ¡Conque la corredera de los recados, vil y cobardona, se atrevía a llamarle puerco ladrón a su dueño!... No le hubiese sorprendido más ver a Tobalín de levita y constelado de cruces, y a don Benjamín vestido de «botones» y con dos números como dos calabazas en sus dignas y orondas posaderas.

—Dilo otra vez—exclamó gangueando, porque continuaba con los dedos en la nariz—. No te atreverás.

—¡Digo que, si me los pone, es un morralazo y un puerco ladrón! ¡Ya me atreví!

Aunque la corredera estaba desconocida, Virgilio, creyendo que apresurárase a huír, le dió un puntapié; mas el valor que, latente en el alma del pequeñuelo, se había asomado, por fin, a su boca y a sus ojos, no sintió que otra vez lo encerrase la voluntad, y empujó a Tobalín, convirtiéndole en una fierecilla, y el archifeo, que recibió un sosquín y varios repelones, dejó escapar unos inhumanos alaridos.

—¡Papá, papá!... ¡Ay, papáaa!...

Perseguido por el chiquito, que sólo se contuvo ante los bigotes de Andara, refugióse en la redacción, y, sangrando por la nariz, reclamó el auxilio paternal:

—¡Sangre, sangre, papaíto!... ¡Me ha hecho sangre!... ¡Porque no le dejé que te llamara puerco ladrón!

¿Sangre? ¿La sangre luminosa del más tierno de los Andara, vertida por el retoño de una prostituta? ¿Y aquel futuro asesino había osado acusarle de ladrón, como los periódicos republicanos?... Don Benjamín, ciego de rabia, con su monstruoso hígado destilando hiel, cogió al «botones» por el pescuezo, lo levantó, descargó sobre su carita unos cuantos puñetazos y lo tiró contra la pared para que se estrellase. Don Boni, que

temblaba como una hoja, se apresuró a auxiliar al niño.

—¡También te dijo morralazo, papá!—clamó el joven «Anduviera».

—¿Qué va a esperarse del engendro de una perdida?

Y entonces saltó el palenque de la liza Benet:

—¡Eso no estaría mal si se refiriera usted a su hijo!

El prioste de la borreguil hermandad se figuró que no había oído bien.

—¿Qué ha dicho, don Boni?—preguntó desdenosamente.

—Lo que usted ha escuchado, señor «Anduviera».

—¿Qué es eso de «Anduviera», mentecato?

—¿Y qué es eso de don Boni, adoquín?

El gerente, con el hígado empequeñecido y con el corazón como un altramúz, se escondió tras la barrera del sarcasmo.

—¡Ho-la!... El perilustre dramaturgo se insubordina. No tan aína. Espere, espere a que el vulgacho le haga justicia a sus talentos.

—¡Yo me cisco en el vulgacho y en usted, perilustre camello, conspicuo saco de bilis!

—¡Pues tome la puerta, majagranzas!

—Cuando declare que es usted un bacín.
¡Un bacín y un cobarde! Porque maltratar a un angelito ¡es una cobardía!

—¡ Ha herido a mi hijo, señor Benet !

—¡ No es verdad ! ¡ Y su hijo, que es el bichejo más feo y más infame que deshonra al mundo, y que acabará ahorcado, merece, no que le hieran, sino que le descuarticen ! ¡ Es un verdugo, un inquisidor, con hollín en las venas ! ¡ Es peor que usted !

—¡ Señor Benet, abusa de su descalificación ! ¡ Me está insultando porque sabe que mi espada no le debe buscar el pecho !

—¡ Mi espada ! ¡ La sota de espadas !... ¡ No sea usted cursi !... ¡ Lo que usted tiene es una satisfacción que no le cabe en la barriga por estar libre de mí ! Y si no, mándeme sus padrinos. ¡ O pégueme, como le ha pegado al «botones» ! ¡ A mí nadie me soltaría lo que yo le he soltado a usted ! Y agregó que es usted un «Caminante». «Caminante», según Távora, es nombre de buey.

—Es inútil, señor. No me pego como un faquín, y usted no puede batirse.

—¡ Pero puedo descalabrar a los collones como usted !

¡ Claro que podía !... El diccionario, con todos sus sicofantes, cornacas, carientismos, vítulos y fulidores, hendió el aire, y, como una avutarda herida, se abatió sobre el testuz de don Benjamín, y por el mismo camino vinieron las tijeras, y el frasco de la goma, y los tinterotes, y el terrible Andara, espantado,

por huír del siniestro malabarista, tropezó y desplomóse con majestad.

—¡Luiiis!—aulló el gerente, mientras «don Virgilio», dando inequívocas pruebas de su amor filial, se golpeaba el nalgatorio con los talones para impedir que a él le tocase alguna china—. ¡Luiiis!...

Y don Boni, que imitó el grito del pavón, ágil como si el odio le hubiese prestado unas alas, se apoderó de la botella de la tinta, destapóla de un mordisco, y la frente, los ojos, la nariz y las mejillas del imponente don Benjamín desaparecieron bajo una negra cascada.

—¡Luiiis!—tornó a aullar el vencido, con una desesperación tan sombría como su rostro.

Y esta vez acudió Luis; pero no escuchó la orden acostumbrada, sino la que don Boni, con un pie en la tripa del derrotado, voceó grotescamente:

—¡Luiis!... ¡La tinta!

Una semana después, don Benjamín, que, a pesar de los prolijos lavoteos y las frecuentes escamondaduras, aún tenía un gracioso color de gitanillo, recibió la visita de Adolfo. «El Luchador», que habíase desprendido en Lisboa de la gaditana, y que retornó a la corte sin un céntimo, aconsejado por Rebolledín, presentóse a «Anduviera» para poner en claro su situación. «Continuaría en el periódico

hasta que devolviese, con su esfuerzo, las sumas que sus inspiradores le habían anticipado. Sólo cobraría cincuenta duros, a fin de que, con el resto de la mesada, fuera amortizándose su deuda, y trataría a las personas con quienes emparentó, por su desgracia, sin ninguna intimididad, como el redactor que de ellas estuviese más alejado.» Al «olímpico» no le disgustó el propósito. «Convenía dejar que el tiempo rematase su labor de olvido, de benevolencia y de justicia. De justicia, porque tal vez lo que en apariencia era culpable, no lo fuese en realidad. Mas ya el tiempo barrería brumas, y estrujaría lo falso para extraer el zumo de lo verídico, e iluminaría las inteligencias necesitadas de luz.»

—Respecto a mi sobrina, que no le engañó a usted, porque, efectivamente, la ultrajó un desconocido, debo decir algo—añadió, al despedirse Ureña—. No, no tema que le moleste con ruegos, que, en la actualidad, serían inoportunos. Me limitaré a manifestarle que Rosina abortó, que estuvo a las puertas de la muerte, y que ahora trata de recobrar la salud del cuerpo, ya que nunca recobrará la del espíritu, en una finca de sus hermanos.

«¿También éste se empeña en que me traque lo del desconocido?»—salió pensando Adolfo—. «Pues se va a divertir. ¡Un desconocido!... ¡El hombre misterioso de las nove-

las !... Y el desconocido será un guarda, un pelantrín, o un lacayo, que aprovechará otra vez la ocasión... Sí; la sensitiva dará turnos para que la ultrajen, en cuanto que se aficione. ¡ Son muy sabrosos los atropellos !

Obsesionado por la sucia idea, e invadida la imaginación por imágenes de una salacidad torturadora, refugióse en un cafetucho y bebió con enfermiza precipitación. No estaba bueno; en su organismo se había roto algo de vital importancia, y en su mente mecíase el núcleo de una nubecilla, que agrandábase en ocasiones y rodeaba su razón de tinieblas. En tales momentos, el mozo, alucinado, gimiendo bajo el dominio de su fantasía, tornaba a recorrer la senda de abrojos de su noche nupcial, y oía, primero, las palabras con que agasajábale para contener su impaciencia la meretriz, y la veía luego en sus brazos, mimosa y estremecida, y contemplábala después en tierra, como si no pudiese levantar el horrible vientre, y divisábala, por último, a lo lejos, alejándose por el corredor de Luz, con la medrosía de un corderillo. Y pugaban por acaparar su corazón sentimientos tan encontrados y tan potentes, y le sacudían con tal fiereza el odio, la piedad, el amor, la lujuria, el orgullo y el asco, que, para no enloquecer, hundía en alcohol sus pensamientos.

La mortal medicina agotó en cortísimo espacio su paga, y, nuevamente en la miseria, se hospedó en el alojamiento de Barciel. El dramaturgo se había trasladado con «Barbarroja» y los ratones a la sala de que gozó—sin pagarla jamás—el fabricante de nubes, y Adolfo dispuso por entero de su antigua pocilga, y volvió a merendar en el jaulón de Olid, y a consultar la gramática frente al pasillo, cuando su inopia no le permitía embriagarse. La Pastor no le intranquilizaba ya con sus irrupciones, bien porque, seducida por el triunfo, se hubiese enamorado de su galán, o bien porque la recluyese en el dormitorio el estado de su hermana, que era la que, en sus escapatorias, solía visitar al «Luchador». Obscurecido su cerebro, Inés proyectaba una excursión al valle de Josafat—al que se iba por las Filipinas, Inglaterra y Getsemaní—para que Dios, partiendo un pelo, le hiciese una capa azul y para charlar un rato con su abuela y su madre.

—¡Las pobres!—decía—. Las ahorcaron por brujas, una mañana, al cumplir mi madre treinta años y mi abuela treinta y tres y cinco dientes. ¡Ya ves quién soy yo!... ¡Decentísima!... Como que mi padre no es ese «guaja». Mi padre, desde la cintura al moño, fué don Nico-colás Salmerón, y desde la cintura a los pies el jefe superior de la Policía, don Fer-

nando VII y II. ¿Quieres que haga la prueba del gato negro?... El gato negro ha nacido de una gota de sudor de los calcetines de Rabadán. Yo lo vi. Ahora, el apuntador se lo lleva a mi hermana por la noche y duerme con ellos.

A Adolfo le impresionó sin saber por qué la absurda denuncia y, aunque sin concederle ningún crédito, interrogó a su amigo:

—Oye, Olid. La loca dice que tú le llevas todas las noches a su hermana un gato negro que duerme con vosotros. ¿Qué significa esa barbaridad?

El desdentado se echó a reír.

—¿Ya te lo largó? Comprenderás que es una locura.

—Naturalmente.

—Aunque existiera semejante gato, no íbamos a dormir con él.

—Pero ¿cómo? Tú y Conchita...

Olid le enseñó otra vez las encías desempedradas con una sonrisa que asemejábase a una mueca y se encogió de hombros.

—Chico, empezó a coquetear, y yo, que no soy tonto, me aproveché. Flor que se me ofrece, la huelo.

Adolfo palideció como si le hubiesen traicionado y no encontró palabras para replicar... ¿Era posible que Conchita, una mujer hermosa, se hubiera ofrecido a aquel espec-

tro? ¿Con qué lodo la habían formado que se deleitaba al sentir el roce de la putrefacción?

—Te advierto—prosiguió el consueta, reventando de jactancia—que no me pongo monos. No he sido yo el conquistador, sino el conquistado. ¡Sí, hijo, sí! Como que estoy seguro de que, si dejo pasar tres días sin decirme, se me declara ella. Así es que, en cuando dí el salto del león... como quien lava. Y es que la pobre está de su novio hasta la coronilla. ¡Mira que en veinte meses de relaciones no haber dicho: «envío»!... ¡Si será estúpido!

¡Estúpido, porque era decente! Y en cambio el fantasma le parecería listo a la mujerzuela porque, aunque medio muerto, ejecutaba desde el trampolín de su lujuria «el salto del león». ¡El salto del león con aquellas botas!... Ureña se contuvo para no aporrearle y le echó de su pocilga.

—No entres más aquí, esqueleto. Eres un canalla, y no me gusta tratar a canallas.

El mismo día de la riña con el consueta, intimó con Benet, a quien admiraba desde que ennegreció al gerente. Don Boni, que había sabido por Távora—pillastre de un vino muy indiscreto—la luciferesca malignidad con que Yago-Lasarte convirtió en envidia su emulación y en agresivo odio su disgusto resignado, fué a pedirle perdón a Barciel. Reconci-

liáronse, comieron en amor y compañía, y cuando se marchó a *La Independencia* el del rubí, el viejo, con dos copas de más, puso a Adolfo al tanto de sus planes y le rogó que le prestara su auxilio. «Libre de la esclavitud del diario, afanábase por estrenar *Favila* y no era adverso el resultado de sus gestiones. El ilustre Parra habíale acogido con cariñosa benevolencia; el domingo, después de almorzar en el Inglés, escucharía la obra, y él temía destrozarla por sus pésimas condiciones de lector... Si algún amigo le quisiera sustituir...»

No ignoraba el mozo que don Bebe, por timidez, se ruborizaba hasta cuando veía a esas mujeres de cera que exhiben corsés en los escaparates, y se prestó a servirle de lector. Parra, con su gallardía de torero, su vientre de obispo y su mirada de príncipe, presentóse con un gentil retraso de cuarenta minutos, les honró y les pasmó comiendo y bebiendo más que siete cavadores, y trasegando champagne, cognac y café, para estimular la secreción de sus jugos gástricos, escuchó las quintillas, las redondillas, las décimas y los romances de don Boni con la impasibilidad imponente de una boa harta. El autor, al ver que se le caían los párpados, que fluían de su boca unas babas de poética transparencia, y que, a veces, humillaba el testuz, estremecía-

se despavorido, creyendo que se iba a dormir; pero, al terminar el primer acto, se enderezó la boa, y con los ojos de par en par y el testuz más resplandeciente que una estrella, abrazó a Benet, colmándole de elogios.

—¡Supremo! ¡Soberano! ¡Arte del siglo de oro, queridísimo señor!... Permítame usted, no que le felicite, sino que felicite a España, que desde hoy contará con un poeta dramático de la estirpe de Calderón, Lope y Zorrilla. Parra, que entiende un poquito, sólo un poquito de estas cosas, tiene el honor y la dicha de asegurarlo.

Benet, que, de la emoción, estuvo a punto de rodar con una congoja, le pagó el espaldarazo al farandulero con mil zalemas y mil encomios y se arrepintió de la mala idea que le había inspirado su noble actitud de recogimiento. ¡Dormirse el gran actor! ¡Dormirse, cuando babeaba de gusto y entornaba los párpados para que no le viesen llorar!...

—Bueno. ¿Vamos al segundo?—preguntó Ureña.

Más la sencilla proposición parecióle monstruosa a don Manuel.

—¿Al segundo?—dijo escandalizado—. Pero usted ¿sabe cómo están mis nervios, criatura? ¿Usted sabe la impresión que he padecido?... Yo, valga la verdad, me figuré que iba a oír una cosa discreta, no una cosa for-

midable. Y de lo formidable no es lícito abusar. Déjenme, déjenme, y cuando me reponga continuaremos. ¡Qué acto!... ¡Qué maravilla de acto! Si se le parecen los otros, armaremos una revolución.

Y como los otros—que le costaron a don Boni dos almuerzos más—se le parecían y aun le aventajaban, admitió el artista la obra, y el autor, pendiente del cómico, empezó a frecuentar los cuartos del corralón de Noveidades. Aunque Parra, con el poderío fonético de un Estentor y con el vigor de un atleta, voceaba su repertorio y se retorció todas las noches, apuñalado, envenenado o fulminado de un tiro, la gente no henchía el corralón más que muy de tarde en tarde, y la Empresa se daba a los demonios. Había que atraer con estrenos al público; con estrenos de autores mediocres o de autores rematadamente malos, si los ilustres se resistían a escribir para don Manuel, y era preciso apartar las comedias menos deletéreas para ofrecerle a la multitud oportunidades que le permitiesen mover con garbo los pies.

Parra, acuciado por sus aparceros, pensó que una obra deletérea tal vez fuese más divertida que una mediocre o sencillamente mala, y, sobre todo, que quizás defendería mejor sus particularísimos intereses, si él manejaba el

incensario con astucia, y al terminar la función marchóse al café con don Boni.

—Don Bonifacio—exclamó tristemente, después de embaularse una cena pantagruélica—, le voy a dar un disgusto; pero compadézcame usted, porque el que yo me he chupado es mucho mayor.

—Diga, don Manuel—respondió, echándose a temblar, don Bebe.

—No puedo estrenar *Favila*.

El dramaturgo miró al cómico asombrado, espantado y dolorido, con la angustia del cordero que siente la cuchilla en la garganta, y no chistó.

—Y no puedo estrenar su drama, siendo el que más me ha gustado desde que soy actor, porque el negocio, que carece de entrañas, me esclaviza, y entierra mis proyectos, y se ríe de mi afán de gloria. ¡Con lo que yo hubiese disfrutado diciéndole a Madrid: «Ahí le tienes; ahí tienes a un poeta del siglo de oro; ahí tienes a un hombre que, por modestia, ha vivido en la obscuridad, valiendo más que todos los que brillan!...» ¡Más que todos! ¡No proteste, que no se lo toleraré! ¡Ajo, con la modestia!

Don Boni, que, en su anonadamiento, ni había entendido lo que parlaba, se sonrió melancólicamente, y el histrión continuó:

—Pero no es posible. Como no contaba con

Favila, solicité obras de dos caballeros «consagrados», y esos caballeros, sin duda porque han sabido que su drama es de los que pegan y se imponen, quieren estrenar ahora inmediatamente.

Reveló en voz baja los nombres de los caballeros—dramaturgos de altísima notoriedad que hubiesen preferido no escribir a ver sus comedias despachurradas por don Manuel—y el bueno de don Bonifacio se sublevó:

—¡Es canallesco, querido Parra!... ¡Canallesco, indigno, asfixiante!... ¡De modo que esos caciques, por envidia, con la cobarde impunidad del que le apunta con un cañón al que sólo maneja un palo, me cierran el camino!... ¡Para que *Favila* no se imponga!... ¡Para que el público y yo no acabemos con los farsantes!

El ruiñeñor del teatro romántico escoltó a un brutal regüeldo con dos o tres sutiles suspirillos, y, apretándole la diestra a don Bebe, rezongó:

—¡Para eso! ¡Para que los farsantes no sean aplastados!... ¡Y qué le hemos de hacer!... ¡Paciencia! Mayor que la de usted es mi amargura; mucho mayor, porque pierdo un triunfazo personal y unos miles de duros.

—Y ¿por qué se somete usted?

Parra tornó a suspirar, y, punzantemente,

colérico y amargado, hizo una confesión dolorosa:

—Pero ¿no lo comprende usted? ¿No comprende que no es mi voluntad, sino mi pobreza, la que me rinde a esos señores? Con algunos ahorrillos, ¿qué habría hecho este admirador de usted?... Pues les habría mandado a coger ranas, tirándoles las obras a la cabeza, y estaría ya, muertecito de gusto, sorbiéndose los versos de esa pequeñez que escribió con plumas de serafines un tal don Bonifacio. Mas, amigo mío, después de solicitar y obtener obras de esas nulidades célebres, para rechazarlas, hay que indemnizar. ¡Si me tocasen a la lotería cuatro mil pesetas!...

No le tocaron, ni le podían tocar, porque no jugaba; pero como don Boni, ansioso de barrer a los farsantes, se las entregó, al poco tiempo leía Ureña el drama en el teatro y comenzaban don Manuel y sus foragidos a ensayar *Favila*. Olid, a quien por una recomendación de Galo, que apoyó don Bebe, había admitido el rui señor, era el único que se interesaba por la obra, que aburría lamentablemente a los histriones.

—Está pasadilla—declaraban los más benévolo.

—¿Pasadilla?—replicaban los ariscos—. ¡Putrefacta! ¡Pocas nos van a dar!

Y unos y otros, imitando a su conspicuo jefe,

vomitaban los versos, robándoles su cadencia, en los pasajes que sabían, y los alteraban con monstruosa arbitrariedad en los que no habían estudiado, sin preocuparse del martirio de don Boni, que, por su apocamiento, intervenía de higos a brevas y para suplicar más que para corregir.

A veces, las faltas eran tan garrafales, que el autor, alarmado, no se podía contener:

—Señor Caprinez, no ha dicho usted un verso en esa quintilla.

El señor Caprinez honrábale con un gesto de indulgencia y defendía su error:

—No se preocupe. Me lo sé. Es que me lo he comido. Las obras ganan con los cortes.

Y agregaba don Manuel:

—Cortar una obra es como podar un árbol. Yo, gracias a los cortes, he conseguido que aplaudan a Calderón.

Benet pensaba que no era lo mismo podar una encina que hierla en el tronco, o desmocharla, a cortarlas las raíces; pero, por ser la esposa del ruiñeñor la que esgrimía la podadera más frecuentemente, no quiso discutir. Además, la discusión habría sido inútil amén de peligrosa, porque doña Rosario, la costilla del farandulero, no toleraba contradicciones.

—Manolo, quita eso, que no te va—decíale a su marido.

Y don Manuel lo quitaba.

—Manolo, suprime eso, que es pesado.

Y don Manuel la obedecía.

Los actores la odiaban más que al demonio y la temían más que a la ira de Dios; pero en cuanto presentábase con su tortuga—una tortuga con turquesas incrustadas en el carapacho, que compró en los Estados Unidos—rodeábanla risueños, la envolvían en una nube de adulaciones y acariciaban y elogiaban al torpón animalito, al que le decían «Arturo». Caprínez, el galán, habíase calzado la predilección de la señora llevándole golosinas al bichejo y atribuyéndole todo linaje de virtudes con una desvergüenza sin par.

—¿Qué nos cuenta don Arturín?—voceaba enflaqueciendo cariñosamente la voz, cual si le hablase a un niño—. ¿Cuándo va a componer un drama don Arturín, para que se luzca su tito Caprínez?

La consorte del cómico, llena de simpatía, olvidaba que Caprínez tenía abandonados a sus hijos, y mimábale por su gran corazón.

A don Bonifacio su deseo de encomiar a la tortuga para ganarse el favor de su dueña le pudo perjudicar. Una tarde, la compañía exageró con tal unanimidad sus alabanzas, que don Bebe, acariciando a «Arturo», decidió unirse a sus admiradores.

—Tienen mucha inteligencia estos animales—afirmó—. No digo, como Caprínez, que

puedan escribir dramas; pero ¡caray! sí son inteligentes. Inteligentes y limpios.

Y ya iba a soltar, como prueba de su última aseveración, que devoraban las cucarachas, cuando un infeliz meritorio, con la prisa de los que desean hacerse amables, se le adelantó:

—¿Que si son limpios?... ¡Que se lo pregunten a las cucarachas!

—¿A las cucarachas?—preguntó Caprínez fingiendo un gran asombro, mientras palidecía la protectora de «Arturín»—. ¿Por qué?

—Porque se las comen.

Doña Rosario se levantó con igual ímpetu que si le hubiesen clavado en el trasero el cuchillo con que su esposo acostumbraba degollarse al final de algunos dramones, y confundió al temerario comiquillo:

—¡Usted será el que coma cucarachas, puerco hambrón! ¿Qué le ha hecho a usted «Arturo» para que le insulte?

—Pero, señora...

—¡Qué señora, ni señora! ¡Usted es un indecente y un envidioso!... ¡Cucarachas!... ¡Ya quisiera usted comer lo que come mi tesorín! ¡Manolo, que no vea yo más a ese individuo!

Acariciando a la tortuga, dejándose varear por don Manuel—que le sacó quinientas pe-

setas para guardarropía y mil para decorado—, suplicándole a Caprínez que no se alimentara con sus versos, endulzando con bombones la acritud de las damas y combatiendo con un chorrillo de duros, generosa y hábilmente distribuidos, la indisciplina de la gente de abajo, llegó Benet a la noche espantosa del combate. Una voz irritada, la de Olid, que zullábase en los empresarios porque habíanle despedido con cajas destempladas de la contaduría, negándole unas pesetas, le sacó del letárgico amodorramiento en que le había sumido el pavor.

—¡ Es una crueldad !... ¡ Es una ferocidad !— gritaba el desdentado—. ¡ Es meterle a uno en la jaula del tigre, sin revólver y sin fusta ! Y si el autor y los cómicos se juegan su fama... ¡ yo, que «debuto» en Madrid, me juego la mía !

Como el revólver y la fusta extraíalos Olid del cazalla y del chinchón, esgrimió don Bebe el mágico chorrillo, y el consueta, con un par de amadeos en la zarpa, recobró su ecuanimidad.

—Es que quiero lucirme, don Bonifacio— exclamó, azotándole el rostro con una tufarada alcohólica que parecía brotar de un serpiente—. Para que vean estos tíos que usted no ha recomendado a un quídam, sino al rey

de la concha. Y van a ver, porque, en cuanto le atice dos besos a mi abuela doña Cazalla, voy a apuntar *Favila* leyendo el *Heraldo*.

A don Boni perlósele de sudor la frente y protestó con angustia:

—¡ Por el amor de Cristo, no haga ese disparate, Olid !

—¿ Disparate y me sé la obra como el Padrenuestro ? López, el del Español, ¿ no apunta «cargándose» el *Heraldo* ?

—Pero no cuando estrena.

—Pues por eso yo me lo voy a «cargar» en un estrenito. Para demostrar que el verdadero rey es «mangue».

—¡ Por Dios, Olid !... ¡ No luche usted hoy con López !... Usted lo vencerá. ¡ Pero otro día, Olid !

El fantasma no pudo contestar porque, acuciado por el traspunte, bajó al foso y se acomodó en la concha. En seguida comenzó a notar risibles singularidades que le divirtieron, como la de que la tabla que sostenía sus posaderas oscilase lo mismo que un columpio y como la de que el telón bailara, siguiendo el compás de la música. Pero lo que más le alegró fué el desastre del *Heraldo*, que, hecho indudablemente por unos locos, era una diabólica mesa revuelta con las titulares partidas, con las columnas inclinadas, con los pá-

rrafos truncados, con las letras borrosas, con los dibujos caídos... ¿Quién se «cargaba» aquel jeroglífico asqueroso? Y lo primero que hizo, al empezar la representación, fué comunicarle sus impresiones a Caprínez:

—¿Se ha fijado usted en la barbaridad del «Heraldillo», señor Caprínez?... ¡La diñó!

El señor Caprínez, que no esperaba que le hablasen, le miró acongojado; pero el rey de la concha, sin coger el ejemplar, pronunció los dos versos que abrían con llave de oro el alcázar resplandeciente de *Favila*:

“Hoy es día poderoso,
día noble de verano....”

La risa con que fueron acogidos estos versos—prólogo del triunfo—no la escuchó Olid, que, apuntando de memoria, para meterse a López en el bolsillo, observaba otras particularidades sorprendentes. En el centro del escenario, donde él vió colgar una araña, veía ahora dos, y aun aprobaba con sus mohines el loabilísimo alarde de lujo, cuando un mirífico suceso le dejó maravillado. El sabía que Parra, tirándole peluconas a la multitud, debía aparecer por el foro; pero un Parra nada más, y fueron cinco los que aparecieron. ¡Cinco Parras exactamente iguales, cinco «Favilas» con el mismo bigotín a la inglesa, el mismo

frac, el mismo sombrero aplastado, el mismo gabán de pieles, la misma camisa arrugada por el «Champagne»... ¡Prodigiosa «caracterización» la de los cinco actores!... Mas, ¿cómo iban a arreglárselas? ¿Habrían todos a la vez, exponiéndose al castigo del público?... Y apuntó, y todos, alzando la cerviz y azotando el aire con los remos, bramaron, con idéntica voz, la palabras del original:

«¡Toma el oro, vil canalla,
que en la bolsa ya me estalla!»

Y se rió la gente; pero sin acompañar sus carcajadas con algunos justicieros patatazos. ¡Ah, el imbécil público! Rióse también el consueña, y no pudo resistir al deseo de felicitar al ruseñor:

—¡Cómo conocemos a esos burros, don Manuel!... ¡Siga la broma!

Los cinco «Favilas» clavarón en él sus ojos, y no con agradecimiento ni con regocijo, sino con terror, y Olid, como una máquina, siguió eructando versos, y se plantó en la penúltima escena con más gentil desenfado que el propio López. Mas, a aquellas victoriosas alturas, un hecho de gravedad incontrovertible le vino a restar ánimos: un rumor que él no podía confundir, el del agua que sube y se desborda y acomete para expandirse, llegó a sus

oídos, y comprendió que Madrid, inundado, no tardaría en desaparecer. Encogió las piernas, aquellas piernas que tantas veces le habían servido para simular con gallardo arrojo el salto del león, y aunque, recordando a Conchita, pensó en huír, no tardó en desechar la liviana idea. «¡El buen apuntador—se dijo—muere en su concha; pero no huye!» Y decidido a sacrificarse, cruzó los brazos, inclinó la cabeza, miró a don Manuel con desgarradora melancolía, callóse, puesto que ya era inútil apuntar, y se quedó cuajado.

En la escena, el efecto fué abrumador. Caprinez, que le disparaba a «Favila» un romance poniéndole de villano y mal nacido que no había por donde cogerle, prosiguió disparatando por su cuenta para que el público, que estaba de uñas, no le abuchease, y la damita, empavorecida, recurrió al primer actor.

—¡Dios mío!—dijo con la voccecita estrangulada—. ¡Se ha dormido ese hombre! ¿Cómo vamos a terminar?

Y, de súbito, el ruiseñor, demudado, congestionado, le cortó a Caprinez el parlamento, apartándole de una garfada, exhaló un aullido que sacudió con la fortaleza de lo trágico el alma de la multitud, y gritando: «¡Jamás!... ¡Sacrificio y muerte, madre mía!... ¡Muerte, muerte, muerte!», dió un

bote de trucha y se desplomó entre las aclamaciones delirantes del público.

Y así llegó don Boni al fastigio de su gloria y empezó a sacudir el pedestal de los caciques del arte dramático.

VIII

Una tarde, Rosina, que acababa de retornar a Madrid, invadió el despacho de su tío, que se iba ya a la redacción, y, hecha un mar de lágrimas, le suplicó que la defendiera.

—¿Defenderte?—preguntó asombrado don Benjamín—. Pero... ¿y tu hermana, y Emilio?

Y la confesión brotó de golpe, espantando al viejo por su terrible gravedad y por la violencia con que surgía de los labios de la muchacha: «Todo aquello de la tempestad y del labriego que la forzó era un vil embuste de Emilio. ¡El, él fué el culpable! El, que la emborrachó para conseguirla, y que luego la sometió con sus ferocidades de verdugo!»

—Pero, ¿y Luz?—exclamó Andara, que casi no se atrevía a darle crédito a sus oídos.

—Me odia. Tiene celos de mí. Se figura que quiero a ese malvado. ¡Quererle!... ¡No he querido, ni quiero, ni querré más que a mi marido! ¡Soy de él en cuerpo y alma! ¡Me casé con él adorándole, y desde que me rechazó, le idolatro! ¡Y antes que tolerar de nuevo las infamias de Emilio, me mataré! ¡Me mataré! ¡Lo juro!

Hablaba con tan frenética exaltación que don Benjamín, sumiso siempre ante Paredes, porque le temía, se brindó a auxiliarla.

—Esta vez—afirmó—no chillará ese jaque más que tu tío. Volverás a su casa, porque nunca hay que darle dos cuartos al pregone-ro, y si te quedaras aquí se los daríamos. Prudencia, pues. Y respecto a Adolfo, yo procuraré tantearle. Quizás no esté tan duro.

Y no estaba tan duro, porque ya el «Luchador» no era el «Luchador», sino el derrotado; mas un derrotado que vanagloriábase de su derrota y que celebraba su hundimiento. Bebía cada vez más; pero, como si el alcohol hubiese matado en él todos los anhelos, todas las ambiciones, todas las altiveces de la juventud y todas las rebeldías de la carne, haciéndole comprender la inanidad de los bienes terrenos, sus borracheras no le alegraban ni le embravecían, sino que, enterneciéndole místicamente, le inspiraban palabras de un redentorismo infantil. «Las Florecillas de San Francisco», que leyó por primera vez, con una emoción que le arrasaba los ojos, durante su viaje a Lisboa, se le metieron en el alma y apresuraron su metamorfosis espiritual. Hojeábalas en las tabernas, las releía en los cafés, en su alojamiento y en la redacción, y la simplicidad candorosa de los relatos franciscanos y su fe robustísima enfer-

vorizábanle y sumíanle en un mar de beata delectación. A veces, con el entendimiento eclipsado y el discurso interrumpido, el celestial fuego que le consumía hacía le cometer extravagancias peligrosas. Una noche, deseoso, como fray Junípero, de que le humillaran, se desnudó en un colmado, y habría recorrido las calles con las ropas en la cabeza si no le hubiesen encerrado. En algunos momentos parecíale que de su corazón salía una cruz de oro, cuya extremidad se ocultaba en el cielo, como la que meser Bernardo de Asís vió brotar de la boca de San Francisco, y, exaltado, lamentábase de que no hubiera en Madrid lobos tan fieros como el convertido por el Santo en Agubbio, y marchábase a la Moncloa y les enseñaba a los pajarillos la buena doctrina con sus sermones:

«Hermanos pájaros, estáis muy obligados a Dios Nuestro Creador, que ha sido vuestro padre y vuestro sastre, que os ha librado de sembrar y de segar, que no os ha castigado con la vergüenza y el pudor, ni os ha impuesto la fidelidad en vuestras relaciones amorosas, para que no conozcáis el adulterio. Aunque no haya ríos de «cognac», ni siquiera de aguardiente, debéis darle gracias al Señor. Os lo ruega, hermanos pájaros, el pobrecillo Adolfo.»

Estas ebriedades evangelizadoras termina-

ban frecuentemente en las Casas de Socorro, porque el ex «Luchador», avaro de befas, de baldones y de vilipendios, para que le maltratasen, les solía recordar a los cristianos puntillosos las ofensas que les había inferido, o acusábase de las que pensaba inferirles, solicitando con humildad la sanción. Gracias a este procedimiento, le solfeó el petardista de los Upmann.

—Amigo Arévalo, ¿ha olvidado aquel bofetón que le dí? —preguntóle un día en una taberna.

El «Galgo», figurándose que pretendía repetir la suerte, contestó con benignidad:

—Aquello no estuvo bien, señor Ureña. Yo no le había insultado.

—¡Fué una villanía! —afirmó Adolfo—. ¡Una salvajada! Yo soy una hiena sarnosa, con las tripas como la pez. Tengo el corazón lleno de gusanos y la boca llena de víboras. No ha nacido una bestia más miserable, más repugnante que yo. Si yo hubiera sido el lobo de Agubbio, habría devorado al Santo. Y usted es tan bueno que no me apalea.

El gorrón mirábale escamadísimo; pero como se arrojó a sus pies llorando a lágrima viva, pidiéndole que le pateara si no se quería manchar las manos con la suciedad de su carne, y diciendo que, por su abyección, me-

recía la miseria, la tortura y la horca, acabó por atizarle unos puntapiés.

A don Benjamín, la perturbación moral de Ureña se lo dió todo hecho.

—Su mujer—díjole horas después de la confesión de Rosina—está desesperada. Si usted no la perdona, es posible, es casi seguro que se mate. Necesita no sólo su perdón, sino su cariño. Sin su cariño, no vivirá... Y usted la quiso mucho..., y no es un hombre vengativo ni cruel.

Aunque Adolfo, con la inteligencia harto nublada, hallábase en uno de sus momentos de fiebre redentorista, vaciló.

—Usted—prosiguió el gerente—, es el dueño no ya de su felicidad, sino de su vida. Es usted para la infeliz como Dios... No escuche a su orgullo y sálvela.

Y no lo escuchó el mozo, y si no agasajó a su mujer por haberle infamado, como hubiera hecho un descendiente espiritual de fray Junípero, no tuvo para ella, al perdonarla, conceptos fustigadores. Después de la entrevista, que se verificó en el despacho de don Benjamín, aún enternecido por el amoroso rendimiento de la pecadora, entró nuevamente en la casa de Emilio, y no como un fantasma rojo, dispuesto a degollar, sino como un humilde cristiano, y abrazó a Paredes, y a la matrona, y con unas lagrimillas que, por mag-

nanimidad, no quiso reprimir, quedaron selladas las paces.

A los pocos días, como en la noche nupcial de infausta memoria, el matrimonio, acompañado por Andara, volvió al nido, donde Isabel, que sonreíase con su imperturbabilidad de bronce, pronunció las palabras de bienvenida que hubiese pronunciado si hubieran salido la rosa y Adolfo minutos antes. Con el hombre-hígado, de azúcar en la intimidad, recorrieron el cuarto, y Ureña notó que habían sido cuidadosamente borradas las huellas que dejó la tempestad. Encerados y barnizados los jabeques y los chirlos, restaurados los muebles que tuvieron cura y sustituidos los incurables, y repuesta la porcelana y la cristalería, el salón, el comedor, los gabinetes y el dormitorio—con su lecho-altar más dorado, níveo y azul que nunca—resplandecían como si los acabaran de entregar sus constructores.

«El Luchador», reanimado por su luna de miel, dulcísima y amarguísima, pero más perversamente apetecible por las infames sombras que la acibaraban, bebió menos, y, prescindiendo de su franciscanismo, suprimió los sermones a los pájaros y no tornó a imitar a fray Junípero el simple, ni a lamentarse de que no hubiera lobos como el de Agubbio para hacerles reconocer la misericordia de

Dios. Le parecía que, después de atravesar un desierto como un océano, a rastras sobre la arena quemadora, bebiéndose su misma sangre, para no morir de sed, había llegado a un oasis, y esperaba reponerse entre la calma salutífera de sus frondas, llenas de vuelos y trinos; mas bien pronto el islote de frescura y de verdor fué invadido por el mar de arena, y cegadas sus fuentes y sollamado su bosque, no tardó en desaparecer. Le era imposible anestesiar su fantasía para librarse de la palpitación torturadora de los recuerdos y de la aviesa labor de zapa de las imaginaciones, y otra vez se retorció de angustia, alucinado, sin fuerzas para domeñar su pensamiento. «¡ Aquel desconocido, aquel monstruo que violó a su mujer!... » Se lo figuraba todo violencia, todo resolución, todo brutalidad, con el rostro de sombras y el cuerpo de nubes, taimado, intangible y villanamente desafiador, y estaba seguro de que, tarde o temprano, retornaría para poseerla, y de que su esposa, iniciada por él, fecundada por él, no sabría resistir. ¡ Y con qué furor de asesino miraba entonces a la pecadora, y con qué claridad se le aparecía como un precioso y frágil vaso de corrupción!... Ansioso de bríos, los buscó en la fortaleza del «cognac», y, a fin de que no le martirizara la angustia, con un lago de

alcohol, impidió que penetrase en su inteligencia.

Trabajaba poco, sin método y sin entusiasmo, y huía de los camaradas y los amigos. Paredes, que iba por él todos los días, en vez de estomagarle con advertencias y consejos moralizadores, le obsequiaba con los caldos más viejos de su bodega, y enfadábase con la golondrina, que, como buena abstemia, palidecía de indignación al recibir los tales presentes.

—¿Por qué no ha de beber, si los escritores necesitan beber?—exclamaba—. ¿Es un canónigo tu marido?

—¿Y qué te importa a ti que beba? ¿Te gustaría que enfermase, quizás?

Algunas tardes, al regresar Adolfo, encontraba junto a su mujer a Emilio, que saludábale con bulliciosa alegría.

—Pero, ¿dónde te metes, hurón? Hace una hora que te estoy aguardando.

Y la franqueza de su visiteo, y lo que el visiteo molestaba a Rosina—que lamentábase de una asiduidad que no le permitía atender a sus obligaciones—tranquilizaban al «Luchador». «No; en el rostro de sombras del desconocido no se plasmarían jamás las facciones de Paredes, que, desde la caída de la muchacha, tratábala con cierto desvío rencoroso. Iba por él, por afecto al hombre que,

con su caballerosidad, salvó a la familia de la deshonra.»

Pero Adolfo se engañaba, porque Emilio hubiese dado la honra y la vida de la familia, la estimación de las gentes y hasta el escudo fortísimo de su caudal por el amor, cierto o simulado, de su cuñada. Para que Luz, celosa, no le mortificase con sus reconvenciones, y para que estuviera Rosina a cubierto de la murmuración y amparada por la sociedad, por la ley y por la Iglesia, accedió primero a que se casara y después a que se reconciliase con su marido; mas nunca pensó que el marido comprado y burlado, que el escritorzuelo hambrón—útil para servir de pantalla—pudiera separarle de su querida, y ni le pasó por la imaginación que la moza le quisiera rechazar.

Y eso fué lo que ocurrió. La golondrina, con ánimo, pico y garras de águila, le impidió reanudar las extenuadoras intimidades carnales, y opuso la verdad a la falacia, y acabó por mostrarle el fondo de su corazón. «No, no le había amado. Hasta en aquellos instantes en que se envilecía, domada por el deseo, hubo en su espíritu una protesta contra el horrible apareamiento, que hacía la tener asco de sí misma. Fué su marido el primer hombre de quien se enamoró, y continuaba enamorada de él con el alma y con el

cuerpo, y se mataría antes que serle traidora.» A Emilio le abrumó, sin amedrentarle, la declaración, y, enfurecido por la repulsa, puso en juego todas sus malas artes para vencer la resistencia de Rosina.

Un domingo pretendió abusar de ella. Se habían marchado Adolfo y las muchachas; Isabel, que era su auxiliar, encerróse en la cocina, y creyendo que la enamorada carecería de valor para defenderse, cayó sobre su presa. Mas, roto el maleficio que la encadenaba al sátiro, el ataque la encorajó en vez de abatirla y resistióse victoriosamente.

—¡No! ¡Ni por buenas ni por malas!—gritó, esquivando sus besos y procurando zafarse de él—. ¡Eres un maldito! ¡Me repugnas!

Paredes, que temblaba de salacidad, arrojóse y rogó con desesperada vehemencia:

—¡Me vas a enloquecer, y nos hundiremos todos, Rosina! ¡Compadéceme, y compadécete de ti misma, de tu hermana, de tu marido!... ¡Todos van a padecer sin culpa, si padezco yo, y yo no puedo vivir sin ti!

—¡Ni yo contigo! ¿No te has enterado de que me repugnas? ¡Me hace daño hasta verte!

—¡Pero yo te adoro!

—¿Y qué, si yo te odio?

—¡Tú me has querido!

—¡No es verdad!

—¡Me lo has jurado!

—¡Por miedo! ¡Para engañarte! ¡Para que no te opusieras a mi boda! ¡Para huír de tu casa! ¡Para no sufrirte más! ¡Siempre me has parecido lo que eres: ridículo, malo, traicionero, egoísta! ¡Un demonio cobarde!

Emilio se levantó de pronto, con igual celeridad que si le hubiesen abofeteado, y corrió hacia su ofensora; pero Rosina, que pudo abrir el balcón, contúvole con su actitud resuelta:

—¡O te vas, o pido socorro!

Paredes retrocedió, suplicante.

—Entra, Rosina.

—Cuando te vea en la calle desde aquí.

El bellaco, perplejo mientras luchaban su pavor y su cólera, no se movía, y la muchacha le volvió a amenazar:

—¡Vete, o pido auxilio!

—Me iré. Pero no olvides que, desde ahora, seré lo que siempre te he parecido: un malvado, un traicionero, un demonio.

Y como sonreíase al formular el temeroso anuncio con cruel jactancia, la golondrina le replicó desdeñosamente:

—Así era «John», y acuérdate de su final.

Derrotado, humillado, confundido, Paredes no pisó más la casita del matrimonio, y, por la benevolencia con que continuaba tratando al «Luchador», llegó a imaginarse Rosina que

su miedo le habría aconsejado renunciar a la venganza. Y se lo aconsejó, efectivamente, y vencidos los fogosos impulsos de la ira por la frialdad de la reflexión, marchóse de Madrid, y no fué el imperativo del odio, sino el del amor el que hízole regresar. Era un amor sin alas, sin espiritualidad, suciamente positivo, de cornudo toriondo; pero tan agudo, tan recio, tan hambriento, tan impaciente, tan inconsolable, que le perturbó. Podía prescindir del espíritu de la golondrina, de su colaboración placentera en el acto carnal; mas necesitaba la dulzura mareante de sus labios, el roce escurridizo y sedenío de su piel y la fragancia de toda su persona, y por tenerla entre sus brazos, sometida, trémula de voluptuoso pavor, hubiera sido capaz de las más horribles abominaciones. Pero de unas abominaciones que no le vedaran el placer arribando a lo irreparable. Matar con franqueza, bárbara y valerosamente, no; matar con hipocresía, poco a poco, sin despertar al recelo, sí. Convenía distraer la atención, amortiguar la vigilancia con una hábil conducta, y dar el golpe con una temeridad de león y un artificio de vulpeja. Y después del triunfo, dueño otra vez de la muchacha, que, por no perder a su marido, se resignaría ante lo irrefragable, su labor única reduciríase a perfeccionar el engaño.

Obsesionado por la idea, sólo esperaba una

ocasión que le consintiese realizarla, y bien pronto se la deparó su fortuna, merced a la gloria de que *Favila* había colmado a su autor.

Porque el «exitazo» de don Boni, sorprendente, rotundo, clamoroso, no se pareció, según confesaron los críticos, a ninguna victoria teatral. Hubo entusiastas baladros, gritos de estupefacción, risas nerviosas que engrandecieron el interés arrebatador de las escenas patéticas, palmoteos como descargas de fusilería y berridos aclamadores; pero el exaltado vulgacho, para manifestar su admiración y su júbilo de un modo parejo a la originalidad del drama, obsequió también a don Manuel, su principal intérprete, y a don Bebe, su magno creador, con terrones de azúcar, monedas cuya falsedad no empequeñecía el homenaje y puros más o menos explosivos, que demostraban los hábitos taurómacos de algunos simples espectadores. Con tan desahogada violencia excitó la obra la curiosidad de la multitud, que el corralón, atestado, convirtióse en una mina; y de tal manera preocupó a los caciques el zarpazo triunfal del desconocido dramaturgo, que—según Parra—ordenaron a sus alabarderos que combatieran a todo trance a *Favila*. Explicada así la indignidad de que surcasen el aire coronas de ajos, rosarios de tomatuelos y cajitas de car-

tón que se rompían al caer y dejaban escapar ratones vivos, Benet, tranquilizado, no tuvo más que frases de piedad y gestos de perdón para los envidiosos.

Había reanudado su amistad con los antiguos compañeros, hasta con Lasarte el dañino, y éste, tocado en el corazón por su misericordia, le proporcionó una de las más puras satisfacciones que puede recibir un artista. Estaban en el café, con una patulea de plumíferos, cuando el chulo formuló su proposición:

—Señores, hay que darle un banquete a don Bonifacio.

Estalló un ensordecedor griterío:

—¡Muy bien!

—¡Lo merece!

—¡Viva la justicia!

—¡Que se enteren los consagrados!

—Bueno—exclamó Távora—. A nombrar la comisión.

—Pues Lasarte y usted, por los periodistas—propuso el «Galgo»—; y yo, por los escritores que trabajan en libertad. ¿Vale?

No valía; pero como ninguno quiso rechazarle, comenzó a discutir desde su altura de organizador, acometiendo a Caprinez, que había encomiado las cuchipandas económicas de la Bombilla.

—Esta, inspirado Caprinez, no es ocasión

de economizar—dijo con dañada ironía—. ¿No ha sido enorme el éxito? ¿No ha sido mayor que el más grande conquistado por cualquiera de los famosos? ¿Pues por qué no lo hemos de celebrar como lo celebraríamos si el autor fuera uno de esos señores?... ¡Ahora es cuando hay que aunar, tirando la casa por la ventana! Conque, tres duritos por cabeza, y al Inglés.

Amigos de la novedad, convinieron en romper los moldes en que se cuajaban rutinariamente estos alimenticios agasajos, sirviendo el banquete de madrugada, después de la función; casi todos, imitando al comiquillo, que rompió la agresiva marcha, le pidieron los tres duros a don Boni, y pocos días después cenaban de mogollón—riéndose de los cicateros partidarios de miserear—unos cuantos histriones, una docena de petardistas y varias personas decentes, entre las que figuraban Galo y Adolfo. Paredes, que se encontró con Ureña y su cofrade cuando dirigíanse al Inglés, al saber para lo que se juntaban, se unió a la partida, remusgando que sería útil.

—Se olvida usted de algo importante, don Emilio—advirtió Barciel—: de la trastada que le hizo don Boni a don Benjamín.

El accionista, por consideración al viejo, hubiera retrocedido; pero unos segundos de

meditación le habían bastado para trazar un plan de ataque maravilloso, y resolvióse a no prescindir de él. «Ureña guardaba las llaves en el abrigo; colgando el suyo en el mismo perchero, no le sería difícil sustraérselas... y coger las llaves era coger a Rosina, puesto que el banquete, alargado por él con un epílogo de «Champagne», terminaría al alba. No, no desperdiciaría aquella oportunidad, que tal vez no volviera a presentársele.»

—Precisamente porque recuerdo la trastada—objetó, encarándose con el del rubí—quiero obsequiar a don Bonifacio. ¿No le pedirá perdón a mi tío, si yo se lo ruego, después de asistir a la cena?

—De rodillas.

—Pues adelante. No he de tener yo menos generosidad que Adolfo.

Paredes saludó al agasajado, que agradecióle su nobleza con efusión cordialísima; hizo descorchar, a modo de aperitivo, unas botellas de Pommery, y los dejó comiendo, prometiéndoles que retornaría para trincar con tan simpáticos camaradas.

—El «Champagne»—anunció al despedirse—lo pagaré yo... si la cuenta no es ridícula. Y toda cuenta que no pase de cien duros, lo es.

Alejó con un pretexto al criado que iba a ponerle el gabán, apoderóse de las llaves, y

salió. Tenía la certeza de que nada opondría-se a la feliz realización del siniestro plan, y caminó con alegre desembarazo, sin recatarse, lleno de confianza en su sino. Con maniobrar para cogerle las vueltas al sereno, a fin de que no le viese, habría evitado el mayor peligro; pero ni siquiera tuvo que maniobrar, porque el farol del vigilante, que parpadeaba a la puerta de una buñolería, le indicó que en aquellos momentos su amo era un Dionisio más que un Argos. Subió, pues, celebrando la favorable coincidencia, abrió con firme pulso, cerró con suavidad, se descalzó, y con felina cautela atravesó el recibimiento y encerróse en las habitaciones de la muchacha. En el gabinete consumíase una lamparilla frente a un Crucificado, y en el dormitorio, casi en tinieblas, destacábase el lecho, cuya albura absorbía toda la claridad. Un brazo de la rosa—espuma sobre nieve—extendíase a lo largo del almohadón. Emilio desnudóse con rapidez, apagó la lamparilla, se introdujo en la cama y despertó con un beso mordiente a la mujer.

—¿También hoy, gloria?—preguntó Rosina en la obscuridad—. ¡No te he sentido, malo!

Paredes, sin contestar, echóse sobre ella.

—¡Pero cómo vienes, rico!... ¡Aguarda!
¡Si estoy medio dormida!

Resistíase, riendo con ternura, mientras el varón, excitadísimo por su afrodisíaco perfume, la atacaba, y por coquetería, protestó:

—No, así no me gusta. ¡Pareces un tigre! Háblame, o no te quiero.

Tácitamente, redobló Emilio sus esfuerzos, y, aunque sorprendida, ya se iba a entregar la muchacha, cuando cruzó por su imaginación el rayo de un horrible recelo. «¿Por qué callaba su marido y por qué le parecía más pesado, más adiposo, más torpe?» De un brusco envión apartó la masa que la oprimía, incorporóse, dió luz, y tal fué su terrífico desconcierto al verse junto a Paredes, que, con el corazón helado, no pudo ni gritar. El vil, que sumiso a las imposiciones de su medula, pensaba en el placer y no en la venganza, la quiso tranquilizar con cínicos y especiosos razonamientos.

—Pero ¿qué justifica ese pavor? ¿No me esperabas, sabiendo que te adoro? ¿Qué temas?... ¡Vamos, ven, nena! ¡Si vas a vivir en la gloria, mimada por dos maridos! Tú serás el sultán y nosotros las odaliscas. ¿Eh? ¿No te gusta eso?

Rosina, sin escucharle, con el pensamiento lanzado al galope, se atormentaba buscando los medios que le permitieran conseguir su salvación. «¡Si pudiese llamar!... Pero el timbre estaba en el sitio que ocupaba el

miserable, que, además, habría comprado a Isabel y a las mozas. De Adolfo no debía esperar ningún auxilio, puesto que le tendrían borracho en alguna parte a fin de que no la defendiera. Ella sola había de luchar para que no la infamasen, para que no la prostityesen, para que no ennegrecieran su alma, y lucharía. ¡Lucharía hasta morir!»

—Vamos—insistió Emilio—, contesta, o, por lo menos, acércate a mí. No me huyas.

La golondrina, que seguía como alelada, se rehizo y miró en torno con tan agudo deseo de escapar, que Paredes se encolerizó.

—¡No, chiquita!—dijo con cruel sarcasmo—. ¡Aquí no hay balcones! No es posible fanfarronear, y te conviene ser buena con tu cuñadito, para que tu cuñadito no sea malo.

—¿Y si no quiero?—silabeó al fin la muchacha borrosamente.

—Harás a la fuerza lo que podías hacer por gusto. ¡Y baja la voz, y déjate de tonterías!

—¡Me tendrás que matar!

—Y eso ¿te conviene?

—¡Te costará la vida!

—¡Vales tú diez vidas! ¡Y calla, porque nada conseguirás! ¡Te he cogido y no he de soltarte! ¡Si viniera tu marido, antes de que llegase aquí, te poseería! ¡Te poseería con el verdugo a mis espaldas, con la muerte sobre

mis hombros, con la mano del diablo entre mis cabellos!... ¡Conque es inútil hablar!

Pero el bocado, el grito, el bote, el pataleo, el rugido, el arañazo, ¿serían inútiles también? ¿No se alarmaría la vecindad? ¿No huiría la fiera para que no la sorprendiesen en la trampa?... Y al disponerse a ulular, ya hecha la inspiración que precede al alarido, cayó sobre la boca de Rosina la diestra del protervo y sólo pudo gemir.

—¡No, no seas niña!—barbotó contrayendo la zarpa—. ¡No escandalices!

—¡Socorro!—clamó la muchacha, aferrándose al brazo del malandrín.

Fué un borbollar obscuro, como de agua que asciende para difluírse, un rumor ahogado lo que brotó a través de los dedos apretadísimos; mas la queja sorda le pareció a Paredes un trueno, un toque de rebato, un estampido de cañón, y para que no se repitiese, apretó con la zurda la garganta de la mujer.

—¡Calla!—ordenó lívido de miedo y de furia—. ¡Calla, o te ahogo!

—¡Socorro!

—¡Calla, maldita bestia!

—¡Socorro!

Eran quejas remisas, susurros, silbidos apagados y no voces potentes, porque las manazas seguían desarrollando todo su vigor, y Emilio confiaba en reducir a su víctima al

silencio; mas, de súbito, sintió un vivo dolor, aflojó una garra, sonó un aullido, y cuando aprisionó nuevamente los labios de Rosina, ya ésta se había desembarazado de las coberturas y retorciase, y botaba, y arqueábase sobre la nuca y los talones con una resistencia, una agilidad y un brío increíbles, procurando arañar, contundir y morder. El facineroso, con el leporino corazón lleno de angustia, temió ser derrotado por la leona, y se imaginó, agrandándolas pavorosamente, las consecuencias de su vencimiento. Otro chillido y descubriríanle las criadas y la gente de la vecindad, que ya estarían alerta, y se lanzarían contra él, y denunciaríanle al marido... ¡y Adolfo no tendría piedad! Recordaba el torvo gesto de Ureña la noche que desnucó al «bull-dog» y la fiera energía con que invitó a salir, sólo por el engaño, sin saber que él había sido el corruptor de su esposa, y escalofriábase como un calenturiento. ¡No, no le asesinaría un imbécil, a quien él había rescatado de la miseria, porque una mocita volitaria se empeñase! ¡Ni le derrotaría la moza!

La golondrina, empujándole frenéticamente, le había llevado al borde del lecho; vió de pronto, al alcance de su mano, en una mesita, junto a unos libros, el puñal que servíale de plegadera al «Luchador», y sin reflexionar, como si hubiesen entenebrecido su alma

los instintos bestiales, cual una alimaña que muerde para huír, se lo clavó en el pecho hasta el pomo y la aplastó con su pesadumbre, y resistió sus tremendas sacudidas, y cuando el cuerpo, laxo, desmayóse y se hundió para no palpar más, saltó de la cama.

Sentóse, porque agitaba sus músculos un temblor de perlesía, y anonadado, quitándose maquinalmente el sudor que le atravesaba la espesura de las cejas y le llovía en los ojos, estuvo unos instantes. Le zumbaban los oídos y creía percibir leves murmullos. ¿Le espiarían? ¿Irían a llamar tal vez?... Y el tronar de una voz humana, espantoso en aquellos momentos, ¿no reanimaría a la yacente y le arrancaría un rugido acusador, desesperado y ardoroso, que conduciríale al garrote?... Pero no; aquella boca, que conservaba el gesto del grito, no volvería a gritar, y aquellas pupilas, en las que plasmó la muerte la expresión del odio, no podrían acusarle, y aquel corazón traspasado no tornaría a latir, ansioso de venganza. Reaccionó, y seguro otra vez de la bondad de su sino, arregló el lecho, arropó al cadáver, colocándolo como estaba Rosina al sorprenderla él, se vistió, enguantóse la diestra para ocultar el mordisco, encendió la mariposa después de cortar la luz y se dispuso a huír. Su cronómetro le reveló que la tragedia, no obstante su enor-

midad, apenas había durado una hora, y pensó que, si lograba salir sin que le viesan, a los quince minutos hallaríase en el Inglés trincando con los capigorriones, libre de todo riesgo. ¿Y quién le vería si él, dueño de sus nervios, sagaz y cauto, fugábase con la prudencia que empleó para entrar? Descorrió el pestillo con precavida lentitud, encendió un fósforo, asomó la cabeza para reconocer el recibimiento y quedóse petrificado, con un gemido de agonía en la gorja y la pelambre erizada ante unos ojuelos que interrogábanle con impavidez.

—No se asuste el señorito—susurró una voz helada—. Soy yo.

Era Isabel, que parecía surgir de las tinieblas, y que le contemplaba con la misma calma que si le viese abandonar el propio dormitorio.

—¿Qué has oído?—articuló con angustia, metiéndola en el gabinete.

—La puerta, cuando entró. Y las muchachas también. Han dicho que se conocía que el señorito no llegaba borracho, porque andaba de puntillas.

—¡Me han sentido!—clamó Paredes con desesperación.

—Se habían despertado... Pero a usted—añadió la vieja—no le han sentido. Al otro.

Emilio la abrazó con esperanzada vehemencia.

—¡Sí; al otro, al otro! Y tú lo sentiste igual que las muchachas. ¡Recuérdalo, Isabel! ¡Ha sido el otro!

La bruja, sin inmutarse, le miró pidiéndole una aclaración.

—¡Está muerta, Isabel! ¡Se ha matado! ¡Porque la hice mía! ¡Después de haber sido mía tantas veces!

A la celestina, que parpadeó nerviosamente, le temblaron un poco las manos; pero no dió otras pruebas de sensibilidad.

—¿No le ha visto el sereno?—preguntó después de reflexionar unos segundos.

—No, nadie.

—Que no le vea ahora.

—No, descuida, Oye. ¿y el reloj? ¿Sonó mientras charlaban las muchachas?

—Dió una media.

—¡Ah! ¡No importa, entonces! ¡Páralo! Y me voy, Isabel.

—Sí, ande, señorito. ¡Qué lástima de criatura! No podré dormir.

Paredes tornó a abrazarla.

—Porque eres buena, viejecilla—exclamó melifluamente—; porque tienes corazón y nos has querido a todos... ¡Pero ánimate! ¡No es más que una noche! Y luego vivirás como una reina.

—¡Ay, Dios se lo pague, señorito! Y ande, ande usted. Mientras no se vaya no respiraré tranquila.

El asesino, confiando en su estrella, se arrojó a la calle sin titubear, y sonrióse al ver que el farol continuaba alumbrando el quicio de la buñolería. Su conciencia no le hostigaba, y al perder el miedo analizó fríamente su situación. Isabel, tan codiciosa como reservada, arrancaríase la lengua antes que denunciarle, y las mozas que le sintieron comprometerían a Adolfo. Claro es que «el Luchador» escandalizaría al encontrarse junto a la muerta; pero escandalizaría borracho, y como los borrachos no suelen inspirar gran confianza, moveríase al principio en un letal ambiente de recelo... ¿Y después? ¿No probaba su inocencia? Pues oprimiría a un soberbio culpable el dogal de la ley. ¿La probaba? Pues la ley, ante un culpable de humo, guardaríase su dogal.

Penetró jovialmente en el Inglés, dejó las llaves en el gabán de Ureña al colgar el suyo, y, al presentarse en el comedor, los pseudo amigos de don Boni, que, a medios pelos, bebían «Champagne» a chorro libre, vitoreáronle con entusiasmo. El dramaturgo, con las de «vistalongui» en la punta de la nariz, más rojo que un tomate y más enternecido que una doncellita en la noche nupcial, le recitaba a

Caprinez y al «Galgo» lo más conmovedor de sus *Céfiros del Pisuerga*; Barciel, entre Pinto y Valdemoro, lucíase con sus imitaciones, y el «Luchador», en un ataque de redentorismo, decía que si Dios le condenara edificaría con su paciencia y su humildad a los diablos y redimiría a los más traviesos.

A las tres, don Boni, en el vigésimo brindis, habló con cierta confusión de cosas muy heterogéneas y muy congruentes: el hogar, la compatibilidad perfectísima de las glorias teatrales y la virtud, la influencia del Pomery en los movimientos de traslación, las deficiencias del servicio de carruajes de alquiler y los corcovos que solían afear el carácter de las más azucaradas esposas, y como Emilio manifestó en voz baja—después de acceder a una petición del «Galgo»—que era natural que don Bebe quisiera retirarse, el petardista, convertido en su vocero, disolvió la reunión.

—Señores—exclamó—. Como estamos entre caballeros, aquí no hay ni una persona que no respete las conveniencias sociales. Y las conveniencias sociales exigen que don Bonifacio se vaya a dormir, y que le imitemos los artistas que hemos tenido el honor de celebrar su triunfo. Así, pues, parodiando la frase que todos ustedes recordarán, digo:

«¡Bebedores, a los coches!», y corro a coger el mío.

El «pobrecillo» Adolfo, sin correr, porque sus piernas no le hubiesen tolerado tal gallardía, cogió el suyo, y componiendo el sermón que predicaría ante los demonios, si otorgábale Su Divina Majestad tan prócer favor, entró en su casa y subió sin notar nada extraordinario. Y no obstante, unos pies huesudos hollaban los escalones detrás de él, y una segur inmensa, que hundíase en los muros sin ruido, fulgía a sus espaldas, y espesábase la atmósfera, y hasta la madera, la piedra y el hierro, trabajados por hombres, se estremecían como invadidos por un sobrenatural pavor. Pero el ebrio, que, con una simplicidad franciscana, andaba a vueltas con su oración, seguía trepando sin oír ni ver.

«Hermanos demonios: mucho le debéis a Nuestro Señor Dios, que no os extermina y que os emplea como instrumentos suyos para decantar el bien. Martirizad a las criaturas, tentadlas, atormentadlas, a fin de que se aproximen más a Nuestro Salvador, que, cuando se consuman los siglos, de vuestras tinieblas hará polvo de luz. Os lo suplica, hermanos demonios, el pobrecillo Adolfo.»

Así entró en el dormitorio, así se quitó las ropas y así se hundió en la cama, después de persignarse beatamente. Algo viscoso se le

pegó a los dedos, mientras un bloque de nieve le enfriaba el costado; mas al «pobrecillo», para no aterirse, le bastaba la hoguera que ardía en su corazón.

«Sois necesarios, sois indispensables, hermanos demonios, puesto que el Creador, con su infinita sabiduría, no os ha reducido a la nada. ¡Cumplid vuestra misión! ¡Honrad al Padre de todos, cultivando el mal, con objeto de que algún día os purifique con una mirada y os redima!»

Y soliloquiando de esta suerte, muy bajo, muy bajo, para no despertar a su mujer, quedóse dormido.

Madrid, marzo-abril-mayo, 1916.

FIN DE LA NOVELA

FE DE ERRATAS

He aquí las principales:

En la página 77, línea 10, dice: «junto al», y debe decir: «frente al».

En la página 208, líneas 21 y 22, dice: «triturar; atacando», y debe decir: «triturar y atacando».

Ureña comprendió que, denunciado por el sacerdote—seguramente porque habría cometido alguna necedad—, aquellos individuos, servidores de la Compañía o agentes policíacos, estaban resueltos a detenerle y quiso huír. Pensó que, acometiéndoles de pronto, tumbaría de un silletazo al grandullón y de una patada a su compinche y que le facilitaría la fuga el terror del portero, y con los dientes apretados acercóse a sus enemigos; mas, al empuñar la silla, se le quebrantó de golpe la decisión. «¿Qué iba a conseguir con la violencia? ¿No podían dominarle? Y aunque venciera, ¿no le perseguirían? Y una vez detenido, ¿no agravaría su situación el haber luchado?... ¡No, no! Era mejor entregarse, consentir que le prendieran y explicar su conducta ante hombres que le comprendiesen y le disculpasen.» Y al oír otra invitación del craso, ya más apremiadora, bajó la frente con humildad y le siguió.

—¿Vamos?

—Vamos.

Al llegar a la Inspección, Adolfo, que en el camino sólo se había preocupado de apretarse contra el testero de la berlina, para que no le pudiesen ver, trazó precipitadamente su plan defensivo. Hablaría con absoluta sinceridad, pintaría su engaño y la grosera falta en que, por lo visto, le había hecho caer, y